

ORTO

36 / 3-

Diciembre
1^{ta}



Ayuntamiento de Madrid

LIBERTINAJE Y PROSTITUCION

GRANDES PROSTITUTAS Y FAMOSOS LIBERTINOS

Por E. ARMAND
DOCUMENTOS PARA UNA INTERPRETACION
SEXUALISTA DE LA HISTORIA
Precio. 10 pesetas

Una de las primeras interpretaciones acerca de la influencia del hecho sexual sobre la vida política y social del hombre. Esta formidable obra, de unas 500 páginas, formato 15 por 21 centímetros, va profusamente ilustrada con numerosos grabados del INSTITUTO DE INVESTIGACION SEXUAL DE VIENA

HE AQUÍ EL INTERESANTÍSIMO Y COMPLETO SUMARIO:

PRIMERA PARTE: LA PREHISTORIA

Paraíso terrenal y edenismo. Los vasos etruscos. Ninfas, faunos, silvanos y sátiros. La leyenda de Hércules. ¿Son los sátiros los antropoides antepasados del hombre? La primera prostituta. El erotismo de los primitivos y sus consecuencias. La prostitución hospitalaria.

SEGUNDA PARTE: EL ORIENTE ANTIGUO

Parsifae. La prostitución sagrada. La leyenda del Minotauro. Las hijas de Lot: El levita de Efraín. Judá y Thamar: Onán. El rigorismo mosaico. El *Cantar de los cantares*: La Sulamita. Rahab, Dalila, Judit. Las costumbres del Asia anterior. Isis y Osiris: Ródope.

TERCERA PARTE: EL MUNDO GRIEGO

Demetrio y Lamia. Alcibiades. Safo. Megalotrata: Las cartas de Alcifrón. Aspasia. Leonción: Epicuro: Danae. Lais. Friné de Tespiés. Tais y Glicería. Generalidades sobre las costumbres de los tiempos primitivos y de la antigua Grecia

CUARTA PARTE: ROMA

Acca Larentia: Fundación de Roma. El rapto de las Sabinas. Flora: Las Floralias. Generalidades sobre la prostitución entre los romanos. El culto a Príapo. Mesalina. Cómo se practicaba en Roma el libertinaje. La calle, los baños, los festines. Los grandes poetas romanos: El «Satiricón». Julio César, el superhombre latino. Cleopatra y Marco Antonio: Una vida inimitable. Octavio Augusto: Las dos Julias. Tiberio: La isla de Caprea. Calígula y Claudio: El lupanar imperial. Nerón y Esforo: ¿Leyenda o historia? Galba: Apogeo de la pederastia. De Otón a Tito. Domiciano. Adriano y Antinoo. Cómodo. Heliogábalo: El mitracismo sobre el trono.

QUINTA PARTE: LA ERA CRISTIANA

Las grandes divisiones de la Historia. La Magdalena y los orígenes de Jesús. Marta y Magdalena. Jesús, divinidad solar. Arrepentidos y arrepentidas entre los primeros cristianos. Costumbres de los cristianos primitivos. Los ágapes de los primeros cristianos y los agapistas. La orgía bizantina: Teodora.

SEXTA PARTE: LA EDAD MEDIA

Las costumbres medievales: Carlomagno. España en la Edad Media. La Torre de Nesle. La Corte de los Milagros. Los ejércitos y la prostitución. Ocultismo erótico: El sábado. Incubos, súcubos, filtros de amor. El enigma de Gil de Rais. La Gran Ramera. La papisa Juana. Las cortes de amor. Las sectas eróticas. El erotismo católico. El pecado original, la condenación católica de las manifestaciones de amor y la práctica de los grandes dignatarios de la Iglesia. Tanchelín. Los «klœffers»: Historia del pequeño «Josquín». Los Hombreros del Saber. Los Templarios. Las sectas eróticas de

los musulmanes. Cómo se refrenaba la lujuria en la Edad Media.

SÉPTIMA PARTE: EL RENACIMIENTO

El Renacimiento: La hermosa Imperia. Los Borgia. La corte de los Valois. Enrique VIII, el Barba Azul coronado. La Casa de Austria. La prostitución en los países de lengua alemana. Los anabaptistas. Juan de Leyden, dictador en Munster. Los Eloístas o *Libertinos de Amberes*. Solimán el Magnífico: La poligamia coránica. Don Juan. La sífilis, el mal de los ardientes.

OCTAVA PARTE: LOS TIEMPOS MODERNOS

Los muchachos y los cinturones de castidad. Los ligeros, sus procesiones y el diablo en el convento. El Verde Galante. Luisa Labe, Marión Delorme, Ninón de Lenclos. Las posesiones: Gaufridy, Urbano Grandier, La Sodoma de Louviers, El sexo del diablo. Luisa de la Vallière, la Montespán y la Maintenón. El tráfico de venenos. Las misas negras en el tiempo del Gran Rey. Las amantes de Molière. La Gran Mademoiselle y Lauzun, el don Juan del Gran Siglo: La Regencia: Los Roués. Luis, el muy amado. El Parque de los Ciervos. El pecado filosófico. La secta de los Skoptsy o Scopits. El amor en el siglo XVIII.

NOVENA PARTE: LA ÉPOCA DE LOS ENCICLOPEDIISTAS.

DE SADE, RETIF DE LA BRETONNE Y SUS TIEMPOS
Catalina II, la Semíramis del Norte. De Sade y el sadismo. La obra y la filosofía de De Sade. El sadismo y sus raíces. ¿Qué es el sadismo? El sadismo sin De Sade. El caballero d'Eon. La logia *La amistad amorosa*. Los afrodisíacos y los cosméticos en el siglo XVIII. Las virginidades simuladas. Los antivenéreos. La literatura erótica en el siglo XVIII. Retif de la Bretonne. El acontecimiento del Collar. Los aventureros de la Corte de Versailles. Casanova, *homo eroticus*. La Revolución: Theroigne de Mericourt.

DÉCIMA PARTE: DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN. EL MUNDO CAMINA HACIA UNA ÉTICA SEXUAL NUEVA

Proyecto de reglamento para una casa de prostitución bajo el Directorio. Desde Nápoles hasta fines del segundo Imperio francés. De la señora de Krudener a Rasputín. El Extremo Oriente. Las revelaciones de la *Pall Mall Gazette*. Las casas de citas. La prostitución y la libertad sexual entre los civilizados y los primitivos. Policía de las buenas costumbres y abolicionismo. Las anomalías sexuales. El autoerotismo; el símbolo sexual. La ambisexualidad. El masoquismo. El freudismo. El spjesismo. La represión y el Instituto de las Ciencias sexuales de Berlín. Los mormones. El decreto de la *Unión Anarquista* de Saratof (?). El malestar sexual y sus consecuencias. Reacción contra los celos y las muertes pasionales. El amor y la cuestión sexual entre los Utopistas. Las realizaciones sexuales. Pornografía o educación sexual. Conclusión.

De entre todas las opiniones de los grandes escritores sobre la gran obra de Armand, destacamos las de los tres autores más caracterizados. HAN RYNER, el conocido escritor, ha dicho: «Libertinaje y prostitución es, hasta la fecha, lo mejor que se ha escrito sobre este tema.» CAMILLE SPIESS, el célebre ensayista especialista: «Este libro es, a todas luces, de lo más instructivo sobre la materia.» El doctor L. ESTEVE califica el libro Libertinaje y prostitución, «un magnífico manual de erotología».

Ayuntamiento de Madrid

Oro

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAU

Año II Núm. 19

Valencia, dbre. 1933

La "experiencia" Roosevelt, prefacio del fascismo

Júbilo reformista

ESTE año de 1933 ha presenciado los dos acontecimientos más graves, los de más trascendentales consecuencias de nuestra época: el triunfo de Hitler y la «experiencia» de Roosevelt. En marzo de 1932, comentando yo una conferencia de Caillaux, creía poder escribir: «Henos en presencia de una certidumbre: el capitalismo va a hacer un esfuerzo desesperado para transformarse. En los dos países en que la concentración capitalista está más avanzada; en los que la racionalización ha ejercido los mayores estragos; donde la crisis mundial ha sido más rigurosa; en que la persistencia catastrófica de la falta de trabajo ha puesto en juego el «orden social» mismo, la transformación ha comenzado. Se elaboran «estructuras diferentes», que precedía Caillaux.

«Mas no son de esta opinión Jean Longuet y los camaradas reformistas. Establecer un parangón entre fascismo y «rooseveltismo» es —a su juicio— pretender una «asimilación absolutamente fantástica y arbitraria.»

(*Populaire* del 18 agosto.)

De esto queremos ocuparnos.

Desde hace mucho tiempo nuestros camaradas reformistas no habían dado pruebas de parecido entusiasmo. Es preciso remontarse a los días del viaje realizado por Spinasse y Dubrevil al «paraíso» yanqui para encontrar algo semejante. América sigue ejerciendo sobre ellos la misma influencia.

El propio Jean Longuet, dice aún: «Los trabajadores de Europa siguen con gran interés... el notable esfuerzo del presidente de los Estados Unidos... tan acorde con su mismo programa» y elogia a la «National Recovery Act», que debe sustituir el caos con el orden. Lenoir, en *Peuple* (29 de julio), se felicita de que el presidente Roosevelt haya abordado el problema con sorprendente simplicidad que no disgusta a los «fósiles que chapotean en las ciénagas desecadas del liberalismo económico». El mismo *Peuple* está lleno de titulares estrepitosas: «Un bólido en el mar de las ranas», «La batalla contra los magnates de la gran industria», y no teme escribir: «La derrota de la oligarquía industrial y financiera demuestra que algo ha cambiado en los Estados Unidos.» (19 de agosto.) Lacoste, en *La Tribune des*

Fonctionnaires, elogia a «ese equipo de intelectuales desinteresados que cortan por lo sano y construyen, contra el gran capitalismo privado, un capitalismo de Estado, próximo a una organización económica de carácter socialista (sic) y reducida a los límites de la nación».

Análogo entusiasmo se ha producido



entre las Trade Unions, cuyo último Congreso ha llegado a votar una moción de elogio a Roosevelt.

¿Inconsciencia? ¿Ceguera? La explicación es muy sencilla: nuestros camaradas reformistas se han dejado coger las manos en un engranaje y se ven ahora obligados a aceptar el Aguila Azul, so pena de incurrir en contradicción.

Al incluir en sus programas la semana de 40 horas lo han hecho planteando tal reivindicación en un terreno falso y peligroso: el del salvamento del capitalismo. Jonhauz ha reclamado la reducción en la duración del trabajo para evitar la catástrofe. Le ha deslumbrado —y ha intentado deslumbrarnos— la ilusión de que se puede, en el seno del régimen capitalista, establecer nuevos métodos que preparen el equilibrio entre la producción y el consumo. Blum ha venido en su ayuda prometiendo «el oro y el moro» al país, «lo bastante renovador para atreverse a, sin esperar a un acuerdo internacional, reducir la semana de trabajo».

En lugar de obtener las «40 horas» por la acción obrera; en vez de invocar el argumento de la miseria fisiológica del

trabajador superexplotado, se ha presentado la reivindicación como encaminada a normalizar la mecánica capitalista; se ha hecho creer que ésta podía funcionar normalmente de nuevo.

Mejor dicho: esa «economía dirigida» hacia la que se orienta en la actualidad la burguesía —a despecho de sus elementos más recalcitrantes y para intentar sobrevivir— es también el «niño mimado» de nuestros camaradas reformistas. La han adoptado sin preguntarse siquiera quién la «dirigirá», el capitalismo o el proletariado; han llegado a sostener que podría realizarse «en el marco y sobre la base de la economía capitalista actual». (Reivindicaciones inmediatas de la C. G. T.)

Ved aquí que del otro lado del Atlántico surge un hombre, con gesto mágico, y se encarga de salvar al capitalismo mediante la semana de 40 horas y la economía dirigida. ¿Cómo no enorgullecerse de semejante apoyo? ¿Cómo no pensar, en su fuero interno, que «los genios coinciden»?

Se olvida que Mussolini es también un fervoroso campeón de la economía dirigida, según las necesidades, y que Hitler impone hoy a la industria alemana «las 40 horas». Nada hay de sorprendente en ello: ¿qué es el fascismo sino la más audaz tentativa de prolongar, transformándolo, el sistema capitalista?

Si nuestros camaradas reformistas ponen por las nubes al presidente Roosevelt, ¿a qué esperar para ensalzar a Hitler o Mussolini?

De las apariencias a la realidad

Basta de consideraciones teóricas. Examinemos un poco esa experiencia americana que se ofrece a nuestra admiración. Veamos en qué beneficia a la clase obrera y si hay probabilidades de que ponga de nuevo en marcha la mecánica capitalista.

Señalemos, ante todo, que Roosevelt no aplica las 40 horas sosteniendo los salarios semanales; acude al «short time», es decir, a una redistribución de ocupaciones encaminada a reintegrar a la industria el mayor número posible de «parados» y hacer asistir a éstos, no por la

caridad gubernativa o la burguesa, sino por los obreros que trabajan. «Hay aún millones de hombres en paro forzoso y la nación gasta diariamente millones de dólares para aliviar la situación de esas masas...», lamenta el general Johnson. En lo sucesivo serán los obreros ocupados los que, por «solidaridad», pagarán.

Como ya señaló Louzon, cuando una empresa reduce la duración de trabajo de 48 a 40 horas, hace una reducción del 16 % en el salario semanal. Hay industrias, como la textil y la del vestido, en que la duración del trabajo ha bajado de 70 ó 75 horas a 40.

En compensación de esas reducciones, ¿en qué medida se han aumentado los salarios hora? Los «Codes» aprobados por el presidente Roosevelt fijan el salario mínimo a tan bajo nivel (10'50 dólares a 14 por semana), que son muchos los obreros que ganaban más de esa cantidad (el salario medio semanal era de 16'71 dólares en mayo). Son muchos los trabajadores a quienes no se les ha aumentado la retribución; por el contrario, en virtud de la disminución de horas de trabajo, perciben un jornal semanal reducido. Más aún: Fijando un mínimo obligatorio tan bajo, los «Codes» tienden a convertir en realidad esos «mínimo» y «máximo» y a desprestigiar el nivel general de los salarios: numerosos patronos, cuyo personal trabaja con arreglo a la tarifa sindical, los despiden para tomar obreros que perciban salario de acuerdo con la tarifa prevista en los «Codes».

Añádase a esto que importantes categorías de trabajadores —entre los peor pagados (aprendices, encargados de limpieza, repartidores, auxiliares...)— están excluidas de la tarifa. Y, naturalmente, los patronos anuncian que sólo admiten principiantes, para evitar el pago incluso de ese salario mínimo.

Como también señalaba Louzon, la reducción de las horas de trabajo se traduce en una intensificación del esfuerzo. El *New York Time Analyst*, de 30 de junio, confiesa que: «Las empresas se esforzarán para alcanzar la producción que se obtenía antes mediante una mayor duración de trabajo.» En otros casos, los patronos que trabajaban ya con semana reducida y salario muy bajo, han despedido parte de su personal, elevando los salarios

de sus obreros como ordena el «Code», para no aumentar el total de gastos de la mano de obra. Y, naturalmente, los obreros que quedan son los que, por aceleración de la cadencia, compensan el trabajo de los despedidos.

Hay también jefes de empresas que, para resarcirse de la pequeña subida de los salarios, hacen trabajar a sus obreros horas extraordinarias, sin pagarlas. En resumen: los «Codes», insuficientes y todo, son desvirtuados, violados abiertamente por los patronos. Así lo afirma un representante de la Federación Americana del Trabajo, Googe: «No conozco una fábrica en la que el Código firmado por el presidente sea íntegramente respetado.» Y la Administración, impotente, admite ya «circunstancias atenuantes» y autoriza a los derogadores a enarbolar el Águila Azul con una barra blanca.

Consignemos, en fin, que los funcionarios se ven privados de las «ventajas» concedidas a sus camaradas de la industria y que sus salarios y remuneraciones han disminuído, lo que constituye una pere-



El cascanueces («Labor», Wáshington.)

grina manera de aumentar su «capacidad de compra».

En cuanto a la «confortante actitud de los manufactureros textiles», ante la que se ha extasiado Green, el Jonhaux americano, ha sido pura fantasía: al aceptar la supresión del trabajo de los menores de dieciséis años, los patronos se han limi-

tado a dar estado legal a una situación de hecho; desde la crisis prefieren hacer trabajar, con salario de niño, a los adultos...

No volverán a poner en marcha la mecánica capitalista

Mientras aquí nuestros camaradas reformistas se regocijaban, un delegado americano en la Conferencia de la Internacional Socialista, el moderadísimo juez de Panken, declaraba: «La N. R. A. no resolverá los problemas económicos de los Estados Unidos... No bastará para compensar el alza de los precios y el aumento del coste de la vida.» ¡He aquí seco el charco de las ranas! Tocamos aquí el punto neurálgico de la experiencia de Roosevelt: que, en efecto, los salarios, ya reducidos semanalmente por el «short time», se hacen cada día más insuficientes a consecuencia del alza de los precios. En pocas semanas el precio de la harina ha aumentado un 18%; el de la manteca, un 10%; el de los huevos, un 22%. Los productos manufacturados suben también en proporción. El alza se explica:

1.º Por la baja del dólar que acentuará pronto la inflación.

2.º Por la política gubernamental de alza sistemática de materias primas y de productos agrícolas e incluso de los precios de detall (1).

3.º Porque los patronos se resarcan de sus nuevas cargas, no a costa de sus beneficios o de sus reservas, sino elevando los precios de venta.

Se descubren aquí, sin rebozo, las contradicciones insuperables en que se debate, en pleno ocaso, la economía capitalista.

Roosevelt se ha encontrado entre dos necesidades: por un lado, la de salvar de la ruina a los agricultores, cargados de deudas, y los productores de materias primas; por otro, la de aumentar la capacidad de compra de los trabajadores industriales. La depreciación del dólar y el alza de los precios remedian a los primeros, pero pesan terriblemente sobre los segundos.

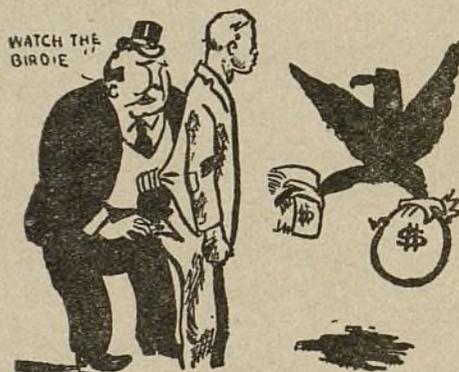
Esta experiencia nos demuestra también la imposibilidad que hay, dentro del régimen capitalista (es decir, de la ganancia),

(1) A los comerciantes les han prohibido, para evitar la «competencia desleal», la venta con precios menores de los del por mayor aumentados en un 10%.

de normalizar la mecánica por el famoso *chiquenande* (papirotazo), caro a León Blum y al fascista Agnelli. Cada industrial fija los precios de venta según sus gastos de fabricación y no con la generosa intención de crear «capacidad de compra».

En vano Roosevelt hace un desesperado esfuerzo para obligar a la Banca a que conceda créditos suplementarios a la industria. Los bancos no pueden ocuparse en invertir a largo plazo los depósitos de sus clientes; y el Gobierno parece orientarse hacia una inmensa empresa de crédito del Estado. Mas el crédito de Estado... es la inflación o, lo que es igual, la disminución de la capacidad de compra en las masas. Es, pues, un círculo vicioso.

Aunque la experiencia está aún realizándose, se puede, desde luego, separándola cuidadosamente de una pequeña serie cí-



clica de negocios anteriores a ella, vaticinar su fracaso.

Los hombres que se jactaban de poner nuevamente en marcha la mecánica no logran siquiera aplicar eficazmente la semana de 40 horas; lejos de conseguir un aumento real de los salarios en el conjunto de la clase trabajadora, provocan un empeoramiento de su *standard of life*. Dato tanto más elocuente cuanto que, para adaptar el maquinismo al hombre, para llenar el desnivel entre la producción y el consumo, sería precisa una disminución mucho mayor de las horas de trabajo. ¿No ha declarado el propio general Johnson, ante una comisión del Senado, que «ni aun alcanzando de nuevo el nivel de producción de 1929 se podría ocupar a más del 55% de los *parados*?» Según otras cifras, la actividad industrial alcanzaba en junio al 76% de la de 1929; pero el nivel de empleo no pasaba del 64%. Por ende, la reabsorción

del paro forzoso no guarda proporción con aquélla.

Se advierte al presidente Roosevelt encariñado con la idea de ajustar *permanentemente* las horas de trabajo al nivel de la técnica. Pronto aprenderá —a su costa y, con él, el «trust de los cerebros», los tecnócratas, los jefes reformistas de la Federación del Trabajo y toda la masa de los

americanos medios— que el capitalismo no puede «enmendarse» y que cuanto más se intenta más se evidencian sus contradicciones.

Ese encariñamiento ¿llevará a Roosevelt hasta su conclusión lógica, esto es, a la supresión de la ganancia? Nos permitimos ponerlo en duda.

Daniel GUERIN

MARCHA TRIUNFAL



He aquí la «gesta heroica» de los invasores. El «terrible enemigo» —ancianos, mujeres, niños— huye despavorido ante el empuje —cobarde— de los conquistadores.

Ayuntamiento de Madrid

La realización del Comunismo libertario

I
LA forma en que debe realizarse el Comunismo libertario no ha sido todavía suficientemente aclarada en la mente de muchos propagandistas, que divulgan al respecto numerosos infundios repetidos y aumentados por quienes les oyen y leen, de modo que se ha llegado a rodear los conceptos del anarquismo de una nube impenetrable, de una maraña de confusiones extremadamente perjudiciales, que pueden extraviar por completo a quienes desean acercarse a nuestras ideas o realizarlas.

Un conocido propagandista español, el camarada Angel Pestaña, que no nombramos para particularizar, sino como un caso patente de lo que nos ocupa, ha descubierto de repente, después de veinte años de propaganda anarquista, que los hombres de la sociedad actual no podrán vivir del día a la mañana en la forma armónica y perfecta que imaginamos para el futuro. Descubrió asimismo que los grupos de afinidad y la acción individual no bastan para reorganizar la sociedad, y que para esta tarea se debe poner en el primer plano a la organización obrera.

La consecuencia de este descubrimiento es que «no es posible instaurar el Comunismo libertario, llegar a la formación de los grupos libres de productores al día siguiente, como realización inmediata de la revolución», y si lo dice sólo ahora, es porque antes «ningún teorizante del Anarquismo y del Sindicalismo lo había dicho», razón por la cual no había podido saberlo hasta hoy.

Tal es la medula de un artículo publicado por ese compañero en el número 6, año 3, de *Cultura Libertaria*, de Barcelona, artículo resumen de una conferencia suya, muy discutida, dada poco antes en el Ateneo de Madrid.

Nadie, y menos aún militantes de primera fila, debería padecer tales confusiones que no hacen sino alejar de nuestras ideas a los auditorios y contribuyen a fomentar las discusiones inamistosas en nuestro ambiente.

¿Qué teórico del anarquismo ha hablado jamás de reconstruir la sociedad sobre la base de los grupos de afinidad?

En la evolución de las ideas económicas del anarquismo, ideas que se modificaron siguiendo el ritmo de la técnica de producción, no recordamos uno solo que, al reclamarse del Comunismo libertario o del colectivismo, haya recomendado esta solución.

Godwin fué comunista; Proudhon, mutualista; Bakunín, sindicalista y comunista; Kropotkín y Reclús, comunistas, pero el primero recomendó pronto el Sindicato y la Cooperativa; Malatesta aconsejó los tres organismos, admitiendo el derecho de experimentación de las tendencias colectivistas e individualistas, como concesión indispensable al ambiente especial del anarquismo en Italia; Cornelissen es sindicalista, como lo había sido Caffiero; lo fué más tarde Pedro Gori; Fabbri comparte las ideas de Malatesta, añadiendo a los organismos nombrados la utilización de muchos más de la sociedad actual —Sociedades de socorros mutuos, de arte, de educación, etc.—; Roccker es sindicalista; Sebastián Faure concibe una organización sindical al servicio de la población, no directora de la misma (la diferencia es esencial).

No se encuentra, no se encontrará en todos ellos, uno solo que imagine la organización de la sociedad futura sobre el grupo libre o de afinidad.

No han faltado, ciertamente, militantes mal informados y poco reflexivos que, por oposición al movimiento sindical y a la necesaria disciplina que implicaba, opusieron a la organización obrera el grupo anarquista como factor de realización.

Pero, ¿dónde debemos informarnos para reconocer una determinada doctrina? ¿En los que la elaboraron o en los que le hacen decir cuanto place a su fantasía? Por nuestra parte, confesamos nuestra sorpresa que se haya podido ser anarquista durante veinte años sobre la base de tales interpretaciones. La menor observación de los hechos sociales bastaba para

demostrar la insuficiencia de tan peregrinas soluciones.

Precisamente, lejos de estar huérfano de conceptos reconstructivos de valor permanente, el anarquismo les ha proporcionado a las otras tendencias. Gran parte de las ideas del Sindicalismo le han sido tomadas. Bakunín y sus compañeros de la primera época fueron los primeros que proclamaron todo el valor del Sindicato obrero como agente de reconstrucción y señalaron su amplia misión transformadora. Las soluciones que se nos proponen ahora como novedades se remontan a sesenta años atrás, con la diferencia de que sus autores, más clarividentes, no creyeron necesario dejar de llamarse anarquistas, ya que precisamente por serlo recomendaban al Sindicato como instrumento técnico de la sociedad Comunista libertaria.

En cuanto a los sindicalistas, no han formulado nunca otras objeciones ni otras proposiciones. ¿En qué se habría fundado su oposición al anarquismo, sino en esas supuestas o reales declamaciones anarquizantes, que les han permitido dar apariencia de originalidad a ideas y movimientos iniciados en España, Francia e Italia por Bakunín y sus amigos, tomando de ellos el concepto práctico de ese movimiento, del marxismo su base teóricodoctrinal, y sistematizándolo todo en algo que, por su estrechez logró, naturalmente, tener aspecto propio?

Decir que no se puede reconstruir la sociedad sobre la base de los grupos de afinidad no es exponer nada nuevo, sino repetir lo que tantísimos han dicho, lo que en España admitieron Anselmo Lorenzo, José Prat, Ricardo Mella y otros, al asignar a las organizaciones obreras un papel preponderante en la construcción de la nueva sociedad —sin dejar tampoco de llamarse anarquistas.

El grupo libre no puede ser considerado como el instrumento técnico propio de la sociedad libertaria. Si para que ésta se realice se necesita de tales bases, como declara el compañero citado, es preciso rechazar de lleno y para siempre los principios económicos y políticos del anarquismo. No solamente porque no lo han recomendado nuestros teóricos, ya que nosotros debemos seguir creando después de ellos, sino porque será siempre impo-

sible organizar la vida material de una sociedad con semejantes medios

Quien tiene de nuestras ideas tales conceptos debe fatalmente, tarde o temprano, abandonarlas, y sólo quedará entre nosotros si carece del menor espíritu crítico. Tan pronto se enfrente con la realidad advertirá la debilidad de sus creencias, y buscará en creencias nuevas respuestas más lógicas a sus preguntas.

La producción y el consumo no tendrán nada que ver con las afinidades individuales (pero, una vez más, ¿qué teórico del anarquismo ha dicho esto?), porque, salvo rarísimas excepciones, estarán siempre sujetas a un determinismo geográfico, que localiza las distintas clases de producción, y al que no se podrá escapar nunca.

La industria que más mano de obra ocupa es la metalúrgica, y no hay, o hay apenas lugar en ella para el trabajo individual. La sigue la textil, que requiere también un trabajo permanente de conjunto; la edificación, que tampoco es factible sobre la base de grupos aislados. Los medios modernos de producción, que libertan al hombre del esfuerzo bruto demasiado prolongado, suponen un entrelazamiento tal de actividades, una tal dependencia mutua, aunque sea en el reparto de las materias primas para los distintos grupos que se hubiesen formado en industrias secundarias, que hablar de la producción sobre la libre iniciativa de los grupos libres, tanto para ahora como para dentro de diez siglos, equivale a vivir espiritualmente de cándidos cuentos infantiles.

Donde haya minas seremos mineros; donde haya fuerza motriz seremos industriales; donde la tierra sea fértil seremos agricultores; donde abunde el pescado seremos pescadores. Habrá que producir para las necesidades de todos, puesto que de todos recibiremos cosas útiles. Ninguna sociedad es concebible de otro modo.

He aquí la definición que Kropotkín, que algo sabía de anarquismo por supuesto, hacía, en *Memorias de un revolucionario*, de la sociedad futura:

«Esta sociedad se compondrá de multitud de asociaciones federadas por todo aquello que reclama esta forma de agrupación: federaciones de oficios para la producción en general, agrícola, industrial, intelectual, artística; municipios encargados de organizar el consumo, pro-

porcionando alojamiento, alumbrado, alimentos, servicio sanitario, etc.; federaciones de municipios entre sí, y de éstas con las organizaciones de oficios, y finalmente grupos más extensos, abarcando una o varias regiones, compuestos de individuos encargados de colaborar para la satisfacción de aquellas necesidades económicas, intelectuales, artísticas y morales que no se hallan limitadas a un país determinado.»

Al definir el federalismo, Proudhon había dicho antes:

«La federación es, pues, un gobierno en el cual varios grupos, sea como comunas, distritos, ciudad o provincia, se comprometen recíproca e igualmente, unos hacia otros, por uno o varios fines particulares, cuyo encargo incumbe especial y exclusivamente a los delegados de la Federación» (1).

No se habla aquí de grupos libres o aislados de producción.

Bakunín, muy influenciado por Proudhon, hacía definiciones análogas. Y Malatesta, más en consonancia aún con nuestra época, escribía antes de morir: «El Comunismo universal, es decir, una comunidad sola entre todos los seres humanos, es una aspiración, un faro ideal hacia el cual es preciso tender.»

Tales son los conceptos de los anarquistas más eminentes. Quien acuse al anarquismo de no tener orientaciones precisas, o de basarse solamente en pequeños grupos aislados, o es de mala fe o lo desconoce por completo.

Tampoco han pretendido jamás los teóricos del anarquismo comunista libertario que se establecería del día a la mañana una sociedad perfecta, donde todos los individuos serían, individual y colectivamente, irreprochables. Mella ha repetido con harta frecuencia este pensamiento de Pascal: «El hombre no es ni ángel ni bestia; pero cuando quiere hacer el ángel hace la bestia.»

Requerir esa condición como premisa

indispensable para hacer una revolución en sentido anárquico, es también deformar en absoluto lo que los anarquistas que no fueron individualistas como Stirner, o evolucionistas como Tolstói o Proudhon, han dicho.

La falta de esta condición permite formular dudas y proponer soluciones intermedias entre el capitalismo y el comunismo libertario, que nos alejarían de nuestro ideal a medida que se afianzaran.

Rechazamos y debemos ponernos en guardia contra esas teorías nuevas. No puede haber solución o norma intermedia. Destruído el dominio del capitalismo y del Estado actuales, reconstruiremos la sociedad sobre bases de libertad o sobre bases de autoridad. Por lo tanto habrá oarquía o anarquía.

O los miembros de todas las instituciones, económicas, culturales, municipales, recreativas, federadas entre sí según sus conveniencias y las conveniencias generales, determinarán sus actividades en las asambleas y sus congresos — y esto es anarquismo —, o esas determinaciones vendrán de fuera, serán impuestas por una fuerza extraña, partido, gobierno, fracción dominante de cualquier clase, y esto es autoridad.

Los que no creen en el comunismo libertario para después de la revolución, deberían decirnos con precisión cuál de las dos normas proponen.

La práctica de nuestras aspiraciones será gradualmente más completa. Pero deberá informar desde el primer momento, las actividades de los revolucionarios que quieren evitar el triunfo de cualquier clase de nueva tiranía política o económica.

Hoy los Sindicatos, las Cooperativas, las Sociedades culturales, deportivas, etc., eligen comisiones administrativas o directivas, señalan su labor por cierto tiempo, aprueban o desaprueban después su actuación, las destituyen o confirman en sus asambleas plenarias de socios.

Gastón LEVAL

(1) *Le principe fédératif.*

El arma del boicot

CUANDO fui a Copenhague, hace algunos años, me llamó la atención una profusión de carteles invitando a los daneses a no comprar más que productos nacionales. Esta incitación al boicot, que se encontraba por doquier, tratando de hacer vibrar en el fondo de los ciudadanos las fibras patrióticas, era la obra comercial de los trusts daneses de producción.

Pero no es solamente en Dinamarca donde esas sugestivas y chillonas carteleras animan con un soplo nacional y con fórmulas de prestigiosa apariencia el cálculo de unos traficantes y propagan la demagogia comercial, diciendo: «Vuestros intereses comerciales corren paralelos a los de vuestro bolsillo»; este procedimiento es demasiado práctico para que no se generalizara.

Y así el arma del boicot, que en otros tiempos era como exclusiva del movimiento obrero (y especialmente de iniciativa anarquista), se ha convertido en instrumento de la burguesía.

Por eso, la discusión sobre el boicot y su uso se halla actualmente en plena efervescencia en el seno del movimiento obrero.

Primer deber: Proceder contra el fascismo. En Alemania, la clase obrera, lejos de ser domada por el Gobierno de brutos vigente, lleva contra él una lucha desesperada que se confunde con la lucha de la clase obrera universal contra el despotismo capitalista. Es, pues, preciso, actuar en favor de unos contra los otros.

Instintivamente, en las masas obreras de los diversos países, la hostilidad hacia el hitlerismo se traduce por actos que son verdaderos actos de boicoteo. Se han detenido navíos alemanes en los puertos y cargamentos alemanes, dispuestos a ser expedidos; se han destruído cargamentos de literatura fascista, etc.

Pero he aquí que, actualmente, se hacen distingos de gravedad extrema en torno a la idea del uso del boicot por los obreros.

La Federación Sindicalista Internacional ha votado una Resolución propugnando el boicot a la Alemania hitlerista.

La Internacional Obrera Socialista ha adoptado esta divisa: «La I. O. S. suma

su participación a todos los esfuerzos que tengan por fin el boicot moral y material contra el hitlerismo.»

León Blum, explicando y comentando la adopción de la resolución de la I. O. S., escribe:

«La actual propaganda del uso del boicot se dirige principalmente a la masa de los consumidores; no tiende únicamente a impedir la introducción, la descarga, el sostenimiento de la mercancía, sino también y principalmente, su puesta en venta y su adquisición.»

Y, más adelante, tras invocar un recuerdo a la Sociedad de Naciones, León Blum, añade: «La Internacional, así, asume la dirección, se coloca a la cabeza de una especie de coalición de gobiernos libres contra el hitlerismo.»

Se deduce de todo esto que la forma del uso del boicot se nos presenta de dos maneras muy diferentes: boicot de consumo y boicot de la producción y transporte. Y difícilmente se podría calcular el peligro que puede resultar de explotar este doble carácter, desde el punto de vista de la lucha social en general y de la lucha contra el hitlerismo en particular.

Encerrado el boicot de consumo en el círculo de la fórmula falaz «democracias contra dictaduras», queda colocado al servicio de los imperialismos «democráticos». Y así no se sirve a la lucha obrera; así lo que se hace es desertar de la lucha obrera.

Si el boicot de la producción y de los transportes es un arma formidable en manos de la clase trabajadora —tan formidable que, organizada en gran escala garantizaría la victoria sobre la clase internacional adversaria— no lo es igualmente el boicoteo del consumo, con el que lo que se pretende es, en definitiva, acantonar las masas del trabajo.

Sólo una pequeña parte de mercancías extranjeras son objeto de consumo directo (las importaciones y las exportaciones consisten, principalmente, en materias primas o en productos medio fabricados). Además, los obreros, en el estado económico actual, son muy endebles consumidores. Y si bien tienen un poder casi ilimitado, por directo, en cuanto a la producción y los transportes, no tienen en cambio sino

una capacidad muy limitada de consumo individual.

Pero, el boicoteo de transportes, que León Blum, en sus comentarios, relega a segundo término, está formalmente eliminado del conjunto de orientaciones de la F. S. I. y de la I. O. S. Y así es como la C. G. T. sueca se ha adherido al «llamamiento de la Internacional de Sindicatos Obreros, recomendando el boicot entre los miembros de la Confederación a las mercancías alemanas». «No se trata del bloqueo de transportes ni de otras medidas que llevarían a las organizaciones obreras a conflictos entre ellas y los contratos vigentes, sino solamente de una negativa individual de los obreros a comprar mercancías de origen alemán.» (El *Socialdemocraten*, de Estocolmo.)

Así, pues, no se trata de utilizar las fuerzas organizadas del proletariado, sino solamente de provocar acciones individuales reservadas a la adquisición de mercancías.

La restricción que implica esta medida es enorme y los insignificantes resultados de ella no son producentes en la lucha obrera. Por lo demás, se trata, ante todo, de respetar los contratos vigentes, es decir, de dejar las cosas como están.

Se deduce de estos principios que los obreros no deben entregarse a ningún acto de hostilidad contra el pabellón de la svástica, ya que el uso de ese pabellón forma parte de los contratos internacionales en vigor.

La C. G. T. sueca cifra, en efecto, toda su autoridad en el respeto de estos contratos (¡burgueses imperialistas!).

El 24 de agosto, un buque alemán, el «Delfín IV», arribó a Valdemarskvik (Suecia), en donde los cargadores se declararon en huelga al izarse la cruz gamada. El armador se dirigió entonces a la Federación de Obreros del Transporte (C. G. T. sueca) y ésta ordenó telegráficamente a los huelguistas reanudar inmediatamente su trabajo ¡bajo pena de ser expulsados de la Confederación!

Pero hay más.

Véase una información que nos llega de Viena:

«La dirección del Partido Socialdemócrata de Austria, declarándose solidaria

con la decisión del Congreso Internacional de Sindicatos, de Bruselas, y de la Conferencia de la Internacional Socialista Obrera, de París, dirige un llamamiento a los obreros austríacos, invitándoles a boicotear las mercancías de procedencia alemana... Además, las mercancías austríacas son objeto en la Alemania hitleriana de un boicot secreto. Y Alemania ha roto todas las negociaciones emprendidas con Austria en persecución de un mejoramiento del tratado de comercio. Nosotros responderemos al boicot con el boicot. ¡Obreros austríacos, comprad los productos de otros pueblos libres!»

He aquí cómo los mercaderes nos llevan lejos de la lucha contra el fascismo, mientras inspiran al *Populaire* —en donde yo he leído la información— reflexiones tan sugestivas como éstas: «Conviene recordar que si Checoslovaquia ha sido la principal beneficiaria, desde el punto de vista comercial, de este estado de cosas, hay ramas de la industria austriaca que igualmente han registrado un recrudescimiento de adquisición.»

En términos más claros: son los comerciantes checos, los industriales austríacos —y los banqueros franceses, que han invertido sus capitales en Austria— quienes se aprovechan del boicot así interpretado. ¿Quién se atreverá a asegurar que haciendo los negocios a la burguesía se sirve a la lucha antifascista?

Por todas estas razones, este semiboicoteo, exclusivamente encerrado en los límites del consumo obrero, esta apariencia de boicot, ¿no es, pese a las bellas frases con que se la describa, una concepción peligrosa y, por consiguiente, un engaño? ¿Qué deducir, pues, de ello?

Que el boicot, que es una de las formas colectivas decisivas de la batalla obrera, debe aplicarse contra el hitlerismo, por un movimiento en masa de los obreros de la producción y de los transportes, sin que se tengan en cuenta los intereses de las distintas burguesías y los pactos internacionales colocados bajo la égida de la S. de N.

Este movimiento de masa es lo que hace falta provocar.

Henri BARBUSSE

Los primeros años de la Internacional (1864-66)

Ante la guerra austroprusiana. El Congreso de Ginebra. Afirmación del autoritarismo de Marx

DURANTE los tres últimos meses de 1865, la Internacional vivió horas de boga en París, gracias a una carta de Henri Martín (14 de octubre), y la Secretaría hubo de pedir al Consejo 100 carnets más. El 20 de noviembre, Marx escribía a Engels: «Nuestros parisienses están un poco asombrados, viendo que el párrafo sobre Rusia y Polonia que peor les pareció, es precisamente el que más sensación está causando.» A pesar de estas opiniones de Marx, en el Consejo Central había un poco de desilusión. Y así, Cremer, el secretario general, pensaba que había demasiados movimientos entre manos para poder ocuparse eficazmente de uno sólo, y pedía la concentración, como se puede ver en el periódico *The Workman's Advocate*, del 10 de octubre. Por lo demás, pedía de nuevo abandonar en parte, si no del todo, sus asuntos personales y propuso, para sucederle, a Le Lubey, quien se negó a ello, por lo que Cremer seguía en funciones aún el 17 de octubre. Cremer era un elemento activo y honrado; pero, como dijo Lesuer —y la carrera ulterior del propio Cremer lo ha confirmado— no habiéndose podido crear una situación duradera, hubo de marcharse.

Los polacos querían que la Internacional cooperara con ellos en la conmemoración del aniversario de su insurrección (29 de noviembre de 1830). Esta cuestión dió que hacer, pues algunos opinaban que era ocuparse demasiado de los polacos. El secretario general, Cremer, decía, refiriéndose al secretario polaco, Holtorp, que no sabía que éste hubiese actuado nunca como secretario. En el Consejo entraron otros polacos, pero su introductor Bobezinski ya había dicho que su Sociedad no podía afi-

liarse a la Internacional. Esto no impidió que Peter Fox anunciase, el 28 de noviembre, que estaba preparando un *rapport* sobre la cuestión polaca, con destino al Congreso próximo, y que Marx incitase a Engels a escribir algo sobre el mismo tema. (Carta de Marx a Engels, del 5 de enero de 1866.)

Engels, en efecto, escribió artículos en *The Commonwealth* (números 159, 160 y 165, del 24 de marzo al 5 de mayo de 1866), que yo mismo he leído. En ellos declaraba que el principio de las nacionalidades «no era más que una cosa inventada por Rusia para destruir a Polonia», es decir, para separar de ella las partes no polacas, lo que demuestra que la Polonia *integral* era para él y para Marx la Polonia *histórica*. Marx sugirió a Engels, expresamente, refutar los artículos de Héctor Denis, publicados en la *Tribune du Peuple*, de Bruselas (5 de marzo-31 de junio, 1864), que representaban lo que Marx llamó «moscovitismo prudonherzeniano». Hablando de Herzen, en una carta del 23 de mayo de 1872, publicada en la *Guzzeitino Rosa*, de Milán, Marx llamó al «dilettante socialista» Herzen, claramente, «paneslavista ruso», de quien no había querido hablar en una reunión (la del 27 de febrero de 1865, celebrada en Londres, «en conmemoración de los grandes movimientos revolucionarios»). El discurso que pronunció Herzen existe en folleto)

He aquí, pues, hombres llenos de pasiones y personalismos que, como Marx, sostén de la Internacional, obraban sin tratar ni por un instante de prescindir de sus puntos de vista, ocupando posiciones de confianza, que exigen siempre la imparcialidad.

El 21 de noviembre aconsejaba Marx

la no publicación de un informe sobre la Conferencia, y, aunque hasta entonces se había deseado la publicación de tal informe, se aceptó la recomendación de Marx, y no se publicó.

El desconocimiento de la actuación de la Conferencia por parte de quienes no leyeron la referencia publicada en 30 de septiembre por un periódico inglés, dió lugar a una vehemente crítica, en parte errónea e impregnada de odio contra Marx y los delegados parisienses, publicada por Vésinier, en *L'Echo de Verviers* (Bélgica), el 16 de diciembre del año 1865.

Vésinier había encargado a Le Lubey, en 26 de diciembre, de enviar esta crítica al Consejo, y el 2 de enero la envió en unión de un proyecto de Constitución de la Internacional para la rama francesa en Londres, proyecto redactado por el mismo Vésinier y publicado en *L'Echo de Verviers*.

El 9 de enero propuso Yung que Vésinier se retractara o fuese expulsado. Marx defendió a los delegados parisienses y solicitó que Vésinier probase sus acusaciones o fuese expulsado; así se votó. Todo esto le fué escrito a Vésinier en una extensa carta, fechada el 15 de febrero, redactada y firmada por Yung, cuya carta tenemos a la vista; se publicó en *L'Echo de Verviers*, el 20 de febrero. Yung ha hecho rectificaciones correctas y plausibles, pero para juzgarlas exactamente sería necesario conocer una carta de Le Lubey a Vésinier, del 25 de febrero, que rectifica algunos puntos. Le Lubey no ignoraba que Vésinier había adoptado una actitud exagerada. Referimos todo esto porque ello demuestra —cuando se leen todos estos textos, de los que no podemos dar aquí más que fragmentos— hasta qué grado sentían aquellos hombres del Consejo, los franceses e ingleses, desde el primer día, la tiranía de Marx, y cuántos fueron sus esfuerzos por implantar procedimientos más legales y más humanos, en tanto que otros, libres de la necesidad de pensar por cuenta propia, se constituían en ciegos instrumentos de Marx; la mayoría de estos elementos duraron justamente hasta el fin: 1872. Otros se emanciparon antes. Pero, en resumen, de entre los cientos de hombres que pasaron por el Consejo de Londres, ni media docena,

si se exceptúan los miembros de la familia (Lafargue, Longuet), conservaron para Marx un recuerdo amistoso, cordial.

De Vésinier hay una declaración, en una larga carta de justificación, no concluida, y otra, en una carta del 11 de marzo, muy pulcra de estilo, en la que anunciaba que preparaba la primera.

Los parisienses protestaron contra la acusación de bonapartismo hecha en la *Spiegle* (sesión del 27 de febrero). Marx escribió a Engels, el 15 de febrero, lo siguiente: «Acabamos de destruir la miserable intriga de Vésinier, en Bélgica, y de Le Lubey, en Londres. El redactor de *La Rive Gauche*, y amigo de Rogeard, Longuet y el señor Crespel (Crespelle), o sea, los dos miembros más inteligentes del grupo fundado por Vésinier, han llegado a miembros de nuestro Comité Central. Su grupo se ha puesto en contra de él y a favor nuestro...» *La Rive Gauche*, que sucedió a *Ecoles de France*, fundada por Robert Luzarche y escrita, durante mucho tiempo, por el Prof. Rogeard —dos de los más finos panfletistas antibonapartistas y socialistas de aquellos tiempos, ricos en talento, que se vieron obligados a emigrar de París y de Bruselas—, fué el periódico socialista más importante de aquellos años (1864 - 66); y Charles Longuet, prudoniano revolucionario entonces, con Rogeard, lo redactaron en Bruselas. Después, expulsados, en los países vecinos; y, Rogeard en el Luxemburgo, durante el invierno de 1865-66, en Londres. Crespelle, un desterrado, hizo circular el periódico en Londres. Este era amigo de Vésinier, como Delfrech y otros, todos pertenecientes a la logia masónica *La Concordia*. Marx pudo ganar a Longuet, antiguo estudiante, individuo apático, descontentado en una ciudad donde echaba de menos los cafés del barrio latino y de Bruselas; lo mismo hizo con Dupont y Lafargue en el grupo francés; pero las cartas escritas a Vésinier demuestran que los de este grupo no eran tan asimilables como los estudiantes Lafargue y Longuet, futuros engendros de Marx.

Pero Marx cayó enfermo y, según él, se tramaron contra él dos intrigas: una fué la eliminación de su protegido Eccarins de la redacción del *Commonwealth* (como se llamaba desde el 10 de febrero el *Workman's Advocate*), mientras Odger

y Fox se colocaban en este periódico, hacia lo cual aspiraban también Howell y Cremer. La otra intriga fué la aparición del mayor Wolff, el maziniano, quien formuló una reclamación contra Yung, en favor de los italianos. Marx se figuraba que todo esto estaba maquinado por Le Lubey contra su influencia alemana en el Consejo. Y reunió a los secretarios continentales (Dupont, Yung, Longuet, Lafargue y Bobzinski), en su casa, el día 10 de marzo, y el 13 obtuvo, según él, una victoria rotunda en el Consejo. «Los señores ingleses —decía a Engels en carta del 24 de marzo (véanse también las del 10 de febrero y el 2 de abril)— se han convencido ahora de que, por el elemento continental, yo las tengo en mi mano, para el caso de que hagan «burradas». Es curioso observar que Marx trata a Lafargue como secretario hacia el 10 de marzo, cuando Lafargue no lo fué nombrado para España hasta el 27 de marzo, y la carta de Marx es del 24.

En aquella ocasión, Marx utilizó en contra de Mazzini a un hermano de Orsini, que pasó por Londres, camino de América, «que prometió dejar las cartas de introducción a los socialistas de España, Portugal e Italia» (20 de marzo). Pero tampoco este proyecto produjo resultados visibles.

Después de otro debate italiano (17 de abril), todos los asuntos quedaron en *status quo*, durante mucho tiempo. Vésinier, que escribía mucho en *L'Espégle*, recibió, por conducto de Odilón Delimal y el doctor Watteau, una carta, insultante, de los delegados parisienses, la cual publicó en *L'Espégle*, con una respuesta en que exigía una reparación en duelo. Aquellos se negaron a dar tal reparación, por razones de familia, y, además, amenazaron a Vésinier para el caso de que se presentase al Congreso de Ginebra. La nueva carta iba escrita en términos que no permitían su publicación. (Véase *L'Espégle* del 15 de marzo de 1866.)

Algunos meses después, durante la guerra alemana, Vésinier fué detenido como autor del libro *El matrimonio de una española*, injurioso para la familia de Napoleón III, y sufrió cuatro meses de arresto, un año en celda, y, de éste, diez meses en pésimas condiciones de higiene.

En el Consejo Central se hicieron algu-

nos actos de solidaridad con los presos políticos irlandeses (sesiones del 2 y 16 de enero, 20 de febrero y 6 de marzo), y con ello se dió satisfacción a los que querían demostraciones en favor de alguien que no siempre fuesen los polacos. Es necesario reconocer que Marx defendió con ahinco esta campaña por los irlandeses, viendo en Irlanda un factor de revolución agraria, de la que irradiaría el espíritu de revuelta hasta la misma Inglaterra. Estas manifestaciones no fueron del agrado de aquellos miembros del Consejo que no eran socialistas idealistas, sino políticos obreristas que esperaban ser elegidos, tarde o temprano, diputados al Parlamento; éstos no veían entonces ninguna futura ventaja para su carrera política, que confiaban al voto del pueblo inglés, prevenido en contra de los irlandeses.

Hubo una primera intervención a propósito de una inmigración de jóvenes del continente durante una huelga de sastres; pero el Comité de obreros sastres ya había hecho las mismas gestiones por su cuenta (3 de abril).

La situación financiera, entretanto, habíase hecho menos difícil, en atención a ciertas aportaciones votadas por sociedades afiliadas o por amigos a quienes visitaban los delegados.

J. Ph. Becker y Dupleix, de Ginebra, recordando que se acercaba la fecha del Congreso, recomendaron fijar ésta para fines de septiembre. Había de celebrarse en abril. En París no aprobaron el aplazamiento y fijaron su celebración para el primero de mayo. Por fin, se aceptó la proposición de Yung y Maurice, de señalar su celebración el primer lunes de septiembre.

De Milán se recibió una carta de Gaspar Stampa, para el Comité Central de la Federación de Sociedades Obreras Italianas (fundada en 1864, en Nápoles) Estas incipientes relaciones no tuvieron éxito real entonces; pero Stampa era un antiguo militante, algo por encima del mazinismo convencional, compañero de Garibaldi y un hombre con quien, en 1870, Bakunín se entendió amigablemente.

Marx escribía a Engels, el 6 de abril: «Debo decirte que esto va muy mal; el hecho es que los jefes ingleses de Londres, después que les hemos creado una posición (se refería a Cremer, Howell,

Odger, etc.), se muestran muy fríos ante nuestro propio movimiento. Mi ausencia de casi tres meses ha hecho muchísimo mal. ¿Qué hacer? En Francia, Bélgica, Suiza —y aquí mismo, y allá en Alemania, y, esporádicamente, en América— la Asociación ha hecho grandes y constantes progresos. En Inglaterra, el movimiento de la Reforma —electoral— suscitado por nosotros mismos, casi nos ha matado.» Viendo a los parisienses insistir en la próxima celebración del Congreso, trató de ir a Francia para disuadirlos. Engels (10 de abril) le dió ánimos y le disuadió de hacer

tal viaje, en que correría el riesgo de ser detenido. El 23 de abril, Marx afirmaba que, desde su regreso, la disciplina se había restablecido totalmente. Desistió de ir al Congreso de Ginebra. «Así —decía— me desembarazaré de la responsabilidad personal de su dirección.»

Pero ayudó todo lo que pudo, lo que tiene relación con los informes de que encargó a los delegados de todos los Congresos, desde 1866 a 1869.

Max Nettlau

Viena, octubre.

Claudicaciones

El poeta Gerhart Hauptmann se pasa al fascismo

Gerhart Hauptmann, el poeta de la guerra de los campesinos y de la revolución de los tejedores, acaba de adaptarse al régimen «nazi». Perdido todo sentimiento de dignidad, sin tener siquiera la disculpa de un debilitamiento senil o de un completo desconocimiento de la vida, Hauptmann ha tendido su brazo, en un saludo hitlerista, engrosando así las filas de la barbarie organizada, en calidad de huésped de honor.

Pero el «puro poeta», que es también un experto diplomático, no ha querido ir directamente a Hitler; ha comenzado por enviar un telegrama a Mussolini, prefiriendo, sin duda, dar un rodeo, pasando por el dictador italiano, para acostumar al mundo a la idea de su transjugio. Después se ha servido de la «tercería» del autor Werner Kraus, el cual ha llevado a Hitler una pieza de Hauptmann, titulada *Fetspiel* 1913, e Hitler la ha aceptado como dedicada al *Fetspiel* del tercer Reich. La cuestión quedó resuelta. El homenaje del nuevo maestro al viejo escritor estaba garantizado. Y Hauptmann ha podido salir de la reserva y pasar al frente de ataque.

Acerca de esto comunican de Berlín:

«La prensa nacionalsocialista comenta con ironía

la asistencia de Gerhart Hauptmann a una fiesta de las secciones de Asalto, que se ha celebrado en Hidensee, en donde el poeta veraneaba. Esta fiesta era consagrada a la memoria de Horst Wessel, y en ella se recitaron muchos poemas suyos, con un prólogo de Hauptmann. Los periódicos resaltan el hecho de que durante la ejecución del *Horst Wessel Lied*, Hauptmann, como todo el mundo, es decir, como uno de tantos, saludó, en pie, al modo hitleriano.

Los periódicos «nazis» registran el hecho con justificados sarcasmos, dicen que era «un espectáculo digno de los dioses» el contemplar al «astro de los potentados demócratas» asistiendo a una fiesta de las secciones de Asalto y haciendo el saludo fascista.

Pero en otros círculos, en que Gerhart Hauptmann no era solamente tenido por un viejo simio, sino como la misma encarnación del espíritu y la cultura, estos hechos han causado profundo disgusto y gran decepción.

Gerhart Hauptmann ha muerto. No queda de él más que un fantasma que tiene la audacia de llevar su nombre.»

El tercer Reich

La bolchevización hitlerista

CUÁL había de ser la actitud de Hitler, dueño del Reich, por la complicidad de los feudales y de los industriales comprometidos, y seguro de la adhesión ferviente de las masas proletarias o proletarizadas? ¿Procedería, como esperaban la mayoría de sus electores y los mismos bolchevistas, a la socialización de la Industria y la Agricultura alemanas, o, por el contrario, sirviendo al interés de sus más viejos comanditarios, Thyssen y los magnates westfalo-loreños, afirmarían en manos de los «barones» los resortes del mando que Brüning les dejara forzosamente abandonados?

La respuesta no se hizo esperar mucho.

Evidentemente, la prensa «nazi» no ha dirigido sus insultos, en el transcurso de los últimos meses, hacia aquellos a quienes el ministro de Propaganda, Goebels, calificó de «tenientes de la burguesía podrida; hienas que llegaban, tras la victoria nacionalista, para repartirse los despojos»; Hugenberg, personificación del gran capitalismo, hubo de presentar su dimisión de ministro de Economía. Pero estas inventivas no sirvieron más que para engañar a las masas y Hugenberg no fue descartado, sino porque amenazaba claramente con denunciar a su colega Goering como incendiario del Reichstag y no se plegaba a todas las exigencias de los industriales.

De hecho, el Gobierno «nazi», en que se asientan aún los representantes del feudalismo agrario y de la gran industria con von Papen a la cabeza, sigue siendo el «Gobierno de los barones». La designación de Thjosen para consejero de Estado en Prusia y suprema autoridad nacionalsocialista en Renania; la instalación del príncipe Felipe de Hesse, como presidente, son hechos significativos a este respecto. Hitler ha dado, además, pruebas claras de sus concomitancias con el capitalismo: no ha confiscado los periódicos ni las empresas cinematográficas de Hugenberg; se ha mostrado, pese a sus protestas solemnes, a la nacionalización de los grandes almacenes y la clausura de las sociedades poseedoras de múltiples su-

curales. Se ha limitado a transformar en firma «cristiana» los almacenes Tietz, encarcelando a sus empleados y directores judíos y obligando a la *Kommerz und Privat Bank* a conceder un crédito de diez millones de marcos a los futuros propietarios «cristianos».

Las medidas económicas y políticas tomadas por el Gobierno hitleriano —especialmente la organización corporativa del Reich y la constitución de un Consejo de Estado— en realidad, lo que han hecho ha sido consagrar la instauración definitiva de un capitalismo de Estado, en detrimento de los obreros y pequeños campesinos exclusivamente.

Y es curioso observar, a este propósito, que todas las ideas de fuerza del movimiento «nazi» son, no solamente extranjeras a Alemania, sino exclusivamente francesas. De Gabineau han tomado los alemanes el concepto de la supremacía de la raza aria, singularmente de los alemanes del Norte; de Bergson, la teoría de la intuición creadora, superior a la inteligencia; de los teóricos sindicalistas franceses, en especial de Sorel, han aprendido el sentido de la violencia, de la acción directa del antiparlamentarismo, y a estos últimos es a quienes apelan para justificar su política corporativa.

La fundación, en Düsseldorf, de un *Instituto nacionalsocialista de Estudios corporativos*, y, en Berlín, de una *Comunidad de Trabajo para construcción del corporatismo*, y las diversas manifestaciones de las Cámaras de Comercio e Industria, demuestran un deseo general de consolidar el Reich, por acuerdo del *corporatismo*. Como declararon en junio, con la aquiescencia de Hitler, el doctor Karrenbrock en el Palacio del Acero de Düsseldorf, ante los dirigentes de la industria renovestfaliana, y el profesor Heinrick, en el periódico *El Empleado*, las bases económicas del Reich deben asentarlas las corporaciones de patronos y obreros, declaradas oficiales y jurídicamente responsables. Y el canciller ya ha nombrado «Fideicomisarios del Trabajo», propuestos por las grandes empresas y encargados de concluir legalmente, con el beneplácito de patronos y obreros de

los Sindicatos, los contratos de trabajo que relacionen entre sí a los interesados.

Sin embargo, el corporatismo hitleriano se distingue del sindicalismo francés por un rasgo especial: su antiindustrialismo, o más exactamente, su anti maquinismo. Como indicó el general Anzeiger, de Dortmund, para los hitlerianos «se trata de hacer participar todo lo posible al pueblo en el proceso de la producción, a fin de crear así la capacidad de compra necesaria y aumentar la salida de productos. Todas las mercancías que pueda producir el trabajo humano, de tan buena calidad como la produzca la máquina más perfeccionada, deberán ser fabricadas por las pequeñas y medianas empresas, y, a ser posible, a mano».

La economía del Reich es, ahora, una economía dirigida, entre los límites del capitalismo. El nuevo ministro de Economía, doctor Schmitt, lo ha afirmado así: «El Estado debe gobernar y dirigir la economía por medio de su política.» Y el Estado será él mismo, guiado por los primates de la industria, por los banqueros y por los grandes propietarios.

En Leipzig, el 9 de junio, el canciller Hitler glorificaba en público al «torrente irresistible del nuevo movimiento que ha captado a millones de hombres y que se ha apoderado del Poder»; un día antes, había constituido un Consejo general económico de diecisiete miembros, entre los cuales figuraban los financieros Sicher y Rheinhardt y los magnates Krupp von Bohleu, Siemens, Bosch, Voegler y Thyssen.

En Prusia, por una ley del 7 de julio, quedaba igualmente instituido un Consejo de Estado, encargado de asesorar al ministro de Estado en la marcha de los negocios públicos. Al lado de los secretarios de Estado y de los jefes de grupo del Partido «nazi» se sentaban hombres como Thyssen, que, según ha dicho Goering, en la *Koelnische Volkszeitung*, «han merecido bien del Estado por sus vastos conocimientos y su experiencia en los negocios».

Toda intromisión de las Células de Empresa o de los Consejos de Fábrica —aún bajo la égida del Partido «nazi»— en la dirección de las fábricas, será en lo sucesivo severamente castigada. «Las organizaciones y los grupos del Partido nacio-

nalsocialista —declara una reciente circular del ministro del Interior, de Prusia—, no se abrogarán poderes gubernamentales porque ello sería exponerse al peligro de que se deslizaran, en las células obreras nacionalsocialistas y en otras organizaciones, elementos marxistas y comunistas, que comenzarían de nuevo a turbar la economía alemana y a crear dificultades al Gobierno de la revolución nacional.»

En cambio, el impuesto sobre utilidades se ha reducido en un 10 % para los industriales que procedan al engrandecimiento de sus fábricas; las empresas que trabajan, según los nuevos procedimientos o produzcan artículos nuevos, cuya necesidad sea reconocida, quedan liberadas de todo impuesto sobre utilidades, cifra de negocios y valor de inmuebles; el Reich toma a su cargo los intereses que excedan del 4 % sobre los empréstitos concedidos por extranjeros a los grandes propietarios agrícolas; para los que trabajen con máquinas se ha destinado una consignación de dos millones de francos si se limitan a no fabricar mayor cantidad que el año precedente; y los propietarios de automóviles nuevos quedan exentos de la contribución sobre coches, etc...

Tales son los resultados obtenidos, después de seis meses de poder por los líderes nacionalsocialistas, cuyo programa de veinticinco artículos, elaborados en 1922, preconizaba la abolición de las utilidades obtenidas sin esfuerzo; la aplicación, en beneficio del pueblo, de todas las explotaciones en sociedad y la Reforma agraria.

Tal es el balance de la *bolchevización* hitleriana.

Tercer Reich

«Antes de cambiar radicalmente las cosas —dijo Hitler el 9 de julio, en la Conferencia de Statthalters— es preciso preparar a las personas; hemos visto frecuentemente revoluciones que se desvanecían al primer impulso; hemos visto también, aunque no tan frecuentemente, otras detenerse y retroceder, después de triunfar... No es preciso que la revolución se convierta en permanente; lo que sí es preciso es dirigir el torrente libre de la revolución hacia el cauce más tranquilo de la evolución.» Estos asertos del canci-

ller no dejaron de producir cierta emoción en los medios «nazis», en los que muchos jefes, de origen obrero, creían, con Koeler, el informador de cuestiones sociales en la Federación obrera «nazi», que «el capitalismo se abrogaba el derecho exclusivo de poder dar trabajo en las condiciones fijadas por él mismo, y que tal dominación era inmoral y había que acabar con ella».

Pese a los esfuerzos de Hitler y de sus lugartenientes, las tendencias anticapitalistas se afirmaban todavía con fuerza en el seno del movimiento nacionalsocialista y amenazaban a la integridad del Tercer Reich. Se trataba de aniquilar tales tendencias, pero ellas se resistían. Muchas secciones de Asalto fueron disueltas al anuncio de la formación del Consejo general económico; cuatro importantes dirigentes del Partido, los capitanes Korde-mann, von Marwitz, Wolf y Jucker, acusados de haber intervenido en favor del personal en la dirección de grandes entidades, fueron arrestados y reducidos en un campo de concentración. Otto Strasses, uno de los iniciadores del movimiento nacionalsocialista y líder de la fracción bolchevizante, fué expulsado del Reich; sus principales partidarios, apresados. Con razón había escrito en su periódico Otto Strasses (*El Frente Negro*, suprimido actualmente, en Alemania), la víspera del nombramiento de Hitler, estas líneas proféticas de eterna actualidad: «La política capitalista continúa. Se combatirá al Partido Comunista, como a los partidos extranjeros; subvertirán al país; acaso se prohíba el frente de hierro; ¡y la miseria alemana subsistirá! Porque, en contra de la afirmación de von Papen, esta miseria no es sólo la consecuencia del Tratado de Versalles, sino que una de sus causas principales es el capitalismo.»

Más de 135.000 personas se han suicidado en Alemania desde 1925; el paro forzoso alcanza a siete millones de individuos; y todo lo que ha hecho Hitler, a este propósito, ha sido falsear las estadísticas, considerando como indigentes a determinadas clases de obreros sin trabajo, y crear una Lotería nacional con fecha primero de julio. Los balances de los grandes Bancos muestran una continua reserva de la actividad económica, además de demostrar la incapacidad del Go-

bierno al intentar este proceso, a pesar de las enormes subvenciones concedidas a la agricultura y a la industria. El Presupuesto del Reich se ha gravado con nuevos gastos con la creación de los Ministerios del Aire y de la Propaganda.

Habida cuenta de estos hechos, los nacionalsocialistas de izquierda estiman que el Tercer Reich, en contra de las afirmaciones de Hitler, no está aún constituido y que, para favorecer su instauración, lo primero que ha de hacerse es arrojar del Poder a Hitler, a sus lugartenientes y a los «barones», de quienes aquéllos son el instrumento.

Y, para defenderse contra los izquierdistas, el 25 de julio, el Gobierno ha hecho detener al mediodía todos los medios de transporte (automóviles y trenes); perseguir las fábricas y comprobar los papeles de identidad, en toda la extensión del Reich. Con ello esperaba echar mano a la literatura izquierdista como a los disidentes «nazis» que la propagan.

«Fachada» del fascismo hitlerista

A despecho de las múltiples promesas hechas a los pequeños comerciantes, obreros y campesinos; a pesar de la fraseología revolucionaria a que constantemente se ha recurrido; a pesar, inclusive, de ciertas realizaciones secundarias, aparentemente reformistas, el movimiento hitleriano no es un movimiento socialista. Por otra parte, ha sido y es subvencionado, *finanzado*, por los industriales y los feudales y, aunque haya organizado mantanzas antisemitas, los grandes financieros judíos, como Mendelssohn, no han sentido la menor molestia.

En realidad, el fascismo hitleriano constituye la última medida de defensa del capitalismo alemán, acosado por todas partes. Su misión es mantener en el Poder a la actual generación de dirigentes burgueses; conducir a las masas proletarias hacia objetivos que, en el fondo, no son los que le convienen ni por los que están dispuestas a luchar; enmascarar la necesidad de la lucha de clases tras un nacionalismo agresivo.

Por esto es por lo que el fascismo hitlerista, pretendiendo fundir las inevitables

oposiciones entre empleados y asalariados en la unidad superior alemana, lucha con encarnizamiento contra todo lo que permite al socialismo infiltrarse y penetrar el mundo: en primer lugar, contra el espíritu de crítica y libre examen; contra las libertades políticas y culturales. Por esto, también, es por lo que él es deliberadamente un agente de regresión moral e intelectual; hace quemar las obras de los pensadores originales; se opone a la emancipación social de la mujer; condena la concepción voluntaria; rehabilita las peores costumbres del medievo, como el duelo y la persecución de los judíos.

Mas no es fácil detener el curso de la Historia. Todo obstáculo no sirve más que para reforzar la pujanza irresistible del alud. El progreso y la lucha de clases tienen sus exigencias propias, de las que no es dado prescindir. No se puede mantener mucho tiempo en la ignorancia ni en la servidumbre a las masas de nuestra época, mientras que la Revolución rusa está tan cerca de ellas. Y los revolucionarios no son millares, como en tiempos de la Primera Internacional; hoy son millones.

Sin embargo, en Alemania, mientras que los cuadros revolucionarios son destruidos y las masas reducidas a merced, por el paro forzoso, el Gobierno de los «barones», el fascismo —con o sin Hitler— sostenido por las tropas de Asalto «nazis» y por la Reichswehr, podrá mantenerse durante años en el Poder. No debemos ofuscarnos, en cuanto a esto.

Sin una hecatombe económica, que no

podemos profetizar, o sin una guerra imperialista que amenazara al proletariado, bolchevistas y anarcosindicalistas —estas dos organizaciones antagónicas, pero igualmente de vanguardia en las masas de obreros y campesinos— no existe ninguna probabilidad de realizar pronto nuestras esperanzas.

Pierre GANIVET

De la bancarrota capitalista

Progresión creciente de las quiebras comerciales en Francia

En 1930 quebraron 6.252 comerciantes, o sea, por término medio, 521 quiebras por mes.

En 1931, su número se elevó a 7.224, o sea, 602 por mes.

En 1932, el número de quiebras llegó a 9.012, lo que equivale a una media mensual de 751.

La situación se ha agravado aún en 1933, en cuyo mes de enero se han registrado 794 quiebras; 773, en febrero; 913, en marzo, y 738, en abril. Es decir, que sólo en los cuatro primeros meses del año actual han quebrado 3.218 comerciantes franceses.

Hemos llegado, pues, en tres años y cuatro meses a la cifra espantosa de 25.706 quiebras.

A éstas hay que agregar las liquidaciones judiciales:

Durante el mismo período, ha habido 11.173 liquidaciones judiciales.

En resumen: 37.179 casas de comercio que han ido a la bancarrota.

¡Pero hay quien afirma que el capitalismo se rehace!

ROGAMOS A LOS CORRESPONSALES, SUSCRIPTORES Y PAQUETEROS QUE TODOS LOS ENVIOS EFECTUADOS DESDE ESTA ADMINISTRACION, CALLE DE VILARAGUD, 3, VALENCIA, ES A ELLA A QUIEN HAY QUE DIRIGIR TODOS LOS CIROS Y DEVOLUCIONES.

HACEMOS ESTA ACLARACION PARA QUE NO SE CONFUNDAN CON LOS ENVIOS DE «ORTO» Y «CUADERNOS DE CULTURA» DE LA BIBLIOTECA DE DOCUMENTACION SOCIAL, MORATIN, 49, MADRID.

LA ADMINISTRACION

Las Iglesias cristianas y las finanzas

II

CONCLUÍAMOS nuestro primer artículo con estas palabras: «Las riquezas de la Iglesia cristiana son muy antiguas y se remontan a épocas bien remotas; aquellos treinta dineros —de que hablaba Junqueiro— fueron reproductivos.»

Llena está la historia eclesiástica de falsos prodigios y milagros preparados para asombrar las conciencias, sacando buen partido *financiero* a estos trucos celestiales.

Un comercio vergonzoso de falsas reliquias, combates con espíritus malignos, vencidos a fuerza de exorcismos y... dinero, aparecen a través del cristianismo en todos los tiempos, llegando a nuestros días. «En los últimos tiempos del Imperio romano —dice un historiador tan católico como César Cantú—, los papas y los obispos, especialmente en Occidente, eran personajes majestuosos, influyentes en la dirección de los negocios públicos del Estado.»

Ya entonces habían cambiado al pueblo de sus fieles entontecidos el cielo *hipotético* por la tierra *real*.

Ese ha sido el gran *medio* ideado por los magnates eclesiásticos para enriquecerse y dominar el mundo.

Cuando los llamados bárbaros invadieron el Imperio decadente, que algunos emperadores, envilecidos con crímenes, entregaron al cristianismo, a cambio de su auxilio, para seguir dominando y esclavizando a sus súbditos, la Iglesia, como siempre, traicionó el Imperio, *para suplantarlo*, entregándose a las hordas de bárbaros, a cambio de su protección y amparo, para seguir dominando y explotando a todos.

No es verdad que el clero católico se opusiese a la invasión de los bárbaros, entre otras razones porque, aunque lo intentase, no lo conseguiría.

Lo que ocurrió fué algo que no habla

en favor de la Iglesia. Por medio de adulaciones y promesas, terrenales y celestiales, salió al encuentro de las hordas bárbaras consiguiendo atraer a sus jefes a su partido. La Iglesia cristiana explotó a los vencedores, adulándoles como había hecho antes con los emperadores tiranos de Roma, a cambio de que le ayudasen a aumentar sus privilegios y riquezas, les perdonó sus robos e iniquidades, sus crímenes y su barbarie, proclamándolos reyes *de derecho divino*, como a nuestros reyes tiranos, ungidos por los papas y recibidos bajo palio en los templos a los acordes triunfales del *Tedéum celestial*.

«La Iglesia enseñó, como de costumbre, a doblar la cerviz a los pueblos ante los nuevos señores; éstos, en cambio, aceptaron el cristianismo que les ofrecían como compensación a su auxilio, imponiendo el bautismo *en masa* a sus hordas y protegiendo a la Iglesia, de manera tal, que fué uno de los momentos mejores en que los eclesiásticos acumularon privilegios, favores y riquezas.» (Garrido, *Historia de las clases trabajadoras*, tomo II, página 95.)

Ya en el siglo VI, la Iglesia cristiana se sintió tan fuerte que imponía su voluntad en las leyes y en las costumbres; *el consejo* dado por algunos padres de la Iglesia a los fieles, de pagar el diezmo de los productos y de las riquezas, se convirtió *en mandato del Estado*, sometido a las leyes imperiales y reforzado con decisiones de Concilios; toda una trama hábilmente tejida para adueñarse del dinero del mundo. Y esta imposición llegó, en muchos países, hasta nuestros días, figurando aún, como recuerdo, en los Catecismos católicos editados en el siglo XX.

El Concilio de Tours, en 567, declaró obligatorio el diezmo para todos los cristianos; el de Macon ordenó que todos los cristianos pagasen el diezmo a la Iglesia, bajo pena de excomunión; Pepino «el Breve», padre de Carlomagno, ordenó que

todos los cristianos pagasen el diezmo a la Iglesia DE BUENA O DE MALA VOLUNTAD: ES DECIR, A LA FUERZA, en 779, autorizando la cobranza *obligatoria* de esta contribución usuraria, el diezmo de casi toda la riqueza humana disponible. Los que sabemos la entraña del Estado, aún en nuestros días, para cobrador de tributos, sus procedimientos de recargo, embargo y venta de las cosas embargadas, las arbitrariedades de los cobradores del fisco..., todo el calvario de los ciudadanos pobres defendiéndose contra la acción del Estado, como cobrador de tributos, podremos comprender a qué límite de latrocinio y crimen llegaría la Iglesia en aquellos tiempos para cobrar sus diezmos, apoyada por el Estado, como fuerza material, y por la Iglesia, excomulgadora y perseguidora más allá de la tumba, como fuerza espiritual. (Datos tomados de César Cantú, tomo VIII, pág. 108, cuyo catolicismo es notorio.) Concluye así: «La institución del diezmo, impuesto a fuerza de leyes imperiales o con amenazas del infierno, enriqueció enormemente a la Iglesia y al clero.»

Además, la Iglesia, se enriquecía con legados, donaciones, *intervivos* y *mortis causa*, abusando del confesionario y de la situación angustiosa de los moribundos, a quienes confesaban frailes y sacerdotes para arrancarles sus riquezas que dejaban en la tierra a cambio de una felicidad eterna en el cielo, logrado a tan bajo precio; como en nuestros días, aunque en mayor escala ciertamente.

«Innumerables pequeños propietarios tuvieron que vender sus tierras y su libertad a los grandes señores laicos y... eclesiásticos; éstos poseían inmensas propiedades territoriales, acumulando enormes riquezas de toda especie: finanzas y hombres esclavos que se cotizaban por dinero. No era raro encontrar un solo señor feudal, *eclesiástico*, que disponía de la vida y el trabajo de 2.000 esclavos CRISTIANOS, hijos del mismo Dios y redimidos por el mismo Cristo, que laboraban en sus propiedades, defendían su vida y servían para sus caprichos y veleidades.» (Cita de Draper en su *Historia Intelectual de Europa*, tomo II, pág. 99 al 101.)

«El abuso de la Iglesia y de sus hombres llegó a límites tan abominables que ya Carlomagno, en el año 780, prohibió a las

personas devotas hacer donaciones al clero en perjuicio de sus herederos; él que había sido el mayor protector de la Iglesia y de sus sacerdotes. Valentiniano, en el año 370, había hecho a la Iglesia la misma prohibición terminante. Ya entonces los abusos eran copiosos.» Cantú, tomo VIII, página 108.)

A la vista de estos datos incontrovertibles, ¿qué razón pueden tener aquellos que reprochan a los Estados modernos la compensación pequeñísima de una desamortización eclesiástica que beneficie al pueblo, siempre expoliado y siempre esclavizado por las Iglesias? Llegó un momento en que la Iglesia no se contentaba con el trabajo de rapiña de sus sacerdotes individualmente y aspiró a ser persona social para la explotación del crimen; su fuerza de sugestión es tal, que aun en nuestras Constituyentes, republicanos y socialistas DE IZQUIERDA —así lo afirman ellos, aunque nadie los cree— discutieron si sería conveniente declarar a la Iglesia persona social, con todos sus derechos y prerrogativas. ¡Como en plena Edad Media!

Cristo había declarado solemnemente, en el evangelio de San Juan, cap. XVIII, versículo 36: «Que su reino no era de este mundo», y en otro lugar evangélico: «Que pasaría el cielo y la tierra, pero ni una coma, ni una tilde de su evangelio cambiaría.» ¡Infortunado Maestro! Los que se llamarían sus representantes habían de romper esta afirmación *¿profética?* cambiando absolutamente su ley y sus enseñanzas, su doctrina y su ejemplo.

Los papas quisieron ser tanto o más que los reyes, no contentándose con servirse de ellos para sus latrocinios; aspiraron al llamado poder temporal; a ser un Estado dentro de otro Estado, más fuerte y poderoso que el mismo Estado que los ungía, a la fuerza, como árbitros infalibles entre los hombres y, al fin, lo consiguieron plenamente. Gregorio III, pontífice que no llegó a gozar el resultado de su traición a Cristo, convirtiendo su reino de los cielos en reino de la tierra, fué el primer papa que se alió solemnemente a los reyes para dominar el mundo y adueñarse de la humanidad. Este papa, viéndose cercado en Roma por el rey de los lombardos pidió y obtuvo auxilio de Carlos Martel, intendente de los reyes francos Pepino «el Breve», padre de Carlomagno e hijo de Martello, que-

riendo destronar a Wilderico III, último rey de la dinastía merovingia, propuso y obtuvo del papa Zacarías la usurpación del trono de su señor, con la condición de exterminar los pueblos, entregando las tierras conquistadas al... papa.

Esto acontecía en el año de gracia (¡!) 752; otro papa, Esteban III (757), viendo invadidos por los lombardos los Estados pontificios, que el ladrón regio Pepino «el Breve» le entregara, a cambio de su bendición y protección, impetró su protección humana, valiéndose de un subterfugio divino (?) muy en uso en todos los tiempos por los papas; fingió que San Pedro le escribiera, *de su puño y letra*, acaso usando una pluma de las alas del arcángel Gabriel, amenazando al rey franco con la cólera de Dios y el castigo del cielo, si no venía en su auxilio; majadería notoria, ya que el papa podría haber ordenado a las legiones celestiales viniesen en su auxilio, o al Dios que hizo caer los robustos muros de Jericó al sonido estridente de... unas trompetas.

El memo del rey Pepino temió al cielo, obedeció al papa, invadió Italia, derrotó y exterminó a los lombardos, tomó sus ciudades y confirmó a la Santa Sede, en el uso y abuso de sus posesiones terrenales, estableciendo definitivamente el poder TEMPORAL DE LOS PAPAS.

Sobre esta base de crimen, engaño y farsa burda y ridícula, una carta escrita por San Pedro ordenando matar millares de hombres y destruir numerosas villas, en nombre de Dios y para servicio del papa, se estableció la soberanía temporal de los papas, esa iniquidad que se llamó a través de los siglos el poder temporal de la Iglesia de Dios.

Y Mussolini, el traidor al socialismo, el ateo y materialista empedernido, el tirano tenebroso de Italia fascista, volvió a consagrar esta maldad y este crimen, restaurando el poder temporal de la Santa Sede ¡en nuestros días!, dotado con tres mil millones de libras, arrancadas a los hambrientos y esquilados italianos para regalárselas al papa rey, a cambio de su silencio y auxilio internacional a favor del fascismo; de sus bendiciones y de su fuerza coercitiva espiritual...

Como en plena Edad Media, el Papado traiciona a Cristo, entregando al tirano sus fieles, fomenta la esclavitud espiritual, el

servilismo y la sumisión a los Poderes opresores y despóticos, cobrando, en dinero, lo que ofrece en fuerza opresora...

Todas estas maniobras sinuosas sirven a la Iglesia para adquirir dominio, poder y riquezas; nada deja de cotizar el banquero de Cristo que no tuvo ni bolsa para guardar dinero y él ostenta el Cristo, crucificado y sangriento, como símbolo de su poder, sobre una caja fuerte de caudales, donde atesora el dinero incalculable amasado con crímenes, engaños y usurpaciones.

Este hecho, llamado Poder temporal de la Santa Sede, tiene su asiento en los siguientes hechos, históricamente bien probados.

La rebelión contra un soberano legítimo y la ambición de riquezas de los papas. La usurpación de un trono, por un ambicioso, traicionando a su soberano de acuerdo con un papa que consagró y provocó esa usurpación, a cambio de grandes ventajas materiales y territoriales. La falsificación de una supuesta carta de San Pedro y su utilización por un papa para que un traidor y ladrón de un trono garantizase a la Iglesia la usurpación de otro trono y unos derechos temporales que de derecho y justicia no pertenecían a la Iglesia. El asesinato, exterminio y despojo de los lombardos, para fundar definitivamente por la fuerza de las armas el llamado poder temporal de la Iglesia de Dios.

Esa es la base fundamental de los bienes y las finanzas de la Iglesia. Parece justo decidir que cuanto más pronto los Estados la despojen de todo lo robado, más contento estará Cristo, su fundador, ya que ella enseña a todos sus fieles que están obligados a restituir a sus legítimos dueños todo lo ilegítimamente logrado.

La Iglesia cristiana se convirtió en una timba internacional donde se trabajaba ansiosamente para despojar a la Humanidad de sus dineros; toda especie de trampas terrenales y celestiales fueron empleadas hasta nuestros días; y así se da el caso desconcertante de que ELLA, obligada por precepto estatuido expresamente y terminantemente por su propio Fundador «a no poseer oro, ni plata, ni bienes, ni bolsa siquiera donde guardar dinero, porque nadie puede servir a dos señores: a Dios y a las riquezas» (Evangelios cristianos), es la única potencia humanodivina que posee riquezas sin ejemplo, bienes sin medida, oro y

plata en objetos destinados al culto de Aquel que prohibió su posesión, y en numerario, oculto en Bancos y Sociedades anónimas, en cantidades inconmensurables.

Los papas son los banqueros de la Humanidad y los Judas de Cristo, que fueron entregándolo a través de los siglos por una bolsa de oro, siempre superior a los treinta dineros que sirvieron de base a su negocio celestial.

En nuestros días contemplamos atónitos como entregó a Cristo y sus fieles un papa, recibiendo de su enemigo Mussolini una bolsa repleta con tres mil millones de liras...

Buen negocio bancario hecho a costa de Cristo, premio logrado en esta timba internacional puesta y sostenida por la Iglesia, hace tantos siglos.

Todo ha servido a la Iglesia cristiana para sacar dinero, aumentando sus tesoros. Vendió indulgencias, otorgó bulas, perdonó crímenes gravísimos, traicionó reyes, quemó cristianos, hizo simonías, puso precio a todo lo que podía tentar al hombre y sacó partido, en forma de dinero o de bienes confiscados, en todos los tiempos y de todos los modos, vendiendo el cielo y librando del infierno y del purgatorio a todos los que llegaban a tiempo de darle dinero para conseguirlo.

La Iglesia, afirmaba el papa Pío IX, aun en nuestros días, «no cesa de repetir que el fundamento de la fe NO ES LA RAZÓN, SINO LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA, pues no convenía que Dios, al hablar al hombre, se sirviese de argumentos para apoyar sus aserciones».

Basándose en este argumento, contra la razón, pudo llegar la Iglesia hasta dueña de las conciencias y de los bolsillos de sus fieles.

Y, como el capitán de gavilla que, después de despojar a sus víctimas las maltrata y las deshonor, así la Iglesia, por boca de sus sacerdotes más caracterizados, maltrata a todos los que le ayudaron a hacerse fuerte, dándole garras para martirizar, largos dedos para rapiñar lo ajeno y leyes de excepción para rehuir su responsabilidad social ante los Estados.

Oigamos a un sacerdote católicorromano, famosísimo, encararse con los poderosos del mundo, en pleno siglo xx y en el país más libre, según afirman los poco en-

terados de la tierra: «Decid que somos católicos antes que norteamericanos o ingleses; sí, lo somos. Decid que en el conflicto entre la Iglesia y el Estado civil estamos del lado de la Iglesia; sí, lo estamos. Si el Gobierno de los Estados Unidos estuviese en conflicto con la Iglesia, mandaríamos al demonio al Gobierno de los Estados Unidos; y si todos los Estados de la tierra estuvieran en conflicto con la Iglesia, mandaríamos al demonio a todos los Estados de la tierra, a todos los Gobiernos de la tierra. ¿Por qué se teme tanto a la Iglesia católica en este país, donde nosotros sólo representamos un siete por ciento de la población? La Iglesia es amada por sus feligreses, y temida por los demás. ¿Por qué goza el papa de poder tan grande? *El papa es el amo del mundo entero. TODOS LOS EMPERADORES, TODOS LOS REYES, TODOS LOS PRINCIPES, TODOS LOS PRESIDENTES DE REPUBLICA DE LA TIERRA NO PASAN DE SER LO QUE MIS MONAGUILLOS: EL PAPA ES EL MANDATARIO DE LA TIERRA.*»

Así hablaba el día 27 de junio del año de gracia de 1913, el reverendo padre Phelan, en el importante periódico *Western Watchman*, y sus palabras, que son nada más que la doctrina corriente entre teólogos y nuncios apostólicos que intrigan y cobran de los Estados y sus Gobiernos, a quienes insulta el reverendo padre, no ha sido aún rectificadas.

Así paga la Iglesia a quienes la sirvieron y ayudaron a ser lo que es aún hoy en el mundo...

Era necesaria esta digresión histórica para entrar de lleno en la valoración de los tesoros de la Iglesia Cristiana a través de los siglos.

Cuando se estudian los negocios posibles y las operaciones probables de una casa bancaria, se impone indagar la base real de sus negocios, la fuente segura de sus ingresos, el caudal probable de sus cajas fuertes.

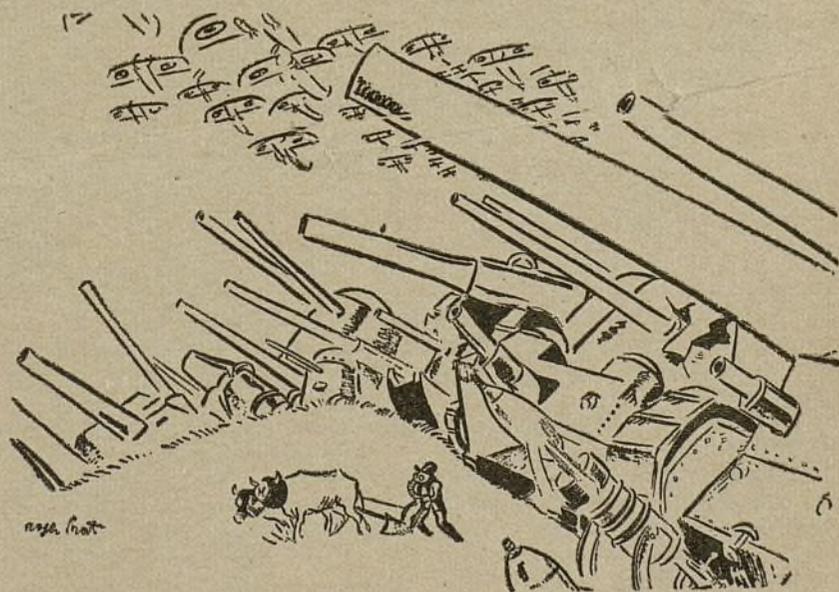
Intentamos investigar los tesoros y el modo de operar de la Iglesia cristiana, y era indispensable puntualizar de dónde le vinieron esos tesoros y cómo supo conservarlos, aumentarlos y distribuirlos entre sus elegidos: papas y dignatarios eclesiásticos, empobreciendo a sus fieles, traicio-

nando a los Gobiernos y deshonrando a los Estados que la acogieron y mimaron.

Puede que sirvan de algo estos artículos a los futuros representantes de España y la República española en las Cortes. Desdichadamente las Constituyentes y... sus hombres, a pesar de ser izquierdistas rabiosos todos ellos, ¡da risa recordarlo!, han servido a cuerpo de... República de trabajadores... hambrientos y parados, a la santa Iglesia ¿católica, apostólica romana? y a sus delegados preferidos: frailes, monjas, obispos, nuncios y demás servidores asalariados. Así va a pagar la Iglesia las complacencias de las Constituyentes en las elecciones próximas. Ya en el 584, la Iglesia fomentó la rebelión de Hermenegildo con-

tra su propio padre Leovigildo; desde entonces, cuántas rebeliones, guerras civiles, conspiraciones y traiciones contra el Estado, su protector, de la santa ¿Iglesia de Dios? Acaso esta última sea definitiva, si el pueblo, soberano, se decide, pasando por encima de sus representantes, que nunca lo representan de verdad, a hacer justicia, dando a ese banquero, tramposo y cínico, que se llama santa ¿Iglesia de Dios? el pago merecido. Aun tiene mucha fuerza, pero la ola avanza impetuosa y, quién sabe si en ella, guiándola y embraveciéndola, viene encerrado el verdadero Espíritu del verdadero Dios...

Matías USERO TORRENTE



Visión del día (Pesadilla del campesino)

El fin de la Europa liberal

¡Al fin, Hitler!

ESTE fué el grito que, según parece, lanzó cierta buena burguesa en un salón de Nancy al día siguiente de las últimas elecciones alemanas. Y tenemos la seguridad de que el mismo grito, si no fué lanzado, al menos brotó en el fondo del corazón de más de un burgués francés.

Cuando, en otros tiempos, hace de ello más de diez años, Mussolini triunfó, una gran parte de la excelente burguesía francesa fué presa de una verdadera crisis de entusiasmo, y, con René Johannet le entonó un laudo. (Véase el *Elogio del burgués francés*.) En la Bolsa de París, se gritaron vivas a Mussolini con toda la fuerza de los pulmones. Ahora, no hemos oído que se hayan gritado en esa Bolsa los mismos vivas a Hitler, porque, ante todo, se impone el pudor y hay que tener en cuenta que se trata de un... *boche*; no de un italiano, ex aliado.

Pero el que ese grito se haya lanzado, con cordial espontaneidad, en un salón de Nancy, es decir, en la capital de Lorena, a dos pasos de la frontera, ¿no es, en verdad, sintomático y de un recio simbolismo?

«¡Por fin tenemos a Hitler!» ha gritado esa buena señora en Nancy. Y, sin duda, ha añadido en su fuero interno: «¡Ojalá los franceses tengamos nuestro Hitler también! ¡Qué pronto nos libraría de esas temibles mujeres comunistas!»

En Italia, Mussolini ha matado al socialismo; en Inglaterra, Mac Donald, ha descartado el laborismo y asumido la jefatura de un gran ministerio nacional conservador. Y he aquí que Hitler acaba de yugular la famosa socialdemocracia alemana, maestra antes del socialismo europeo. No queda, pues, más que Francia, donde el buen Daladier pretende ver la «última ~~tierra~~ tierra de la libertad», claro que de la libertad burguesa, y en donde mucho nos tememos que el gran Tardieu se apresure a tomar posesión de ese último baluarte, para hacer un alto igual en la civilización, con lo que de toda la faz de Europa quedaría eliminado el socialismo, como ya lo fué tras las jornadas de junio y tras la *Commune*. Quedará el peligro soviético, imprimiendo en nuestro estupendo orden social un tercer movimiento ligeramente inquietante —como tercera explosión de la violencia proletaria—; pero cuando Europa se halle de nuevo entregada, maniatada, a la burguesía, tampoco será difícil eliminar a esa endemoniada Revolución rusa, cuya sola evocación turba los sueños.

Pero a cada día su pena. Si ya podría formarse un directorio de cuatro —Mussolini, Mac Donald, Hitler y Tardieu (Tardieu quiere, en este caso, decir: Daladier)—, ya podríamos decir que ello era bueno y que garantizaba la tranquilidad de nuestra magnífica civilización occidental, de la que no falta quien prediga la decadencia, pero la que, gracias a Dios, es bien sólida y está llamada a presenciar aún muy bellos días.

Se nos iba hecho, en estos años, tomarle miedo a la guerra. Hitler viene a comérsenos crudos, indudablemente. Y, contra la guerra, nos darán un remedio más sencillo: Tomar la delantera y hacer... la guerra, una guerra preventiva; marchen, pues, los franceses sobre Berlín y recóquese Maguncia.

Decididamente, Alemania es siempre Alemania: nación de presa, de cuya buena fe no es posible fiarse. No hay nada que hacer con ella: ese ignaro de Briand se dejó «camelar»; esta Alemania no conoce otro lenguaje que el lenguaje de la fuerza, y toda concesión es interpretada por ella como una prueba de debilidad, de la que, ante todo, trata de abusar, para pedir otras concesiones nuevas.

Ahí tenéis, pues, al natural, a esa gran Alemania, tan querida por nuestros socialistas; es la Alemania del *faust'recht*, la que persigue a los judíos y eleva hogueras para quemar en ellas, solemnemente, libros, como en plena Edad Media; la que significa el regreso a la barbarie pura y simple. ¡Fuera, fuera esos *boches* infames, esa última encarnación del *Mal*! Hitler es aún peor que Guillermo II. Y el gran error de 1918 fué no marchar sobre Berlín y reducir a cenizas a la Alemania entera. Mientras quede un solo alemán en Europa, no viviremos en paz ni gozaremos de la menor seguridad; y he aquí que los franceses, gentes eminentemente apacibles, cuya historia no es más que un prolongado idilio, no pedimos más que una cosa, y es, como dice nuestro gran Herriot, poder comer tranquilamente nuestra sopa en familia.

Pero... Hitler ha hablado; el mundo entero ha estado pendiente de sus labios. ¿Qué iba a decir ese rayo de la guerra, ese monstruo, que se atreve a perseguir a los judíos, a quemar libros; ese resucitado de la Edad Media, que aún tenía estupefacto al mundo anglosajón por el hecho, increíble para él, de habérselo elevado al Poder, de haber tomado la dirección de un gran pueblo, del que se creía que era por excelencia el pueblo de la Ciencia, de la Filosofía y de la Música; un pueblo, en fin, civilizado? ¿Ira a pronunciar palabras irremediables y a obligar a los ex aliados a tomar represalias o medidas preventivas? Lo que iba a declarar al mundo, ¿sería la paz o sería la guerra? Una atmósfera densa, como los preliminares de una explosión volcánica, invadía al Universo; nadie se atrevía a respirar; hubiérase oído el vuelo de una mosca en Europa...

Hitler ha hablado. Pero, ¡oh, sorpresa!... ¿Qué significa ese tono moderado, esas declaraciones pacifistas, ese aire de apóstol del bien? ¿Es a Hitler o a Stressemann a quien se ha oído? No se ha encontrado en ese discurso tan discutido más que una declaración de guerra; pero es... de guerra al bolchevismo, del que Hitler se jacta de haber salvado a Alemania y, por ende, a la civilización occidental.

¡Enhorabuena, pues! He aquí que nos ha reasegurado; al fin, respiramos. Pero este Hitler, ¿viene de buena fe?; ¿ha hablado con sinceridad?

Tratándose de un alemán, esto no se sabe nunca; y convendría, por si acaso, dormir sólo con un ojo; no desarmar... sino a golpe seguro. Aunque, en definitiva, lo irreparable no lo ha dicho todavía. La Conferencia del Desarme puede proseguir sus trabajos: esto es lo interesante.

La civilización, en marcha atrás

Pero abandonemos este tono un tanto irónico, y estudiemos el fenómeno hitleriano, que a tantos se les hace extraño y extraordinario. En el siglo XX, perseguir judíos y quemar libros, como en plena Edad Media; y esto, en un pueblo al que se podía creer civilizado en grado sumo, uno de los grandes pueblos de la civilización: la patria de Goethe, de Hegel y de Wagner, parece algo inaudito, escalofriante, increíble. Y la filosofía burguesa de la evolución unilineal, automática e indefinida, de tal manera nos ha invadido y amenerado, que nos cuesta gran trabajo admitir estos *records* de barbarie. Que aun existan *racistas*, gentes capaces de creer en la pureza de una raza cualquiera y de querer asegurar la hegemonía por procedimientos de depuración medievales, ¿es posible aún, en esta primera mitad del siglo XX? Y el caso es que hay quienes se figuran también que el fenómeno racista es una peculiaridad alemana, posible solamente en esta Alemania que aun sigue siendo feudal, medieval y bárbara (1); pero es preciso recordar a estas gentes que Gobineau, un auténtico francés, es uno de los inventores del *racismo*; que hemos tenido en Francia un Edouard Drumont y un «affaire» Dreyfus, en que el antisemitismo se mostró asaz virulento; que, aun hoy, tenemos ante nuestros ojos a un Charles Maurras y a un León Daudet, que no por haber puesto una sordina a su nacionalismo antijudío, profesan menos su famosa teoría de los «Cuatro Estados Confederados», frente a los cuales, una nueva «San Bartolomé», con ellos por jefes, les parecía en cualquier momento útil y necesaria. Recordemos, por otra parte, aquella reflexión del juicioso Cournot: «Observemos —dice— que cuanto más avanzamos en este orden de cosas, por el que la historia de las sociedades humanas se reduciría al marco de la evolución progresiva de la civilización y de las instituciones sociales, más la opinión pública parece conceder de importancia a los caracteres etnológicos, a las distinciones de razas, de idiomas y de nacionalidades.

»A los ojos de muchas personas, la mayor realidad del fondo de las agitaciones de nuestro tiempo, es la necesidad de restablecer, en la gran familia humana, un orden cimentado en las afinidades de la sangre (o de las tradiciones que imitan la voz de la sangre), que se ha turbado por los caprichos de la política, las casualidades de los hechos guerreros y los cismas religiosos. Sin defender este concepto, sin combatir el dogma de una secta o el ideario de un

partido, sin conceder a esto un valor absoluto, que, en general, no corresponde a las realidades del orden político, es preciso reconocer que, en la actualidad, tal concepción es cierta y lo ha de ser aún más.» (*Tratado de la concatenación de las ideas fundamentales*, págs. 608-609). El prudente Cournot no se atrevía a ir demasiado lejos en sus afirmaciones, ¿pero no tuvo una visión clara, y el *racismo alemán* actual no justifica sus predicciones, aun más allá de lo que él pudiera imaginarse?

Y aun podemos recordar más asombrosas reflexiones de Sorel, que anunciaban el fenómeno hitleriano de manera más precisa todavía. «Para pasar de un tiempo en que D'Annunzio es tenido por maestro —escribía Sorel, respondiendo a una encuesta sobre Alemania en 1916— a un tiempo lleno de valores quirritarios, sería precisa una catástrofe que nos arrojase en otra Edad Media. Los doctores de la ciencia oficial consideran estas concepciones como quiméricas; yo recuerdo que Renán, hacia el fin de su vida, escribió: «El socialismo, en complicidad con el catolicismo, pueden llevarnos a una nueva Edad Media, con sus bárbaros, con sus iglesias, con sus anulaciones de la libertad, de la individualidad de la civilización, en una palabra.» (*Historia del pueblo de Israel*, tomo V, pág. 420.) Y si un hombre como Renán ha admitido la posibilidad de tal catástrofe, bien puedo yo permitirme seguir las enseñanzas de Vico, sin demostrar con ello una audacia censurable. La catástrofe puede producirse de diferentes maneras; la economía moderna difiere tanto de la que existía durante la decadencia del imperio romano, que no puede admitirse la repetición de los acontecimientos del siglo IV; pero la teoría de Vico podría ser evidentemente realizada, si, durante un largo período, la Europa hollase con sus pies lo que la burguesía liberal honrificó con tanta obstinación. En esa Europa renovada, con que yo sueño, a veces, los intelectuales serían algo así como los juglares, que se ocuparían en entretejer a las compañías que tuviesen bastante dinero para pagar sus bufonadas; miradas de trabajadores, desempeñando conscientemente ocupaciones oscuras, producirían valor moral, al mismo tiempo que medios de existencia. Opino que tenemos derecho a esperar que de una severa penitencia medieval puede surgir una civilización rica en valores quirritarios.»

Estas observaciones de Sorel, hechas durante la guerra, en 1916, ¿no son verdaderamente asombrosas y proféticas? Sin duda, el autor de las *Reflexiones sobre la violencia* esperaba que lo que él, con Vico, llamaba la *catástrofe*, se produciría por obra de la violencia proletaria, poniendo fin a la hegemonía social de la burguesía liberal y parlamentaria; mas no podría verse en el fenómeno del fascismo europeo algo así como un *ersatz* —un *ersatz* de calidad dudosa, equívoca, pero *ersatz* al fin— de esa aplicación de la violencia proletaria, destinada a resucitar una civilización rica en valores quirritarios, es decir, homéricos o cornelianos. El socialismo, bajo su forma vulgar, absorbido por la burguesía parlamentaria, que lo ha convertido en una

simple variación del reformismo; y el sindicalismo revolucionario, no habiendo podido tomar aún una importancia verdaderamente seria, nada nos han demostrado en efecto. Hemos visto instalarse sucesivamente en Rusia, en Italia, en Alemania por último, dictaduras cuya consigna es ridiculizar, hollar todo lo que, como dijo Sorel, la burguesía liberal había exaltado con obstinación; dictaduras que proclaman el más cínico de los antiliberalismos y que constituyen, tomando las palabras de Renán, «verdaderos eclipses de la libertad y de la individualidad». Stalin, Mussolini e Hitler pueden darse la mano por su desprecio sistemático, friamente llevado a la práctica hacia todo lo que poco o mucho puede parecerse a la libertad; el liberalismo es para ellos la verdadera cabeza de turco. Estas dictaduras han tenido un aspecto particular en cada uno de los países en que se han instalado y pueden pasar ya por un fenómeno específicamente ruso, ya por un fenómeno específicamente italiano o alemán; la dictadura hitleriana, la última implantada, ha tomado un tono particularmente antisemita y aun medieval, debido a que, sin duda, Alemania era el país que permanecía feudal, en mayor grado, en Europa, y que los judíos eran en Alemania más numerosos y actuaban con mayor intensidad que en cualquier otra parte, inclusive, habiendo desempeñado a la cabeza de la socialdemocracia un papel tan importante, que se puede comparar judíos y marxistas (2), y la lucha contra el marxismo equivale a la lucha contra el judaísmo. Pero las tres dictaduras citadas explotan paralelamente y en competencia el tema nacional y el tema social; quizá se nos arguya en contra, con Stalin; pero no hay duda de que, desde el destierro de Trotsky, Stalin ha abandonado francamente el terreno internacional para quedarse en el terreno nacional y realizar, ante todo, *obra rusa*. Nos hallamos, pues, en presencia de la *catástrofe*. La civilización ha dado claramente marcha atrás y, si, como dijo Marx, el viejo régimen es el fracaso oculto del Estado moderno, esto es hoy día evidente y palpable. La burguesía, antes impregnada de ideología manchesteriana, es decir, liberal, antimilitarista e internacionalista, se repliega ahora en sus posiciones proteccionistas, militaristas y nacionalistas; y el proletariado, que, en la concepción marxista, es como la sombra de la burguesía, proyectada por ella en su marcha hacia adelante —el viajero y su sombra, como diría Nietzsche; pero debiendo devorar la sombra al viajero—, y cuyo internacionalismo debía ser más real, más efectivo aún que el de la burguesía misma, se repliega igualmente en sus posiciones internacionales. La III Internacional no ha tenido un destino más glorioso que la primera y la segunda. La I Internacional no pudo impedir la guerra francoalemana de 1870; la segunda fué tan impotente como la primera, ante la *Gran Guerra*; y sus diversas secciones nacionales se han afiliado, dócilmente, bajo las diversas banderas tricolores, es decir, bajo la burguesía; a la III Internacional la estamos viendo mostrarse igualmente incapaz de oponerse al actual desencadenamiento de las diversas *místicas*

nacionales. La Revolución rusa, que Lenin concibió y promovió como algo que debía ser la vanguardia de la Revolución mundial, se hace con Stalin más nacionalista cada vez. Bien puede decirse que, hasta ahora, el internacionalismo proletario no ha sido más que... virtual: un *pium desideratum*. La socialdemocracia alemana, a la que Marx, en su *Carta sobre el programa de Gotha*, acusaba de ser más lasallista que marxista y de tener sobre el internacionalismo ideas inferiores a las de una simple Liga burguesa de la Paz, acababa de demostrar, en efecto, cuán frágiles eran su idea y su sentimiento internacionalistas. No sólo no ha opuesto al ciclón hitleriano, que ha desencadenado una mística nacional delirante, una resistencia seria, sino que se ha apresurado, para complacer a Hitler, a retirarse de la Internacional y a reingresar, callada y dócil, en la camarilla nacional, pronta a dejarse incorporar al nuevo Estado; los socialistas alemanes, a quienes en otro tiempo se bautizó con el nombre de *socialistas del Kaiser*, se han convertido en *socialistas de Hitler*, con la misma facilidad y flexibilidad.

¿Qué significa, pues, ese repliegue de la burguesía, que abandona sus propias ideas para agarrarse a ideas del antiguo régimen, y ese otro repliegue del proletariado, siguiendo a la burguesía como su sombra fiel?...

Un día, Lamartine, escribía su *Marsellesa de la Paz*, de la que es el verso famoso que dice:

*Nación, palabra ampulosa
que quiere decir: barbarie.*

En la actualidad, el nacionalismo se desborda y desliza, en un desencadenamiento inaudito de místicas nacionales. Los italianos no sueñan más que con la *Italia grande*; los alemanes, con la *Alemania grande*; los polacos, con la *gran Polonia*, y los franceses, con la *gran Francia*; y en cada nación lo que priva es el proteccionismo a ultranza. Todas se aíslan detrás de altas barreras; no se habla más que de *autarquía económica*. Inglaterra misma, patria del libre cambio, se ha hecho proteccionista y se ha encerrado en su empuje. Se trata de una reacción general: reacción económica, reacción política, reacción social; en efecto, asistimos a la tercera *gran reacción europea* producida desde 1850. La primera fué la del Segundo Imperio y siguió a las jornadas de junio; la segunda, después de 1870, que siguió a la *Commune*; ésta, la última, sigue a la Revolución rusa. A raíz de cada levantamiento del proletariado revolucionario que se registra amenazando con derruir la sociedad burguesa, ésta, presa de pánico, se repliega en sus posiciones «antiguo régimen».

Un Estado nacional, fuerte y absoluto, se vuelve a convertir en lo ideal; toda la burguesía se apiña en torno del Estado, se trata de incorporar al Estado al mismo proletariado, y se intenta destruir en él toda idea de *lucha de clases*. De aquí que el santo y seña general sea ¡*Abajo el marxismo!*!, considerando el marxismo como la doctrina por excelencia de la lucha de clases y del internacionalismo y con-

siderado también el carácter nacionalista de esta reacción europea. Porque, tratándose, ante todo, de incorporar el proletariado al Estado burgués, es a los hombres salidos del pueblo y dotados de una energía totalmente proletaria, a los que el capitalismo coloca a la cabeza, con un programa seudorevolucionario, a propósito para engañar a las masas.

Tal es la historia de Mussolini, hijo de un forjador, ex republicano y ex socialista, a quien la burguesía italiana, espantada por el estado de cosas anárquico de los años 1919-20, encargó de hacer derivar hacia una revolución nacional lo que iba camino de una revolución bolchevista; y esta es la historia de Hitler, pintor de brocha gorda, a quien los «junkers» y la alta industria alemana han designado para matar el comunismo y yugular la socialdemocracia en Alemania.

Para terminar este análisis de la situación que desembocará en «el fin de la Europa liberal», como lo hemos titulado, aun hemos de desarrollar aspectos importantes, tales como «la debilidad de la reacción obrera», etc. La extensión ya un tanto excesiva de los aspectos estudiados hasta aquí, no nos permite concluir el tema. Hagamos, pues, punto final, hasta un número próximo.

Edouard BERTH

NOTAS

(1) No sabemos, en realidad, si la virtuosa indignación de los anglosajones frente a estos excesos hitlerianos está bien... justificada. Porque los ame-

ricanos no están, creemos, indemnes en cuanto a prejuicios racistas —véase su conducta con los negros—, y en cuanto a los ingleses, es de tener en cuenta que suelen considerarse en sus colonias y en otras partes como una raza de jefes a quienes se debe obediencia y veneración universales.

(2) He aquí vigente aun lo que Marx decía en esta carta famosa: «... ¿Pero a qué reduce su internacionalismo el partido obrero alemán? A la consciencia de que el resultado de su esfuerzo será la fraternidad internacional de los pueblos, frase tomada de la Liga burguesa por la Paz; por la paz que debe resultar de la verdadera fraternidad internacional de las clases obreras en su lucha común contra las clases dominantes y sus gobiernos. De funciones internacionales de la clase obrera alemana, ni una palabra; sobre declaración de internacionalismo, este programa queda incomparablemente por debajo de las comparaciones librecambistas. El libre cambio también pretende que el resultado de su esfuerzo es la fraternidad internacional de los pueblos. Pero, además, hace cosas, para internacionalizar el comercio, y no se conforma con el sentimiento de que todos los pueblos, aparte de ellos, hagan su comercio interior. La Nord Deutsche Allgemeine Zeitung de Bismark, estaba completamente en lo cierto cuando anunciaba, con gran júbilo de su dueño, que el partido obrero alemán, en su nuevo programa, había abjurado su internacionalismo.» (Páginas 28-29).



—¿Un asesino?
—No: ¡un pacifista!

Entre los pescadores de Pomerania

LA primavera viene muy tarde allá, al Norte, en las costas de Pomerania.

Una estrecha faja de tierra entre las olas: de un lado, el Báltico; del otro, la cadena casi ininterrumpida de mares interiores, de pantanos. Aguas quietas, prolongaciones, a veces, del mar; canales, a duras penas mantenidos útiles para la navegación, cortan el terreno, determinando innumerables islas e islotes, habitados o desiertos, mal protegidos contra el mar y frecuentemente inundados por él.

El país es pobre, hasta mísero; siempre arena, landas, bosques de pinos, algunos mezquinos campos cultivados, que más parecen praderas de pasto. En nada se semeja esta parte a la del otro lado de las aguas, tierras arcillosas y ricas del continente

ramaje. Se coloca un tonel entre dos pértigas, y cada cual, pasando a caballo entre ellas, intenta arrancar una duela con un palo.

Es una antigua tradición que recuerda el tributo, consistente en innumerables toneles de arenques que, en otros tiempos, había que pagar a los suecos dominadores.

Casi dos siglos duró tal dominación, desde la época en que Wallenstein ponía cerco a Stralsund, jurándose «que la tendría y que quedaría unida al cielo con cadenas», hasta 1815 en que Stralsund y el Neuvorpommern cayeron de nuevo en manos de Prusia.

Wallenstein no pudo ejecutar su proyecto y hubo de retirarse sin tomar la ciudad; pero los suecos



pomeriano, donde reinan los grandes propietarios feudales, los «junkers».

Sin embargo, el paisaje es luminoso y se respira el aire libremente.

Llega Pentecostés; a pesar de ello, los vientos del N. O. soplan aún, envolviendo la comarca en el frío de Finlandia y del Ártico; las mujeres van al «tonnenzeiten» (1), con la cabeza envuelta en tupido pañuelo de lana; los pañuelos de cabeza oscuros van bien con las ropas claras de verano, y las cofias blancas flotantes con la sombría vestidura de luto.

Todo cuanto de juventud queda en la comarca se reúne para el «tonnenzeiten»; se ensillan los escuálidos caballos de labor y se adorna su cabeza con

continuaron percibiendo el tributo que los pescadores de Pomerania pagaban a título de recompensa por su fidelidad.

Hacen la pesca de anguilas en los mares interiores y de otros peces en el Báltico. La campaña de pesca se abre cuando las noches comienzan a ser claras, cuando el horizonte, hacia el Norte, conserva su palidez toda la noche. Las mujeres, durante todos esos meses, han de levantarse a las tres para llevar las vacas a los prados comunales y para empezar el trabajo del campo. Ciertamente sólo pueden crecer el centeno y las patatas en este pobre país; y no lo es menos que en él los caminos son largos, los campos relativamente extensos y el producto mezquino. Los vecinos han de ayudarse recíprocamente si quieren realizar todo el trabajo preciso. Sobre las mujeres cae el peso de la labranza, sobre las desventuradas mujeres débiles, prematuramente marchitas, con los dientes ennegrecidos y cariados. El

(1) Expresión que, literalmente, significa «ir a caballo en un tonel».

agua fangosa les ha desdentado la boca, esa agua que sacan de sus pozos y que, en muchas granjas, sólo se usa para el ganado. El agua potable se trae en toneles, bien del pueblo próximo, bien de la estación, del vagón cisterna que la conduce del continente a la costa.

No hay allí más hombres que los muy jóvenes y los viejos; éstos pescan. Los demás se van a la mar, a Hamburgo, vuelven con vacaciones por algunos días y se van de nuevo, por mucho tiempo o sólo por varias semanas, según el viaje que haga su barco. A veces su ausencia dura años.

No va mal la cosa cuando pueden enviarles parte de su paga a sus mujeres; pero los hay que nada remiten, y, entonces, la miseria domina. El dueño de la tiendecilla se convierte en rey del pueblo. Comienza por prestar con garantía: presta primero sobre el prado; después, sobre el campo; más tarde, sobre el cerdo; finalmente, sobre la vaca... Si no quiere prestarle más a la madre, la hija va a procurar enterrecerle.

Los hombres se van al mar. Algunos no vuelven ya, devorados por las olas; otros que desaparecen, se quedan en algún puerto o junto a alguna muchacha que les guste; hacen una mala jugada a su barco, en Java, en China o en el Brasil. Estos sólo vuelven viejos y conservan durante años cierto aire exótico, hasta que el Báltico los marca de nuevo con su sello. Algunos, sin embargo, «llegan»; se hacen contra maestres, o pilotos, o capitanes..., acaso inspectores marítimos. En tales casos, se acaban los malos días para las familias.

También las muchachas se van a Hamburgo, de donde regresan muchas veces encinta o con el niño en brazos. Y también las hay que no vuelven, absorbidas por la miseria y la mugre de las sombrías callejuelas de St. Pauli (1).

Todos los años llegan los bañistas. El pescador no los estima porque ve su frivolidad ante las realidades de su vida. El cafetín del pueblo se transforma por algunas semanas en hotel y organiza *tes dantsants*. El pequeño burgués de Berlín cree que siempre es así y sueña con vivir en tal país...

El verano trae también las tempestades terribles, los vendavales furiosos. Se encuentra entonces a alguna vieja desolada que exclama, en *patois*: «¡Mi hombre está en el mar!» Días más tarde hay otro vestido de luto.

En los grandes bosques, el viento del mar ha deformado horriblemente los pinos que se alinean en hileras alucinantes; pero los helechos crecen y se desploman cuando los leñadores pasan entre ellos a fines de otoño. Es preciso aprovecharlo todo

en este país. Hay que cortar, trabajosamente, estos helechos, secarlos y transportarlos al pueblo antes de que caigan las primeras nieves. El ganado no tiene otra cama, ya que la poca paja que se coge se destina a forraje.

Por esta época tornan los pescadores en sus pesadas embarcaciones; después, las pértigas empiezan a trabajar en las aguas interiores. Hasta que...

Hasta que sobrevienen los grandes fríos y los jabalíes vienen a refugiarse en la paja. Es la estación en que los cisnes se instalan en los pantanos y lanzan, durante las largas noches invernales, su grito monótono y lastimero.

Entre las orillas, blancas de nieve, el agua de los pantanos continúa siendo negra. Mas hay una noche sin viento y los patines actúan y puede pasarse, en coche, a seco, de una margen a otra, al continente. Es entonces cuando los pomeranios pobres compran cuanto necesitan a sus vecinos, los pomeranios ricos. Pero no es la compra bulliciosa habitual de los grandes mercados anuales: el pescador es demasiado rojo, y el propietario, demasiado tricolor para que puedan entenderse.

Comienza la pesca sobre el hielo; a hachazos se abren en él agujeros espaciados con regularidad; los aparejos se instalan de uno en otro hasta la orilla mediante largas perchas. Trabajo duro y peligroso. Si estalla una tempestad de nieve, el agua vuelve a ser negra donde la víspera formaba una blanca superficie sin fin.

¡Pobres de los pescadores que hayan vacilado largo tiempo o que quieran salvar sus redes! Las barcas ligeras no resisten mucho a las olas desencadenadas. ¡Pobre del patinador rezagado! Sólo la primavera lo devolverá a tierra firme.

¿Qué ganan los pescadores?

La mayor parte del producto es para el tendero del pueblo y el almacenista de Berlín. Las redes son muy caras y también es costosa la conservación de las embarcaciones.

Apenas si queda con qué emborracharse en el baile de los pescadores. Danzan entonces y gritan, cantando a voz en cuello la vieja canción de Pomerania:

*Tengo una lata de lentejas,
tengo una lata de judías;
dejo estas cosas y me enlazo,
para bailar con la María;
si se negara la pequeña
sería porque su pie es feo;
yo le pondría un guardapiés
y nadie ya podría verlo...*

(1) Barrio de marinos en Hamburgo.

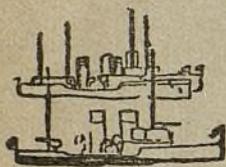


Max LINGNER

El mundo prepara la guerra

Bélgica

HASTA ahora no se había pensado en la reconstrucción de la línea de defensa de la frontera oriental belga. Solamente los fuertes de Lieja y Namur habían sido reparados, modernizados y provistos de artillería de gran alcance. Pero sabemos que ahora el Estado Mayor del ejército se



ocupa de la organización de una gran serie de trabajos de defensa en la región de Battice, trabajos que deben alcanzar a todas las vías de comunicación existentes entre Lieja y Aix-la-Chapelle. Una superficie de veinticinco hectáreas, por lo menos, quedará ocupada por estas obras. Igualmente se construirán defensas al Norte de Battice, en Lez Waides y Moulán, esta última en comunicación con el nuevo fuerte de Eben-Emael.

No son éstos solamente los preparativos bélicos que la nación belga —lo mismo hemos de decir respecto de las siguientes notas relativas a otras naciones— está ya llevando a efecto. Pero el deseo y el deber de ofrecer a la contemplación de los lectores un panorama internacional de la mayor amplitud posible, nos constriñe a reseñar únicamente algo de lo mucho que cada nación está haciendo por la guerra, mientras la Diplomacia gasta su tiempo en tratar de hacer creer al mundo que lo que se urde es la paz.

Japón

El Japón cuenta con 250.000 hombres armados, con dos años de servicio para el ejército de tierra y tres para el ejército de mar. Puede llamar a filas, en caso de guerra, de cinco a diez millones de hombres. El ejército japonés posee tres fábricas de automóviles que pueden producir anualmente dos mil máquinas y construir tanques de catorce toneladas, guarnecidos de cuatro ametralladoras.

Tiene destinados 374 millones de yens para construcciones navales, hasta 1936, con el proyecto de construir cuatro cruceros, doce torpederos, nueve submarinos y trece unidades auxiliares. Existe un proyecto complementario, para 1934, que asciende a 140 millones de yens, para construcción de aviones y navíos de guerra. (*¡Todo esto está de perfecto acuerdo con el Tratado de Londres!*)

Por último, según noticias procedentes de América, la fábrica de aviones de Mizubiski acaba de producir un nuevo avión de cuatro motores Junkers, de 870 caballos.

Francia

Según un artículo de Sir Sladeck, en el *Vojensko Technické Zpravy*, Francia ha construido «pequeñas fortalezas», provistas de teléfono, agua, electricidad, etc., a cada kilómetro a lo largo de la frontera lorenesa.

Según el *Militar Wochenblatt* (1932), va a construir un acorazado de 26.000 toneladas y a ampliar grandemente el puerto militar de Cherbourg, a fin de poder recibir allí a los grandes contratorpederos.

Por otra parte, los informes franceses relativos a las maniobras aéreas demuestran claramente que las poblaciones de Lyon y de Nancy comprenden demasiado bien que, en caso de una guerra futura, la zona peligrosa no se reducirá a los frentes respectivos, sino que se adentrará en el país, englobándolo quizás. Los ejercicios han acostumbrado a las poblaciones a la idea de la inminencia del peligro y les han enseñado que deberán ser ellas mismas quienes piensen en protegerse, ya que ningún ejército, ni por su personal ni por su material, será bastante poderoso para proteger a una población civil contra el peligro de una guerra aérea de gases.



Inglaterra

El plan inglés de construcciones navales para el año corriente comprende: tres cruceros; un guíafloresta; ocho contratorpederos; cuatro cañoneros; tres submarinos; un torpedero y muchos navíos auxiliares.

Inglaterra no aumentará su flota aérea, compuesta de 117 escuadras. Pero...

En primero de abril de 1931 poseía 1.431 aviones militares, sin contar los aviones auxiliares, una reserva especial de 127 aviones y una reserva disponible de 50 %. La flota aérea inglesa ha aumentado con un avión lanzabombas, que lo mismo puede lanzar torpedos, y tiene un soporte para hidroavión. Pesa este lanzabombas 31.000 kilos.

Rumania

La organización militar «Voitsji» se compone de 250.000 miembros; la organización de los estudiantes fascistas, de 12.000. El presupuesto de Guerra ha aumentado en 15'8 %; si se le compara con el de 1925, en un 32 %. (Pero sólo con grandes retrasos logran cobrar los funcionarios rumanos.)

Rumania dispone de sesenta aviones de caza, cuarenta de bombardeo, cien de observación y de cien a doscientos aviones escuela o de reserva. Este ejército aéreo va a ser potentemente reforzado, pero con ritmo lento, por dificultades económicas e industriales.



Existen en Rumania dos fábricas de municiones y cañones, seis de explosivos, dos de aviones, una de máscaras contra el gas y diez de productos químicos.

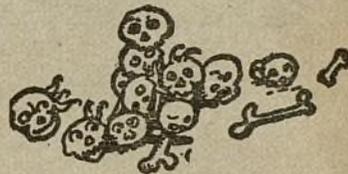
Estados Unidos

El presupuesto de Guerra, 1932-33, asciende a 386.983.000 dólares. En 1926 se elevó a 364.100.000. De manera que, desde aquel año ha ascendido en 22'8 millones.

El *Militar Wochenblatt* publicó, en marzo de 1932, un artículo de Ernst Otto, sobre la movilización industrial en los EE. UU. De él copiamos lo que sigue:

«Durante la guerra mundial, los Estados Unidos no estaban en condiciones de abastecer ni a una décima parte de su ejército. Esta experiencia ha conducido a la promulgación de la ley de la Defensa nacional de 4 de junio de 1920, que contiene las bases de la movilización industrial.

»La organización de la industria en pie de guerra le fué confiada al subsecretario de Guerra del Estado, auxiliado por dos consejeros: un militar y un práctico en fenómenos económicos.



Los Estados Unidos se han dividido en cuatro distritos de armamento, en cuanto se refiere a las distintas ramas de la Industria, a saber: Pitsburg, Cleveland, Buffalo y Detroit; los dos primeros, para municiones y armamentos; los dos últimos, para aviones.

La dirección de uno de estos distritos comprende:

La *Sección Técnica* (utillaje militar, química, técnica, máquinas, electricidad, metalurgia, automóviles).

La *Sección Administrativa* (personal, correspondencia, cuestiones de dinero, expedición, gestión, tratados, reglamentos, stocks).

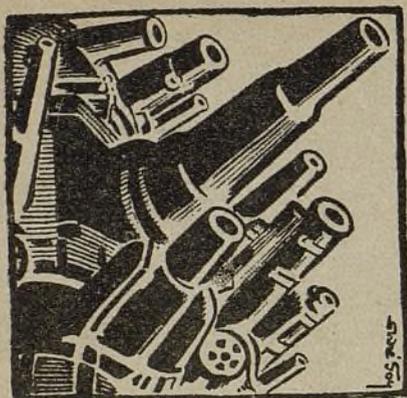
La *Sección de Producción* (municiones, armas de fuego portables, aviación, materias primas, artillería, automóviles).

La *Sección de Organización y de Extensión de las Industrias* (proyectos, materiales, control de las construcciones, electrificación, etc.).

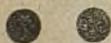
Cada año se verifica una asamblea en cada distrito de armamento en la que se reúnen los oficiales de reserva (miembros de la comisión consultiva) y los fabricantes, asamblea en que se tratan las órdenes recibidas de producción de material de guerra.

La industria de guerra, «movilizada», produciría actualmente en cuatro meses tanto como antiguamente en catorce.

Existe el proyecto de colocar, en caso de guerra, un dictador al frente de la industria, llamado «estratega económico».



Los alumnos militares reciben una preparación especial, que, en caso de guerra, les permitirá asegurar, en colaboración con los industriales, una producción intensiva.



El anuario oficial de 1932 dice que los Estados Unidos poseen una flota aérea compuesta, en 6 de junio de 1931, de 787 aparatos para la Marina y 965 para el Ejército. El último informe anual oficial del Secretariado de Estado da, respectivamente, las cifras de 1.000 y 1.476, lo que indica un aumento de la flota aérea americana de 724 aparatos en un año.

Finlandia

A causa de la baja de la cifra de natalidad en Finlandia (47.000 niños antes de la guerra, por 39.300, en la actualidad), esta nación se está ocupando de reorganizar y reforzar sus contingentes militares. En consecuencia, el ejército de reserva, que antes no se había utilizado para nada, en lo sucesivo habrá de actuar por períodos de cuarenta a sesenta días al año.

Yugoeslavia

Yugoeslavia ha encargado a una casa de Suiza la construcción de dos vías férreas estratégicas, de 300 y 61 kilómetros, respectivamente.

Asimismo ha establecido un plan de

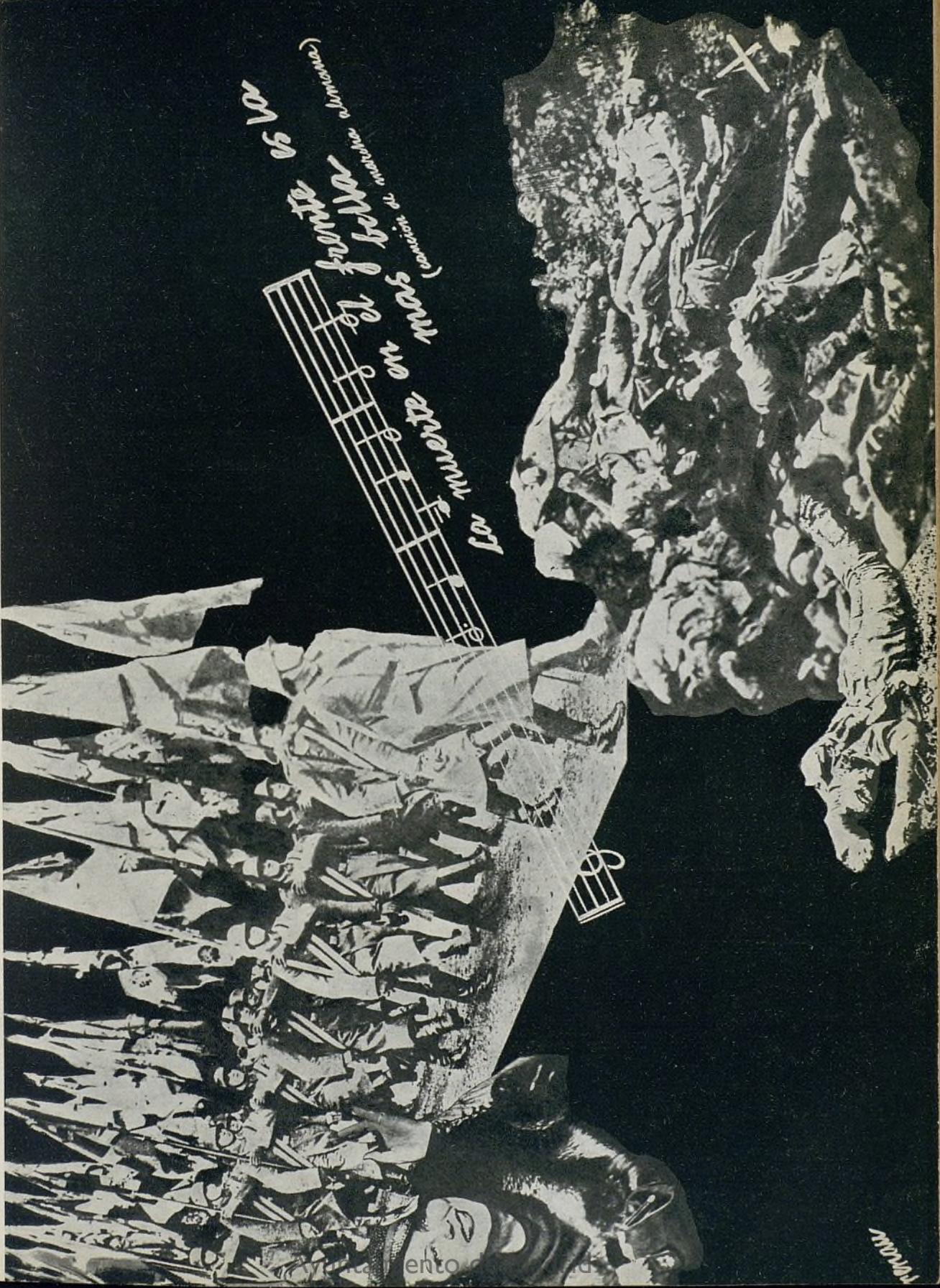
construcciones navales, que durará tres años, y comprende dos cruceros, veintidós torpederos, diez submarinos, treinta canoasautomóvil armadas y dos fijadores de minas.

La organización de las fuerzas aéreas yugoeslavas ha progresado considerablemente; esta nación cuenta actualmente con 120 aviones de caza, 80 de bombardeo diurno, veinte de bombardeo nocturno, y 120 de exploración (sin contar 120 aviones de reserva y aviones escuela).

Suiza

Se halla actualmente reorganizando y reforzando su acción militar, mediante la





La Voz de la
con voz de marabón
frente a
el mar
marche en
los
marche en

1944

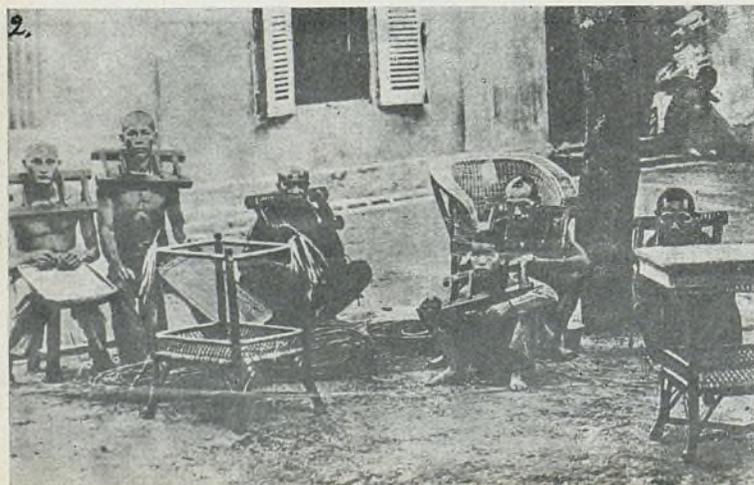
la obra de Francia en INDOCHINA

Los documentos fotográficos reproducidos son auténticos testimonios de la represión francesa en la colonia de Indochina.

Los textos están sacados exclusivamente del libro «Grandeza y decadencia coloniales», de M. Albert Serraut, ex gobernador de Indochina y antiguo ministro de las Colonias.



«... la colonización francesa moderna en la tierra lejana de ultramar, aparte del descubrimiento de las reservas de riqueza o del punto de apoyo político, ha hecho del más grande descubrimiento: el Hombre, nuestro semejante, nuestro hermano de color.»

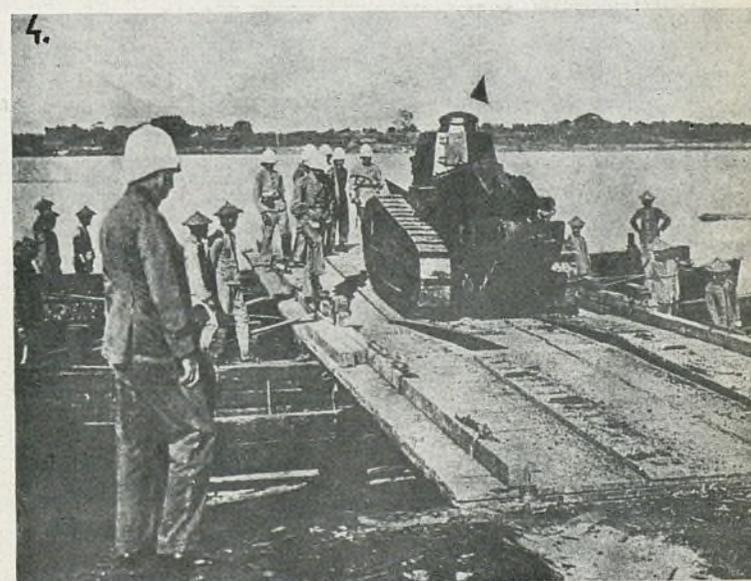


«Y es, asimismo, una cosa digna de atención que la Indochina es tal vez el país donde el enunciado de la «independencia» aparece a la élite indígena como un puro absurdo, como un contrasentido. Esta élite sabe, en efecto, que es la soberanía francesa, fundamentada sobre el derecho bienhechor y del progreso, quien ha verdaderamente liberado a la Indochina.»

«El carácter humano y los bienes concretos, universales y locales, de la colonización...»



«... si todas estas razones de interés vital intervienen para decidir al francés a la expansión lejana, otros estimulantes, otros impulsos morales juegan su gran parte en la génesis de su vocación colonial. Es justo el señalar esta tendencia, pues, en su hora, estos móviles transformarán en Francia el espíritu original de la empresa de ultramar, para conferirle el sentido de humanidad que es hoy la característica esencial. El francés es altruista...»



«... nosotros representamos así una herencia siempre en vía de libertad, una herencia de luz que, en las colonias, se emplea, precisamente, en el socorro de herencia de estancamiento y tinieblas. Y he aquí la esencia misma, la característica, la razón de ser de la superioridad en nombre de la cual tenemos el derecho de tutela, de autoridad bienhechora, sobre aquellos que, desde las más remotas edades, los hemos distanciado por las rutas del progreso humano...»





«... el deber «humano» de la colonización. La solidaridad que en forma de principio esencial impone al colonizador de procurar, en primer lugar, por el bien del colonizado. Y esto nos lleva a definir todo un programa.»



«Concediéndoles antes de hora los poderes y las libertades de los cuales no sabrían servirse, nosotros volveríamos a hundir a las razas indígenas en la anarquía de la cual las habíamos sacado...»



prolongación de la duración del servicio y el aumento del material de guerra.

A mediados de 1932, el Consejo Federal votó un crédito de 18'5 millones de francos destinados a la adquisición de dicho material. Millón y medio se emplearán en la compra de máscaras contra gases.

Italia

Italia está organizando en Monte-Celio, a 24 kilómetros del sur de Roma, un instituto para la guerra de gases.

Rusia

Rusia ha construido una nueva nave aérea de 5.000 metros cúbicos, o sea el doble de la última construida anteriormente, y está construyendo un tercer navío aéreo.

La Liga rusa para la aviación y la guerra química cuenta acualmente (*Pravda*, 1932) con 12 millones de afiliados.

Los periódicos rusos han aconsejado a los trabajadores una estrecha colaboración con la Ossoaviachim (organización militar), recomendando que cada fábrica sea una fortaleza para la defensa nacional.

Otros países

Los Países Bajos han dotado al ejército de tanques de una velocidad de 45 kilómetros y un peso de 3.500 kilogramos. Actualmente se ocupan de la construcción en Rotterdam de un nuevo crucero.

Manchuria va a construirse su propia flota, que será objeto de un empréstito especial.

Polonia organiza carreras a pie con máscaras defensoras contra los gases.

En Méjico, durante 1931, la flota aérea aumentó en 31 aviones.

En Turquía, el presupuesto de 1932-33 se eleva a 187.226.000 libras turcas; de ellas corresponden a defensa nacional y gendarmería, 68.389.000, o sea, un 36 %.



In memoriam...

Víctor Méric

Su vida. Su obra

DIFICULTADES de tiempo y espacio nos privaron en el pasado número, como ya indicábamos en el mismo, de ocuparnos con la atención debida a la desaparición de una de las más preeminentes figuras del intelectualismo de izquierda, del pacifismo y del pensamiento nuevo universal: Víctor Méric, a quien una penosa y larga dolencia —un cáncer en el estómago— arrancó la vida el martes, día 10 del pasado mes de octubre.

De la pérdida de tan positivo valor apenas se ha ocupado —aunque sea muy doloroso confesarlo— la prensa española; no ya la prensa llamada burguesa —la que, desde un punto de vista de compañerismo profesional, debería haberlo hecho, pero que, desde otros puntos de vista, ideológicos, es natural su silencio—, sino la prensa obrera u obrerista. Por el contrario, la mayor parte de los periódicos, no sólo franceses, sino de fuera de Francia, como Suiza y Bélgica, han comentado la muerte del director de La Patrie Humaine en términos de cordial y merecido elogio.

A este homenaje casi unánime de la prensa del mundo voyan unidas estas cuartillas que nosotros consagramos al recuerdo de Víctor Méric, a título de compañero tantas veces nuestro: camarada en ideales de pacifismo, de antimilitarismo, de justicia social, de lucha por la intauración de una sociedad nueva, cimentada en las nuevas doctrinas y en los novísimos ideales.

● ●
Víctor Méric nació en Marsella, en mayo de 1876, de una familia de republicanos irreductibles. Su abuelo fué desterrado, a raíz del golpe de Estado, de Bonaparte, en 1851, que dió paso al segundo Imperio; y fué compañero de Barbés, en Belle-Isle.

Su padre, radical de la vieja guardia, fué durante mucho tiempo senador del Var, y le cupo la gloria de rehabilitar a Clemenceau cuando, abandonado de todos, gracias a la influencia indiscutible de aquél, ocupó un escaño de senador en su Departamento.

Víctor Méric hizo sus estudios, con resultado insuperable, en el Liceo de Tolón. Después, al conocer la vida de cuartel, se hizo antimilitarista. Y así prosiguió ya su vida entera. En el ejército, pues, encontró su camino.

Marchó a París, donde encontró un modesto empleo en el Ayuntamiento. Pero no tenía psicología de burócrata. Y se lanzó a la bohemia. Frecuentó los medios libertarios; inició sus labores de prensa en las revistas literarias, efímeras, del Barrio Latino y en los periódicos de vanguardia; y recitó versos en los cabarets y en las tabernas, en compañía de Gastón Couté...



Víctor Méric en su lecho de muerte
(Dibujo de L. M. Bousquet.)

● ●
Y llegó el asunto Dreyfus. Con la exaltación generosa de su juventud, Víctor Méric tomó parte en la lucha, en todos sus aspectos: en las redacciones, en los mítines, en la misma calle. Epoca tumultuosa y heroica.

El asunto Dreyfus reafirmó su antimilitarismo. Fué colaborador de El Libertaire, en su mejor época, en unión de Sebastián Faure, y fundó, con otros, la Asociación Internacional Antimilitarista. Y llegamos a la Guerra Social. Durante años y años, Méric, con Hervé, Almeyreda, Merle, Ivetot, etc., sostienen una lucha a muerte contra la sociedad burguesa, por medio de la pluma, de la conferencia, de la manifestación, del sabotaje; todos los medios son buenos, y cuanto más directos, mejor para lograr el objetivo: la Revolución social.

Y Méric multiplica sus golpes. En Guerra Social y en el panfleto que dirigía —en el cual el admirable dibujante Delannoiz hacía semanalmente la portada—, con el título de «Los hombres del día», se encarnizaba con los poderosos de la época, los políticos, los financieros, los generales... Ni persecuciones, ni condenas, ni largos encarcelamientos en la Santé le arredraron.

Llegó la Gran Guerra.

Un viento de patriótica locura asoló su país. Méric, frustradas sus ilusiones, llorando la barbarie universal que lleva a los humanos a la matanza, maldiciendo su impotencia, ve como los gendarmes vienen a lleárselo, por la fuerza, a los campos de batalla.

Durante toda la guerra, sin pedir nada, cuando habría podido hacerlo, como tantos otros, permaneció en las primeras líneas; pero sin renunciar ni por un instante a su ideal pacifista; sin que ni un solo momento desfalleciese su alma, ávida de rebelión.

Regresó de la guerra con el firme propósito de consagrarse por entero a combatirla y a luchar contra aquellos que precipitan a los pueblos en ella.

Ya antes, en plena masacre, no titubeó en enviar a algunos periódicos valientes, que se esforzaron en luchar contra la terrible plaga, tales como El diario del pueblo y Los hombres del día, valerosos y vibrantes artículos.

Después de la hecatombe mundial, la sociedad capitalista pareció tambalearse. La Revolución rusa le asoló el primer golpe. Y una ola de saludable optimismo y esperanza invadía al mundo de los trabajadores.

El Partido Socialista volvió sus ojos a Moscú, y se transformó en Partido Comunista. Méric figuraba a la cabeza. Pero, ¡ay!, que pronto fué preciso rendirse a la evidencia. Los comunistas rusos hacían ante todo su política, limitándose a conservar su Revolución, sacrificando una a una todas las posibilidades de la Revolución mundial, en aras de la propia salvaguardia. Y la permanencia de Méric en el Partido Comunista francés —puesto por Moscú en manos de sus ayudantes «subalternos»— se hizo insostenible. Por eso, en unión de su hermano Amado y de otros compañeros, Víctor lo abandonó, desilusionado, lleno de amargura y decepción.

Su espíritu libertario, ranciamente libertario, no se acomodaba a las disciplinas de los partidos. Y, tras un intento de reacción contra la nueva esclavitud del cuartel, hecho sin éxito, en La Igualdad, periódico fundado por Frossard, Méric abandonó las filas de los partidos organizados.

Y fué entonces cuando, lejos de abandonar sus convicciones y desertar de la lucha, encauzó su acción, con particularidad, hacia la literatura, publicando algunas novelas, en que su fantasía endiablada y mordente arremetió contra la burguesía, el capitalismo y el imperialismo contemporáneos; tales, entre otras, Le crime des Vieux, Der des Der y Les compagnons de l'escopette, que obtuvieron éxitos insuperables.

Mas —digámoslo de paso— estos éxitos no bastaron para asegurarle, como a otros, menos dignos que él, la independencia y la seguridad que le habrían permitido rendir todo lo que era de esperar de él en este orden. Y así fué como hubo de pasar su vida entera remando en la galera del periodismo, para asegurar las necesidades materiales propias y de los suyos.

Las obras las escribía simultáneamente a su abundante labor periodística —tres o cuatro artículos diarios, pues colaboraba en otros tantos periódicos—. Sin reposo, sin interrupción, Víctor Méric ha escrito miles y miles de artículos, para ganar su pan. ¡Y ha muerto pobre, más que pobre! Pero jamás incurrió en la menor intriga, ni cultivó las complacencias, celoso, ante todo, de la independencia propia y lo bastante altivo para doblegar su orgullo noble hasta el nivel de las realidades comunes.

Y hemos llegados —en esta somera relación biográfica— al período de su acción militante que, para nosotros, pacifistas, permanecerá siempre como lo más hermoso y lo más grande de su vida.

No satisfecho de luchar con el oportunismo, contra la guerra, Méric intenta coordinar sus esfuerzos; dotar al pacifismo de una doctrina; agrupar todas las buenas voluntades, sin distinción de partido, en una «cruzada por la paz».

Y, en consecuencia, fué uno de los primeros en denunciar los peligros espantosos que amenazan al mundo civilizado. Publicó en Le Soir una resonante encuesta contra la guerra de gases, a cuya encuesta respondieron los hombres de Letras y de Ciencia más calificados.

Luego marchó dando conferencias, solo, sin cuidarse de dificultades, sin importársele el escepticismo que encontraba a su paso; visitó los lugares más apartados, y, poco a poco, piedra a piedra, edificó su Liga Internacional de Combatientes por la Paz, cuya acción él mismo definió y de la que redactó él mismo también sus Estatutos.

La idea toma cuerpo. Llegan apoyos. La Liga crece con rapidez, con excesiva rapidez, acaso... El movimiento pacifista queda organizado. Y para intensificar su acción, funda La Patrie Humaine, en cuya dirección la muerte le sorprende.

Tal es en breves, pero intensas, líneas trazada la historia del adalid que la buena causa de la Paz y la Justicia sociales han perdido.

Restanos ya sólo hacer nuestras las palabras siguientes, que la Redacción del periódico que ocupó sus últimos pensamientos le dedica:

«La antorcha se ha escapado de tus manos, Víctor Méric; la recogemos nosotros. Duerme en paz. Tu obra ha de sobrevivirte.»

Fermín Salvochea

(Conclusión)

EN Barcelona, el primer movimiento socialista fué influenciado por el comunismo icario de Esteban Cabet. En 1847, el comunista Monterreal fundó *La Fraternidad*, primer periódico comunista de la capital catalana, en el cual publicó la obra de Cabet «Viaje a Icaria». Ya en 1840, el obrero Muntz había organizado en Barcelona un Sindicato de tejedores con 2.000 miembros, echando así la base del futuro movimiento sindicalista.

Desde 1850 se desarrolló en Cataluña una activa propaganda por las ideas de Proudhon, que venció poco a poco a todas las otras tendencias. Ramón de la Zagra y el famoso Pi y Margall tradujeron las obras del teórico francés, y bien pronto nació en Barcelona y en otras ciudades catalanas un vasto movimiento mutualista y sindical. Este movimiento pasó a Andalucía, aunque no ha tenido allí la misma importancia que en Cataluña. En 1853, el Gobierno español intentó ahogar totalmente ese pacífico movimiento; pero la ley contra las Asociaciones obreras no fué más que letra muerta. En 1854 se creó una federación de todas las corporaciones obreras de Cataluña, contando con 90.000 socios. En 1855, el general Zapatero quiso sofocar ese movimiento por medio de la fuerza. Fueron clausurados los locales de las corporaciones y reducidos a prisión los propagandistas más conocidos. Al principio, los obreros se mantuvieron tranquilos, pero de pronto 50.000 proletarios pertenecientes a todos los gremios abandonaron el trabajo el 2 de julio de 1855, en las fábricas de Barcelona, Reus, Badalona, Sanz, Cornellá y otras ciudades, declarando la huelga general en defensa de sus derechos. Nadie esperaba semejante hecho; la excitación general era enorme; y el gobernador de Barcelona lanzó una proclama a los obreros prometiéndoles reconocer sus exigencias si volvían al trabajo. Los obreros consintieron. Durante los primeros momentos se habló mucho, efectivamente, de reformas sociales, pero al mismo tiempo se adoptaban con todo sigilo las medidas más bajas contra la organización de los trabajadores, hasta que finalmente fueron proclamadas, en 1861, las conocidas leyes de excepción contra el proletario de Cataluña. Desde entonces los obreros españoles renunciaron a toda esperanza en una táctica pacífica y en los llamados derechos legales.

En Andalucía, bajo el gobierno de Narváez, la reacción había destruído desde hacía tiempo la fe en el progreso pacífico. Hay pocos lugares en el mundo donde se haya vertido tanta sangre como en ese país maravilloso. Andalucía ha sido siempre la región de las conspiraciones y de las revueltas, porque más que cualquier otra provincia de España ha

sufrido bajo el yugo terrible de la reacción. Millares de hombres y mujeres valientes anegaron con su sangre la tierra de Andalucía; miles de sus habitantes perecieron en las cárceles de las colonias penales; mas la reacción nunca fué capaz de sofocar el espíritu rebelde que late en el corazón del pueblo andaluz.

Las sublevaciones de Málaga, Utrera y de la provincia de Sevilla, en 1857, fueron reprimidas de un modo sangriento. Centenares de rebeldes fueron fusilados o reclusos. Sólo en Sevilla se asesinaron 95, meses después de haber sido sofocado el levantamiento.

En 1861 se produjo una gran sublevación bajo la jefatura del republicanosocialista Pérez de Alamo. Este levantamiento tuvo las mejores probabilidades de obtener un éxito. Fué preparado durante mucho tiempo y no menos de 30.000 hombres se unieron a los rebeldes cuando entraron en la ciudad de Loja; pero la incapacidad militar de los dirigentes fué el mayor obstáculo para la empresa. Después de algunas luchas sangrientas, los revolucionarios fueron vencidos. El Gobierno reaccionario se vengó horriblemente: más de 200 hombres fueron fusilados por orden de los Consejos de Guerra, la mayor parte de ellos sin proceso. Centenares de personas fueron enviadas a presidio; la reacción prohibía toda manifestación de libertad y sólo en 1864, precisamente cuando Salvochea regresaba de Londres, la situación general de Andalucía era algo mejor. Creemos que esta somera revista histórica ha sido necesaria, porque ella ofrece al lector un pequeño cuadro de la situación bajo la cual se ha desarrollado la acción de Salvochea.



Fermín Salvochea volvió de Inglaterra hecho un comunista y ateo. En su patria se convirtió en revolucionario y republicano, claro está, en defensor de una república comunista. Con todo el apasionamiento entusiasta de su noble carácter se entregó al movimiento revolucionario conspirador. Tuvo una participación activísima en las empresas más arriesgadas, y su valor personal, su espíritu de sacrificio, lo convirtieron poco a poco en uno de los dirigentes más capaces y de mayor influencia en el movimiento republicano. Salvochea era rico, sumamente rico; se decía que su padre poseía una fortuna de tres millones de pesetas; pero Fermín vivía modestamente y se valía de su riqueza como fondo para la causa revolucionaria.

Las casamatas de San Sebastián y Santa Catalina, cerca de Cádiz, eran en aquel entonces el albergue de los presos políticos de toda España. Los revolucionarios que debían ser reclusos en las

colonias penales de Fernando Poo o de Manila quedaban encerrados durante algún tiempo en las prisiones de Cádiz, antes de que fuesen enviados a su destino. Salvochea los visitaba a todos y tenía para cada cual un buen consejo y alguna ayuda.

En 1866, Salvochea y sus amigos organizaron una empresa grandiosa. Se esperaba que los artilleros encarcelados, que habían tomado parte en la sublevación de Madrid, serían enviados a la prisión de San Sebastián para transportarlos luego a Manila. Pero por lo visto el Gobierno se mostró receloso porque cambió repentinamente de opinión.

En 1867, la reina Isabel volvió a poner el mando en manos del odiado verdugo Narváez, y el país desdichado sintió las consecuencias de una terrible reacción. Ya en junio de 1868 habían estallado algunas revueltas aisladas en Cataluña y Andalucía, pero fueron inmediatamente reprimidas en sangre. Salvochea tuvo una participación destacada en el levantamiento militar del regimiento Cantabria; dicho levantamiento fué el preludio de la revolución de septiembre de 1868. Esta comenzó el 18 de septiembre, en Cádiz, propagándose, cual un incendio, por toda Andalucía. El día 28, el ejército real fué batido por los insurgentes, y el 29, la Comuna de Madrid proclamó la destitución de la dinastía borbónica.

Salvochea fué elegido miembro de la Comuna revolucionaria de Cádiz y segundo comandante del segundo batallón de voluntarios. Fueron muchos los que quisieron incorporarse a él, pero Salvochea eligió únicamente a los republicanos y comunistas.

Toda España saludó con el mayor júbilo la caída de la odiada dinastía y durante un instante pareció que se iban a realizar millares de esperanzas. Pero los hombres del Gobierno provisorio de Madrid no eran más que monárquicos liberales y adversarios del ideal republicano. Gracias a la actitud vergonzosa del republicano burgués Castelar y sus amigos, los miembros del nuevo Gobierno, los señores Prim, Zorrilla, Sagasta, etc., adquirieron valor y se pronunciaron abiertamente contra la República. Salvochea y sus amigos comprendieron el peligro, sabían que el Gobierno flamante se vengaría de los republicanos en la primera oportunidad. Con el propósito de prepararse para la lucha, los revolucionarios andaluces convocaron para los primeros días de diciembre de 1868 una gran asamblea en Alava. Salvochea seleccionó los elementos fieles de Cádiz, recomendándoles que no depusieran en modo alguno las armas. El 5 de diciembre apareció, inesperadamente, ante los muros de Cádiz, una sección de artillería exigiendo, en nombre del Gobierno, que la milicia revolucionaria hiciera entrega de sus armas en el término de tres horas. Aun no había transcurrido este plazo cuando comenzó el tiroteo. Algunos revolucionarios cayeron muertos y otros heridos.

Inmediatamente Salvochea se colocó al frente de los rebeldes y organizó la defensa militar de la ciudad. La lucha duró tres días; la artillería hizo esfuerzos desesperados por conquistar la plaza, sin

resultado alguno. Salvochea luchó como un león, estaba en todos los sitios de mayor peligro y su valor heroico infundió a los rebeldes una fuerza increíble.

Al cuarto día los embajadores de la ciudad solicitaron un armisticio, que fué aceptado por ambas partes. Pero el Gobierno «liberal» se apresuró a enviar contra los valerosos insurrectos un ejército al mando del general Caballero de Rodas. Salvochea mantuvo su posición hasta el 11 de diciembre; pero a medida que el general se iba acercando, sin encontrar resistencia, comprendió Salvochea que el pequeño núcleo de revolucionarios mal armado no estaba en condiciones de oponerse a un ejército y que toda resistencia sólo ocasionaría una matanza, sin ninguna probabilidad de éxito. En consecuencia disolvió la milicia revolucionaria, enviándola a otro lugar y quedándose él solo. Se fué tranquilamente al Casino militar para esperar allí al general Caballero de Rodas. El coronel Pazos, jefe del tercer regimiento de artillería, le fué a ver para pedirle que salvara su vida, abandonando Cádiz, porque el general ordenaría, con toda seguridad, que fuese fusilado. Salvochea no aceptó. El coronel le ofreció su ayuda personal, pero Salvochea se mantuvo firme en su decisión. Sabía que el Gobierno lo consideraba como culpable principal y en caso de no ser hallado por De Rodas la ciudad entera debería sufrir por su causa, y eso habría sido para él peor que la muerte. Su carácter noble no le permitió pensar en su propia salvación; estaba dispuesto a afrontar toda la responsabilidad y resuelto a morir por sus hechos. Esta actitud admirable impresionó profundamente hasta a sus enemigos, y el general De Rodas, no queriendo ser el verdugo de semejante hombre, lo envió en calidad de prisionero de guerra a la fortaleza de San Sebastián.

Empero el pueblo de Cádiz supo apreciar este carácter elevado, y pocos meses después Salvochea era elegido por gran mayoría representante de Cádiz en las Cortes. El Gobierno provisorio había declarado anteriormente que no reconocería esa elección y el Parlamento «revolucionario», en efecto, apoyó esta actitud. Diríase que esos extraños «revolucionarios» querían demostrar que Salvochea no cuadraba en su compañía; en este sentido tenían razón, pues el verdadero sitio del gran rebelde era la barricada y no el Parlamento.

En febrero de 1869 se reunió el nuevo Parlamento, y una de sus primeras resoluciones fué la de conceder la amnistía a los presos políticos, que todo el pueblo requería enérgicamente. Algunos días después Salvochea y muchos otros abandonaron las camatas de San Sebastián y Santa Catalina. Salvochea reanudó enseguida sus trabajos, fomentando en Andalucía una agitación vigorosa a favor de un nuevo levantamiento republicano, porque era aquél el único modo de salvar las consecuencias de la revolución del 68.

El primero de junio de 1869, las Cortes adoptaron una resolución monárquica, por 214 votos contra 56, decidiendo buscar en Europa un rey adecuado para el trono español. Emilio Castelar y otros republicanos burgueses se limitaron a protestar débilmente en lugar de recurrir a la única solución que les quedaba: la sublevación. Pero esos comediantes republicanos no querían saber nada de tales medios y prefirieron traicionar la República y la Revolución de 1868. En el mes de septiembre estalló en Cataluña el levantamiento federalista. Salvochea y sus amigos resolvieron en el acto apoyar a los rebeldes, agitando la bandera de la revuelta en su provincia. El 30 de septiembre, Salvochea, a la cabeza de 600 hombres, marchaba de Cádiz a Medina para reunirse allí con los revolucionarios de Jerez y de Ubrique. Aun cuando aquéllos sabían que las perspectivas de triunfar no eran muy brillantes, decidieron iniciar la campaña, costara lo que costara. Sabían que el levantamiento era el último recurso para defender su libertad y, hombres resueltos, estaban decididos a morir antes que someterse sin tentar la defensa.

Salvochea fué perseguido inmediatamente por las tropas del Gobierno. No lejos de Alcalá de los Gazules se llevaron a cabo los primeros encuentros sangrientos. Los militares eran cien veces más fuertes que los revolucionarios, mal armados; pero éstos lucharon con notable heroísmo y en pocos días presentaron tres batallas encarnizadas. Rafael de Guillén fué hecho prisionero y los soldados lo asesinaron en una forma salvaje, por orden del coronel Luque. Cristóbal Bohórquez, el defensor incansable y heroico de la libertad e igualdad sociales, cayó en el campo de batalla. Salvochea luchó como un héroe; sabía que su causa estaba perdida, pero su valor era inquebrantable. Finalmente, después que el ejército hubo conquistado los sitios estratégicos más importantes, y después de haber recibido los rebeldes la noticia de que no había sido posible promover un levantamiento en Málaga y Sevilla, los revolucionarios dispersaron sus filas para salvarse aisladamente. Sometiéndose a varios peligros, Salvochea y otros lograron llegar a Gibraltar. De allí pasó a París, donde frecuentó los círculos avanzados que se agrupaban en torno de *La Revue*, *Le Rapell* y otros periódicos radicales. De París, Salvochea partió para Londres, de donde pudo regresar a España gracias a la amnistía de 1871. En Cádiz, el pueblo lo acogió con indescriptible entusiasmo y ese mismo año fué elegido alcalde.

Como alcalde de Cádiz, Salvochea trabajó mucho por el embellecimiento de la ciudad, convirtiéndola en una de las más hermosas de España. Estableció también algunas reformas útiles en la administración política. Pero no duró mucho tiempo en su cargo, porque en julio de 1873 estalló en España la Revolución cantonalista y Salvochea fué uno de los primeros en tomar el fusil en la mano para la conquista de la igualdad económica y de la autonomía local.

El 9 de febrero de 1873, el rey Amadeo renunció al trono y pocos días después fué proclamada la

República española. La lucha sangrienta de la Comuna de París había producido gran impresión en España y se presentía que iban a ocurrir grandes acontecimientos. Por eso Amadeo prefirió renunciar. Pero el pueblo tampoco estaba conforme con la República centralista, y debido a eso los hombres del nuevo Gobierno se vieron obligados a proclamar la República federativa el 8 de junio de 1873. Para pacificar a los descontentos se eligió para la presidencia del ministerio al conocido prudoniano Pi y Margall; pero el 3 de julio, al establecerse la nueva Constitución, los federalistas se dieron cuenta de que se trataba de engañarlos. Pi y Margall, el único hombre honesto y resuelto del nuevo Gobierno, renunció a su cargo por no querer traicionar sus principios. Entre el 5 y el 13 de julio se sublevaron numerosas ciudades, proclamándose como comunas independientes.

No puede ser, desde luego, el objeto de nuestro trabajo ofrecer un cuadro de ese movimiento complicado, que sólo concluyó el 11 de enero de 1874 con la represión sangrienta de la comuna de Cartagena. Esta ciudad heroica estuvo sitiada durante seis meses por el ejército español y por buques de guerra prusianos e ingleses, antes de que se consiguiera someterla.

Salvochea se adhirió inmediatamente al movimiento federalista y fué elegido presidente del comité administrativo de la comuna de Cádiz. Pero su situación era difícil a causa de que había múltiples tendencias en el movimiento mismo. A principios de agosto llegó a las puertas de Cádiz el general Pavía al mando de un ejército. Salvochea y sus amigos defendieron la entrada de la ciudad, pero los buques de guerra británicos del puerto de Cádiz se pusieron del lado de las tropas del Gobierno, terminando con ello toda tentativa de defensa ulterior.

Salvochea se hallaba en un lugar seguro cuando los soldados del general Pavía entraron en la ciudad. Le hubiera sido muy fácil llegar en bote hasta Gibraltar; pero al saber que muchos de sus amigos habían sido arrestados él mismo se entregó en manos del enemigo a fin de compartir la suerte de sus camaradas.

El Consejo de Guerra de Sevilla lo condenó a reclusión perpetua en una de las colonias penales de Africa. Su noble amigo Pablo Lazo se presentó voluntariamente ante el tribunal con la intención de acompañar a Salvochea en su encierro. En marzo de 1874, ambos fueron enviados al presidio de la Gomera. Salvochea soportó su destino con la mayor calma. Su familia le ayudaba con dinero, pero él compartía hasta el último céntimo con los desdichados presos y con los habitantes pobres de la colonia que lo veneraban como a un santo. Salvochea era el espíritu bueno de la isla, amigo y hermano de todo el mundo; su consuelo influía sobre todos, evitando la desesperación. En 1876 fué trasladado a Ceuta, pero de allí fué nuevamente llevado a la Gomera. Durante los ocho años que pasara en las colonias penales, Salvochea estudió la medicina teórica y práctica, dedicando todos sus esfuerzos a los mora-

dores de la Gomera. Pero él mismo cumplió también una notable evolución intelectual en su cautiverio. Estando aún en España había tomado una participación entusiasta en el movimiento obrero español y fué uno de los primeros miembros de la Internacional en ese país; pero fué en la reclusión donde halló el tiempo necesario para ocuparse de las ideas y aspiraciones de la Federación Española de la Asociación Internacional de Trabajadores; comprendió poco a poco que la República federativa no era más que el último escalón en la evolución libertaria, y los escritos de Bakunin y de otros pensadores avanzados lo llevaron finalmente al anarquismo, que propagó con la mayor energía hasta el último momento de su vida.

En 1875, la madre de Salvochea trató de obtener el indulto de su hijo. Gracias a la ayuda de varios amigos influyentes logró el consentimiento de Cánovas del Castillo; pero cuando Salvochea tuvo noticia de esa gestión escribió a su madre una carta apasionada en la cual le prohibía hacer esfuerzo alguno en favor de su indulto, declarando que prefería morir en la prisión antes que aceptar un favor de sus enemigos más acérrimos. En 1883, la municipalidad de Cádiz hizo una nueva tentativa en este sentido, con todo éxito, y el tribunal superior resolvió conceder la amnistía de Salvochea. Pero no habían contado con el férreo carácter del gran revolucionario. Cuando el gobernador de la colonia penal le leyó su indulto, Salvochea rompió el documento en presencia suya, declarando que para él sólo existían dos maneras de ser libertado: o bien por su propia fuerza o por medio de una amnistía general para los presos políticos. Es de imaginar la impresión que produjo su actitud. Renunció Salvochea a la libertad y continuó en la prisión. Pero nueve meses más tarde consiguió huir de la Gomera. Logró alcanzar un pequeño velero árabe con el cual llegó a Gibraltar. Después de una corta permanencia en Lisboa y en Orán, se estableció en Tánger, residiendo allí hasta 1886, cuando, en virtud de la muerte de Alfonso XII, pudo volver a España, donde fué recibido con un entusiasmo indescriptible.

Volvió Salvochea en un momento oportuno. De 1874 a 1881, el movimiento anarquista en España atravesó un período espantoso. Las bárbaras leyes de excepción impidieron toda propaganda pública. Centenares de compañeros padecían en las cárceles y, sin embargo, el movimiento subsistía en las organizaciones secretas. Se editaban periódicos clandestinos, como por ejemplo *El Orden*, *Las Represalias*, *La Revolución Popular*, *El Movimiento*, etc. Sólo en 1881 terminó ese período aciago, y ese mismo año se celebró el primer Congreso público de los anarquistas españoles. De 1881 a 1892, el movimiento tomó un considerable incremento, estando Salvochea siempre a la vanguardia de sus camaradas. En 1886, es decir, poco tiempo después de volver a Cádiz, fundó un periódico anarquista, *El Socialismo*, y llevó a cabo una enérgica propaganda en Andalucía. En

todas las aldeas organizáronse los labriegos, y el anarquismo hizo un progreso enorme en la provincia entera. El Gobierno contemplaba con terror ese movimiento. Trató de suprimir el periódico por medio de una serie de procesos, pero sólo consiguió fortificar la propaganda anárquica. Durante la aparición del periódico, de 1886 a 1891, Salvochea fué arrestado y condenado numerosas veces, pero su defensa enérgica ante los jueces producía gran impresión, infundiendo cada proceso más vigor al movimiento.

Entonces el Gobierno se valió de otro recurso. Ya a principios de 1880 había difundido la noticia de que existía en Andalucía una sociedad conspiradora, la Mano Negra, compuesta de asesinos y ladrones e influida por los principios anarquistas. La prensa reaccionaria repitió tantas veces esta invención, que finalmente todo el mundo la creyó, y millares de personas fueron detenidas y a menudo condenadas por ser miembros de la presunta Mano Negra. En el fondo, la policía tenía la intención de disolver de esta forma la poderosa asociación de los labriegos españoles. El Primero de Mayo de 1890, Salvochea organizó una grandiosa demostración revolucionaria en toda Andalucía, que produjo una impresión soberbia sobre los trabajadores de España. Al año siguiente, en la misma fecha, se verificó una manifestación análoga, aunque el Gobierno había arrestado días antes a Salvochea y a otros compañeros. Poco después del Primero de Mayo, estallaron dos bombas en la ciudad. A consecuencia de una murió un obrero y de la otra, cuatro jóvenes. La prensa reaccionaria, desde luego, sospechó de los anarquistas. *El Socialismo* declaró inmediatamente que aquello era una estratagema de la policía, pero poco después un ejército de pesquisas y vigilantes invadió la redacción del periódico, «descubriendo» allí dos bombas que ellos mismos, claro está, habían preparado. El resultado fué que detuvieron a gran número de camaradas. Salvochea tuvo la misma suerte algunas semanas después.

Sucesos análogos ocurrieron también en Jerez de la Frontera, una de las ciudades más revolucionarias de Andalucía. En agosto de 1891, fueron arrestados allí 157 anarquistas, acusados de pertenecer a la Mano Negra. Es claro que estas infamias de la reacción provocaron un odio encarnizado entre los labriegos y campesinos. Viendo pisoteados sus derechos más elementales, algunos centenares de ellos resolvieron librar por la fuerza a sus camaradas encarcelados en Jerez. La noche del 8 de enero de 1892, 500 labriegos y artesanos penetraron en la ciudad de Jerez al grito de «¡Viva la Revolución Social! ¡Viva la anarquía!» Fueron muertos dos terratenientes; al principio los soldados se asustaron, y de este modo los rebeldes lograron poner en práctica parte de su plan. Al amanecer, los revolucionarios se tuvieron que retirar después de una lucha sangrienta con la fuerza armada.

La venganza de la burguesía fué terrible. El 18 de febrero de 1892, los anarquistas Lamela, Valenzuela, Bisiqui y el Lebrijano, fueron ajusticiados. Murieron heroicamente, saludando a la muerte con

el grito de «¡ Viva la anarquía !» Y ellos resultaron los más felices; otros diecisiete compañeros fueron condenados a diez, doce, quince y veinte años de presidio y algunos aún a perpetuidad. Entre los acusados estaba también Salvochea. El Gobierno lo acusaba de haber organizado la sublevación de Jerez, *estando encerrado en la cárcel de Cádiz*. En esta última ciudad no hubo ningún juez que se hiciese cargo del proceso. En consecuencia, Salvochea fué puesto a disposición de un Consejo de Guerra, el cual, lo condenó a doce años de presidio.

La actitud de Salvochea ante sus jueces fué valiente. Bien sabía que iba a ser condenado, costara lo que costara. Véase su diálogo con el juez: «Está usted obligado a contestar la verdad a todas las preguntas que le voy a formular.» Salvochea: «Este proceso no es más que una comedia vergonzosa y yo estoy condenado ya antes de presentarme ante ustedes; por lo tanto no tengo nada que contestar.» El juez: «La ley establece que el acusado que renuncia a responder a las preguntas que le plantea el juez reconoce su culpabilidad.» Salvochea: «Estoy resuelto a asumir la responsabilidad de mi silencio.» El juez: «Pero usted debe respetarme como juez.» Salvochea: «Para mí todos los hombres son iguales. Yo no reconozco superiores y no tengo por qué respetarle.» El juez le formuló todavía una docena de preguntas. Salvochea guardó silencio.

Salvochea fué transportado a la cárcel de Valladolid, donde debía cumplir su condena. Al principio se le tuvo aislado completamente del mundo exterior y ni siquiera se le permitía escribir cartas. Sólo el 7 de noviembre de 1893, cuando estaba ya gravemente enfermo en el hospital de la prisión, se permitió que algunos íntimos amigos suyos lo visitaran. Su estado era de lo más espantoso que imaginarse pueda. El primer domingo después de haber llegado a la cárcel de Valladolid, el director le exigió que asistiese a misa. Salvochea se negó, diciendo que era ateo. «No importa —replicó el director— usted irá a la iglesia o de lo contrario le encerraré en una celda subterránea.» «Prefiero la celda —contestó Salvochea—. Fué alojado en una cueva horrible, en un agujero oscuro, húmedo y frío. Pasaron algunos meses; Salvochea enfermó a causa de la humedad y sintió que sus fuerzas le iban abandonando de día en día. No podía esperar salvación alguna, porque España atravesaba entonces un período reaccionario. En este estado resolvió suicidarse, para poner fin a sus dolores. Con una vaina rota se produjo dos heridas profundas en las venas del cuello y en un costado. Luego se tendió en el suelo y perdió el conocimiento. Pero debido al horrible frío que reinaba en la celda su sangre se congeló en las venas y esta fué su salvación.

Habiéndolo encontrado en tan espantoso estado el director se acobardó. Lo trasladó al hospital, y poco a poco fué reponiéndose. Al recobrar la salud el director le ofreció un puesto de escribiente en la prisión, pero Salvochea se resistió a aceptar, diciendo que no quería ser un sirviente del Estado, ni siquiera en esa forma. El 21 de agosto de 1898, fué trasla-

dado a la cárcel de Burgos. Allí su situación era mejor. Tradujo una obra de astronomía de Flammarion, produciendo algunos otros trabajos de carácter literario. Por fin, en 1899, cuando los prisioneros de Montjuich fueron libertados, gracias al vasto movimiento de protesta, se abrieron también para Salvochea las puertas de la prisión. Se dirigió a Cádiz, donde el pueblo le acogió con señalado júbilo. Su espíritu seguía siendo siempre el mismo, pero su salud, sobre todo la vista, sufría mucho a causa de los largos años de encierro.

Salvochea se mostró activo hasta el final de sus días. Sacrificó sus bienes y su sangre, toda su fortuna por el ideal en que creía, y llegó a ser tan pobre como el proletario más indigente. Escribió numerosos artículos para la prensa anarquista de España y editó también algunos folletos. Su último trabajo literario ha sido una excelente traducción de *Campos, fábricas y talleres*, de Kropotkin, que se publicó primeramente en la *Revista Blanca* y luego en libro.

Esta es, brevemente narrada, la biografía de Fermín Salvochea, héroe y luchador. Su muerte causó un mar de lágrimas y su sepelio dió lugar a una manifestación enorme, en la que participaron cerca de 50.000 personas. De todos los pueblos y aldeas afluyeron los pobres y desheredados para despedirse del extinto. Centenares de mujeres besaban los labios fríos que antes llamaran con tanta frecuencia a la lucha por el pan y la libertad. Y al ser depositado en la fosa el cadáver del inolvidable camarada, millares de bocas exclamaron: «¡ Viva la anarquía !»

Salvochea ha muerto, pero un movimiento que cuenta en sus filas con semejantes hombres es invencible.

Rodolfo ROCKER

LA ALIANZA IMPOSIBLE



(Dibujo de George Grosz.)

Alberto Calmette y su obra

ALBERTO Calmette ha muerto! Es obligado que ORTO se asocie al duelo que embarga a la ciencia universal, tributando un recuerdo a la personalidad científica del desaparecido. Al mismo tiempo que inicia a sus lectores en el camino nuevo que ha abierto este sabio para bien de la Humanidad.

Con la muerte de Calmette la ciencia ha perdido un genio innovador, un genio descubridor de nuevos horizontes, y cuya aplicación práctica de ello ha permitido alejar la Parca de multitud de hombres.

Hagamos una ligera biografía de este sabio. Alberto Calmette, una vez obtenido el grado de licenciado en Medicina, en 1883, pidió el ingreso en la Marina de Guerra, haciendo varias campañas militares: la de China en 1883 hasta 1885; más tarde hizo la del Gabón-Congo (1886-1887), y después, otra de dos años en Terranova y en las islas de San Pedro y Miquelón (1888-1890). Cansado sin duda de su carrera como médico de la Armada, solicitó ser admitido en el Cuerpo Médico colonial, entrando para ampliar estudios, como alumno médico, en el glorioso Instituto Pasteur, de fundación reciente. Por aquel entonces estalló una doble epidemia, de rabia y de viruela en la Indochina, las cuales, de gran malignidad, diezaban a la población, por carecer el Cuerpo Sanitario de aquel país de los medios eficaces para combatirlas, virus vacunal: antivariólico y antirrábico. El Gobierno francés tuvo que enviar una misión sanitaria para que estudiase a fondo el problema y pudiese los medios adecuados para combatir los males; al efecto indicó la necesidad de fundar un Instituto Pasteur en Saïgon, poniendo al frente de él a Calmette. Es, pues, de esta época de donde arranca la inmensa labor realizada por este sabio, el que no contento con preocuparse con los arduos problemas que le ofrecía la Medicina, invadió con sus estudios campos tan dispares como la industria; así le vemos dar indicaciones para la mejor fermentación del arroz, del opio, etc.

Grandes frutos debe el arte de curar a

este sabio; él ha sido el primero que logró preparar un suero con poder curativo, neutralizante, del virus ponzoñoso de los reptiles, y gracias a este descubrimiento, se puede librar de la muerte segura a multitud de indígenas de estos países asiáticos, llenos de toda clase de serpientes venenosas.

En 1895 se le destina como director al Instituto de Lille, lugar que ocupó durante veinticinco años; entre éstos, cuatro fueron de ocupación alemana. Pero durante este largo período no estuvo siempre en esta población, pues sus servicios eran solicitados en multitud de otros lugares. Así, en 1899 tuvo que ir a Porto a combatir la peste bubónica. En 1910 se le encargó la construcción y puesta en marcha de un Instituto Pasteur en Alger. Y en 1920 se desplaza a Grecia para fundar otro Instituto en Atenas, solicitado por el Gobierno de aquel país.

El campo de sus investigaciones, tal como ya hemos indicado, fué muy extenso: la parasitología, la bacteriología, la higiene, la patología tropical, así como sus estudios sobre el virus vacunal, aclimatándolo al búfalo en vez de la ternera; los descubrimientos sobre el tétanos, la rabia, la enfermedad del sueño, la disentería, el absceso del hígado, sobre la potabilidad de las aguas, la desinfección, etc., etc.

Pero la verdadera obsesión de su vida fué la lucha antituberculosa. A ella dedicó gran espacio de su vida, y al morir ha dejado como herencia uno de los descubrimientos más trascendentales que ha hecho la Humanidad en el transcurso de su existencia; nos referimos a la vacunación contra esta enfermedad, de la cual es preciso hablar con más extensión.

Rigurosamente comprobado está que todos los individuos que viven en medios civilizados han padecido o padecen la infección tuberculosa, y los que se han librado del mal ha sido, o bien porque la infección fué hecha con bacilos tuberculosos de Koch poco virulentos, o bien porque el individuo goza de unas defensas orgánicas muy potentes. Mientras que en

los que la raza microbiana tenía gran poder infectivo, o eran contagiados continuamente por las personas de su alrededor, o su organismo era pobre en defensas, han sido víctimas de la enfermedad, la cual tendrá unos caracteres de mayor o menor malignidad según el terreno orgánico en que se desarrolla o según el poder combativo o destructor del microbio.

Ahora bien; si fuese posible tener a mano un bacilo muy pobre en poder infectante e introducirlo artificialmente en el medio orgánico, el individuo receptor, aunque tuviese pocos elementos de combate, pocas defensas orgánicas, lucharía contra el bacilo y lo vencería, preparándose el organismo para poder recibir bacilos de mayor poder infectivo, con éxito para vencerlos. Este es el fenómeno que produce toda vacunación artificial; el médico contagia artificialmente al individuo con gérmenes de poca virulencia, los que produciendo un simulacro de enfermedad, enriquece al individuo en fuerzas combativas, las que permiten un combate con éxito por parte del individuo, cuando es atacado por un microbio de la misma especie del de la vacuna, aunque sea más virulento. Fué, pues, a esta labor ardua, la obtención de un microbio degradado en su poder contagiante, a la que se dedicó Calmette.

Calmette y Guérin cultivaron bacilos tuberculosos de Koch en medios de cultivo que les robaban el poder maligno; este medio de cultivo era la patata bañada con bilis de buey glicerizada al 5 %. Entonces estos dos autores tuvieron el tesón durante trece años de ir cultivando sucesivamente estos bacilos; es decir, verificando resiembras y mirando el poder contagiante. Pero al llegar a las doscientas treinta siembras sucesivas, se encontraron con un germen que carecía de poder atacante cuando era inoculado en los animales muy receptivos al bacilo de Koch. Y se podía inyectar tanto por vía endovenosa como por la vía abdominal (intraperitoneal), a altas dosis, a un animal tan sensible como el cobayo, y éste no contraía la enfermedad. A este nuevo microbio, producto de la pérdida del poder infectivo de un bacilo de Koch, se le denominó bacilo biliado de Calmette Guérin, o como corrientemente se le asigna con las iniciales, el microbio B. C. G.

Era necesario hacer un amplio estudio experimental sobre los animales antes de hablar de ensayarlo en el hombre. Y así fué como miles de jóvenes terneras, animal muy sensible a la infección tuberculosa, fueron sometidas a la vacunación con el B. C. G., bajo el control riguroso de los veterinarios, obteniendo grandes resultados satisfactorios, sin ningún fracaso.

Procedía entonces, visto el franco e indiscutible éxito obtenido en las experiencias, ensayarlo sobre el hombre. Pero como se había de vacunar, no a los adultos, sino a los recién nacidos, seres muy sensibles a las infecciones, se descorazonó Calmette, y quizás no hubiese puesto nunca en práctica su descubrimiento si no hubiese sido por el doctor Weill-Halle, el cual, enterado de las experiencias y de las dudas de Calmette, le propuso ensayar la vacuna en los recién nacidos de la Casa-cuna que él dirigía, previo el permiso paterno. Y así fué como en 1921 se hizo la primera vacunación sobre un recién nacido de una madre tuberculosa y en período caquético, el cual estaba condenado a una infección tuberculosa y con seguridad a ser muerto por la enfermedad. Pues bien; al ver que en el organismo tierno del nuevo ser no se producía ninguna reacción apreciable, se confirmaron completamente las observaciones experimentales, entrando a la práctica corriente la vacunación preventiva. Este fué el primer jalón puesto en la campaña antituberculosa; desde entonces han sido muchos miles los niños a los que se les ha administrado esta vacuna sin que hasta la actualidad se haya visto un solo caso de fracaso.

Para hacer eficaz la vacuna se ha de administrar al niño durante los diez primeros días después del nacimiento, dándole los microbios por vía bucal, y en tres veces, en días alternos y a la dosis de 250 millones cada vez. Esta técnica se fundamenta en que el recién nacido tiene su tubo digestivo virgen de microbios, y éstos entran en él por la leche contagiada al pasar por los conductos excretores, así como también por los objetos que se le ponen en contacto con la boca: pezón, tetinas, etc. Pues bien; si nosotros introducimos de forma masiva gran cantidad de bacterias, éstas llenan todo el tubo digestivo, pasando a los vasos linfáticos y a la sangre,

todo lo cual produce un estado infectivo inocuo que obliga al organismo infantil que se apreste a su defensa, la cual será también movilizadada, que le valdrá más tarde para combatir y anular la acción infectante y maligna de un auténtico bacilo de Koch. Y de esta manera sencilla se libran muchos niños de un contagio seguro que les llevaría al sepulcro o a padecer la tuberculosis en una de sus muchas manifestaciones: pulmonar, laríngea, digestiva, ósea, cutánea, etc.

Gráficamente quedan expresados ciertos resultados obtenidos en ambientes contagiantes, en que todos los niños no vacunados han muerto a consecuencia del mal, librándose de la muerte e incluso de la enfermedad los hijos sometidos a una previa vacunación.

La vacuna Calmette no ha tenido ningún fracaso; los que relató la prensa política sucedidos en el Hospital de Lubeck, fueron debidos a una lamentable equivocación sufrida por el preparador de la vacuna, el que infectó ésta con bacilos de Koch vivos y contagiantes. La investigación judicial abierta al efecto demostró, sin ninguna duda, la equivocación sufrida por el preparador, responsable de todas las defunciones, rehabilitando el tribunal con todo respeto la vacuna y la personalidad de Calmette.

Innumerables son hoy día los niños que han sido vacunados con esta vacuna, habiéndose observado en ellos un índice de mortalidad de la mitad, en relación con los no vacunados, así como una menor propensión a padecer las enfermedades denominadas de la infancia. Parece como si la vacuna Calmette aumentase la resistencia orgánica en todos los sentidos.

No se puede aún hablar de resultados obtenidos en el adulto, pues hace tan sólo diez años que la vacunación se ha hecho en serie; hemos de esperar que los niños vacunados se hagan hombres para poder controlar en ellos la existencia o no de tuberculosis. Pero, sin embargo, los resultados obtenidos hasta la fecha son de una brillantez inesperada, haciendo esperar resultados muy halagüeños.

La creación de clases de Puericultura obligatoria para toda mujer que va a contraer matrimonio, la fundación de Casas-cunas, etc., ayudarán a la labor de divulgación de estos conocimientos que por

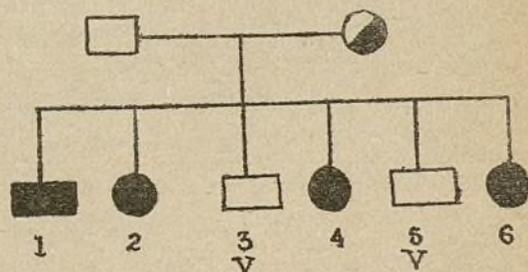
desgracia no llegan a todas las esferas sociales.

Hoy día, el deber de todo padre es vacunar a sus recién nacidos con la vacuna Calmette, pues no perdiendo nada por ser la vacunación completamente inocua, libra a sus hijos de una segura tuberculosis. Y por lo mismo, deber del Estado es facilitar a todos los recién nacidos, en el acto de su inscripción, las dosis necesarias de vacuna para que le sea administrada; de esa manera se tiene un futuro ciudadano fuerte, y se baja, por consecuencia, el número de individuos tuberculosos.

La labor de Calmette, así como sus aplicaciones prácticas, es cosa que se debe de propagar, pues cada recién nacido vacunado es un nuevo creyente en la doctrina de este sabio. Rindamos honor a la religión de la ciencia.

F. DURAN JORDA

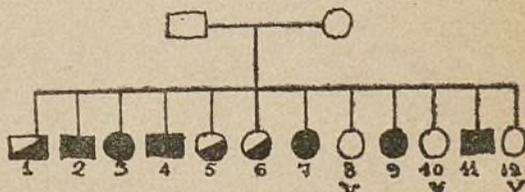
PRIMER ESQUEMA



PADRE SANO, MADRE TUBERCULOSA

1. Muerto de meningitis tuberculosa a los tres años (no vacunado).
2. Muerto de meningitis tuberculosa a los dieciocho meses (no vacunado).
3. Vacunado, sano a los siete años.
4. Muerto de meningitis tuberculosa a los cinco meses (no vacunado).
5. Vacunado, sano a los diez meses.
6. Muerto de meningitis tuberculosa a los nueve meses (no vacunado).

SEGUNDO ESQUEMA



PADRE SANO, MADRE SANA

1. Tuberculosis osteoarticular (no vacunado).
2. Muerto de meningitis a los once meses (no vacunado).
3. Muerto de meningitis a los cinco meses (no vacunado).
4. Muerto de pulmonía a los tres años (no vacunado).
5. Padece bronquiectasia (no vacunado).
6. Linfatismo, adenopatías (no vacunado).
7. Muerto de meningitis a los catorce meses (no vacunado).
8. Vacunado, sano, seis años.
9. Muerto de bronconeumonía a los catorce meses (no vacunado).
10. Vacunado, sano, dos años y cinco meses.
11. Muerto de meningitis (no vacunado).
12. Vacunado, sano, un año

(Casos de los señores Sayé y Miralbell.)

DISCURSO A LOS ANTIGUOS COMBATIENTES



CHERÓN.—*Si habéis dado vuestra sangre, ¿qué mucho que deis también vuestro dinero?*

Al margen del "Torquemada", de Víctor Hugo

CUANDO el 9 de junio de 1882, Víctor Hugo dió a conocer su drama sobre el gran inquisidor, se alzó en Rusia un clamor de angustia. El progromo adquirió derecho de ciudadanía en el país de los zares.

Si se tiene en cuenta que Víctor Hugo aceptó, a los ochenta años, la presidencia de un Comité de Socorros para las víctimas, puede creerse en cierta relación existente entre la matanza de los judíos y la publicación de *Torquemada*.

Y cuando, cincuenta y un año después, *Torquemada* reaparece, en la edición de la «Imprimerie Nationale», el hitlerismo ha eclipsado a todos los procedimientos inquisitoriales, especialmente con sus autos de fe de libros y, una vez más, la figura del célebre dominico aparece envuelta en la sangre de los judíos.



Torquemada no es, desde luego, el mejor drama de Víctor Hugo. El león romántico envejecido no puso en su teatro la misma gracia viva, el mismo fuego de espontaneidad que nos hace aceptar sus otras inverosimilitudes.

En *Torquemada* todo es rudo y fatal, como la gris planicie castellana; la política y la religión triunfan de la poesía. Pero Víctor Hugo no se ha dejado arrastrar por el anticlericalismo fácil. Más aún: este *Torquemada* no es un monstruo; si mata, no es por odio, sino por amor.



El volumen de *Torquemada*, Amy Robsart y *Los Jumeaux*, que ha dado a luz la «Imprimerie Nationale», ha sido preparado con la erudición y el celo notorios de la señora Daubray, digna continuadora de la obra de Gustave Simon.

Los orígenes del drama, sus variaciones, sus comentarios y las críticas con que fué acogida su aparición, son ya sobradamente conocidos. Unicamente, pues, haremos aquí algunas observaciones.



Aunque *Torquemada* no apareciera hasta 1882, Víctor Hugo lo tenía proyectado desde 1859.

En uno de los capítulos de *La leyenda de los siglos (Légende des siècles)*, Hugo pone estos versos en labios del volcán Momotombo:

*He podido ver cómo Torquemada se alzó,
por disipar las sombras de salvaje ignorancia;
cómo civilizaba, y cómo el Santo Oficio
hizo luz en la noche enseñando a las gentes.*

Algunos meses después, su autor escribía a Paul Meurice, rogándole que le suministrase documentación sobre Isabel la Católica y Fernando.

«En una palabra —decía— haz, querido poeta,

~~Je t'ai vu...~~
~~... dans la nuit...~~
Dieu nous donne l'appui que nous lui demandâmes
et l'homme est ^{hors du gouffre...} ~~...~~ allez, allez, allez!
à travers l'ombre ardente et les gros feux ailes,
Et le ~~...~~ évanouissement de la fumée emporte
le cœur l'aprit vivant saisi de la chair morte!
Tout le Vieux orini humain de l'homme arraché:
l'on avait son encre, l'œuvre avait son piche,
Bonne ou vice, chaque âme avait son monstre en elle
qui torçait la lumière et qui mordait son aile;
l'ange expirait en proie au démon, maintenant
leur bulle, et le passage d'angoisse et d'angoisse
de fait ~~...~~ dans la clarté des tombes.
Draques, trouvez en cadre, envolés-vous, colombes!
Vivez que l'âme ténait, libéris! libéris!
montez de l'ombre au jour, chaque d'éternité!

Una página del manuscrito de «Torquemada»

lo que harías si fueras tú quien tuviese en la cabeza un drama sobre Torquemada.»

Mas el dominico fué olvidado por Hugo, durante diez años, en cuyo tiempo produjo *La canción de las calles y del bosque*, *El fin de Satanás* y *Los miserables*.

En 1867, Francisco-Víctor Hugo hizo presión cerca de su padre para que escribiese el *Torquemada* «que sería —argüía— mejor comprendido por las masas que no *La canción de las calles y del bosque*.»

Pero *Torquemada* seguía sin aparecer, a pesar de estar ya anunciado en la cubierta de *Los trabajadores del mar*. De nuevo el dominico español cedió

su puesto, esta vez, a *El hombre que ríe*. Y sólo el primero de mayo de 1869, diez meses después de la muerte de su esposa, Víctor Hugo se decide a comenzar *Torquemada*.

El 21 de junio se lee en su cuaderno de notas lo siguiente:

«Hoy, 21 de junio de 1869, a las once de la mañana, acabo de terminar *Torquemada*, comenzado en primero de mayo.»

El verano de 1869 fué llamado por el Congreso de la Paz, de Lausana. El poeta aprovechó esta circunstancia para ver de nuevo las ciudades suizas que visitara treinta años antes y volver a pasearse por el Rhin.

A su regreso a Bruselas, a instancia de Paul Meurice, venido expresamente de París para escucharle, Víctor Hugo leyó *Torquemada*, en presencia de Meurice, sus hijos, la señora Dronet y la señora Charles Hugo.

La opinión de este auditorio fué naturalmente entusiasta.

Paul Meurice llevó el drama a la Comedia Francesa. Escuchando ciertas determinaciones del Comité de Lectura, Meurice propuso algunas variaciones en la *mise en scène*. Pero el maestro no quiso rectificar.

En sus cartas a Paul Meurice, quedan definidos de un plumazo los personajes del drama. Dice así: «Isabel debe figurar la momia avara. En cuanto a *Torquemada* sólo hay una cosa más grande que él: su fantasma: este fantasma es la bandera negra con la calavera.»

Y añade:

«Yo me río del teatro francés. La literatura está donde nosotros estemos.»

Y no hubo sitio para el drama en los teatros del Imperio. Mientras duró Napoleón III, los franceses estuvieron sin conocer a nuestro dominico.

Después, la guerra. Víctor Hugo dió al público *El año terrible*, *El arte de ser abuelo* y esa novela tan joven como la aurora de una revolución, que se titula *El 93*; luego los poemas *Cuatro vientos del espíritu*, *Toda la lira*, etc. En 1878, *El papa*; en 1879, *La piedad suprema*; en 1880, *Religiones y religión*.

En 1882, por fin, al mismo tiempo que era protestado su *Rappel*, en favor de los judíos perseguidos, dió a luz su *Torquemada*.

Entre los «materiales» que sirvieron a Víctor Hugo para construir el drama, y cuyo estudio nos permite seguir de cerca su método de trabajo, citamos los siguientes versos, que definen al modo bíblico la peregrinación por el mundo del Israel errante:

*¿Deberá, pues, la madre con su recién nacido,
y el que lleva a su pecho, y el que se ase a su falda:
con su buey, y su asno, y su cabra, sin rumbo
—Israel es la madre— errar eternamente?*

Después, la desolación de estos ritos fúnebres:

*Volvió hacia la muralla la cabeza de un muerto;
recitó ante una tumba poemas de dolor;
y detrás de las puertas permanece llorando...*

Y, luego, este apóstrofe infernal a *Torquemada*:

*¡Bárbaro Torquemada! ¡Incendiario siniestro!
Su capuchón semeja de una caldera el fondo;
de una caldera férrea, con hierros reforzada,
con hierros; duros; duros, como su corazón.*

Y, por último, en el transcurso de sus notas en prosa, esta curiosa declaración:

«Hay conexión entre Borgia y *Torquemada*, de donde habrá un anacronismo en el drama. Pero, no obstante, yo creo que, en arte, la filosofía de la historia debe estar por encima de la historia.

»El hecho es servidor de la idea. Si aquél se presenta incompleto, deber del filósofo es el completarlo. De esta obediencia de lo real a lo ideal, finalidad del Arte, resulta la verdad suprema.»

Ante *Torquemada*, la prensa de 1882 se mostró entusiasmada. No obstante, algunos periódicos censuraron haber idealizado y rehabilitado al gran inquisidor; entretanto, *L'Univers*, con la firma de Memours Godré, no veía en el drama más que una larga calumnia contra la realeza y el papado. Y, al mismo tiempo, *Le Temps* declaraba, con más justicia:

«*Torquemada* será inolvidable en la historia, desde ahora en adelante.»

Lepelletier pone este drama por encima de *Evidadnus*. Jean Frolo, en *Le Petit Parisien*, recuerda a Esquilo, y Paul Bourget, después de un análisis muy ponderado, concluye:

«La impresión de potencia es tal que la crítica pierde aquí sus derechos.»

En 1933, *Torquemada* volverá a encontrar un éxito formidable, por razones que no solamente atañen a la historia literaria. De todos modos, es dudoso que haya teatro en Europa que se arriesgue a representarlo, aunque goce de un ambiente favorable en las primeras escenas, que los verdaderos cristianos y aun los sacerdotes no serán los últimos en aplaudir.

Pierre PARAF

Apuntes para una estadística confederal

III

Algunas notas sobre la viticultura española

Es fácil comprender la importancia de la viticultura en España si se tiene en cuenta que alcanza a más de 1.400.000 hectáreas la superficie de nuestro viñedo, del que se obtienen cosechas cuyo promedio, de unos 23 millones de hectolitros, valen 760 millones de pesetas como *mínimum*.

Se requieren sólo para el cultivo anual más de 100 millones de jornales, y viven de la viña, por lo menos, cuatro millones de individuos.

Además, la elaboración, comercio, industrias de subproductos, transportes, etc., representan un contingente complementario de negocios importantísimos en la valoración total de la industria vinícola.

Un sector que alcanza en el orden económico y social tales proporciones, bien merecería seguir derroteros prósperos.

Sin embargo, no sucede así; las crisis se repiten con relativa frecuencia, y actualmente se atraviesa una de intensidad tal, que su gravedad queda demostrada por el hecho de que, aun habiéndose caracterizado las campañas de 1930 y de 1931 por una producción igualmente corta de unos 18 millones de hectolitros, cifra inferior a la media antes consignada, no ha llegado a reaccionar el mercado.

Esta crisis es debida a causas complejas, que para juzgarlas con amplitud, precisa remontarse a la consideración de lo que sucede en los demás países vitícolas y consumidores; en los tiempos actuales, lo mismo en el orden vitícola que en los demás, no caben aislamientos que permitan sostener un régimen económico sin influencias exteriores.

Existe en el mundo una tendencia bien marcada a aumentar la producción de vinos. Esta sobreproducción obedece a causas bien precisas que las estadísticas demuestran claramente.

Hay países que a principio de siglo eran importadores de vinos y actualmente no sólo producen lo suficiente para sus necesidades, sino que ya exportan; tales son algunos del Centro de Europa y del Sur de América, Australia, Unión Sudamericana, colonias francesas, como Argelia, etc.

El aumento de superficie destinado a la viña desde comienzos del siglo, según datos expuestos en la Conferencia Internacional del Vino, celebrada en París en marzo último, es de cerca medio millón de hectáreas, las cuales se reparten así: en Europa, 246.000 hectáreas; en Africa, 116.000, y en América del Sur y Australia, 127.000.

España ha contribuído poco a este incremento de plantaciones, pues ha aumentado sólo en 1.600 hectáreas desde 1901 a 1930; cierto que se han plantado en este período viñedos importantes en zonas donde antes no se cultivaban cepas, pero ha habido muchas bajas en otras, por la filoxera, excesivo coste de producción, despo-
blación, etc.

Además de aumentar la superficie han crecido los rendimientos; ello es debido al

mejor sistema de cultivo, a los abonos, al empleo de variedades más productivas, a la mejor defensa contra las enfermedades anticriptogámicas, etc.

Por los dos motivos anteriores, las estadísticas acusan un aumento de producción mundial de algo más de 30 millones en estos últimos años, comparativamente con el año 1900; dicho en otros términos, el incremento total anual de producción vinícola, si hubiese resultado repartido uniformemente, hubiera sido de un millón de hectolitros de más en cada año con relación al anterior.

Al mismo tiempo, el consumo mundial de vinos, en vez de seguir el ritmo progresivo de la producción, marca retroceso.

El boletín que publica el Office International du Vin, ha dado a conocer recientemente unas estadísticas de las que resulta que en el conjunto de 13 países, incluidos los más consumidores, y que comprenden 300 millones de habitantes, el consumo por individuo ha disminuído en 55 litros en cinco años.

Como se ve, existe a la vez sobreproducción y subconsumo; entre ambos hay ruptura de armonía, que se traduce en una crisis vitícola que se deja sentir en todos los países que cultivan en grande la cepa, manifestándose en España con una intensidad alarmante.

La anulación del fraude de los vinos se impone no sólo en los períodos de crisis, sino también en todas las ocasiones, pues los adulteradores perjudican siempre, tanto porque aumentan la masa de vinos en el mercado, como porque pueden llegar a ser motivo de perjudicar la salud del consumidor.

El vino, que, según Pasteur, es la bebida sana e higiénica por excelencia, deja de ser recomendada, y con razón, por los médicos en cuanto hay la más ligera sospecha de adulteración.

El alargamiento que se hace unas veces con agua sola, otras con agua y alcohol, y también con estas mismas sustancias y anti fermentos, permiten hacer buenos negocios a las personas poco escrupulosas; pero perjudican al honrado productor en sus legítimos intereses y al consumidor engañándole, y en algunos casos atentando a su salud.

Nuestra legislación fija claramente cuáles son las operaciones lícitas y los tratamientos que pueden permitirse en los vinos; pero es bastante deficiente en cuanto a los medios necesarios para conseguir que esta legislación se cumpla.

Además de una severa represión del fraude, opinan muchos que debería fomentarse el consumo interior mediante la supresión de impuestos municipales, pues los gravámenes que han de soportar los vinos a la entrada en algunas poblaciones no sólo encarecen el producto, sino que son un aliciente para la falsificación.

No cabe duda que esta medida sería altamente favorable, pero no hay que tener mucha fe en verla implantada, por cuanto la supresión de estos impuestos implicaría la creación de otros en nuevos sectores, que, como es natural, tratarían de evitarlos.

A base de reformar el régimen vigente de alcoholes, podría conseguirse también luchas ventajosamente contra la crisis actual. Se impondría un sistema más perfecto por parte del Estado, ordenando y reglamentando el empleo de los alcoholes vínicos e industriales.

Basándose en la definición de vino y en el concepto corriente del mismo, no deberían emplearse para usos vínicos más que alcoholes procedentes de la uva; data de años la lucha de los viticultores para que los alcoholes industriales derivados de melazas se destinen exclusivamente a usos que no sean de boca, admitiendo como máxima tolerancia, que sólo en años de una gran escasez de los primeros puedan ser utilizados

para este fin los últimos. El problema se agudizará más aún en el momento que se produzcan en gran escala los alcoholes sintéticos.

Si se diera más desarrollo a la alcoholería vínica, desaparecerían del mercado los vinos defectuosos y de difícil conservación, los cuales, ofreciéndose a precios bajos, influyen sobre la valorización de los caldos buenos.

Cuando había más libertad para destilar y no existía la competencia de los alcoholes industriales, las crisis vinícolas tenían solución abriendo la válvula de la destilación. Como el alcohol puede conservarse bien y representa poco volumen con relación al del vino, había posibilidad de retirar del mercado en años de superproducción el excedente de cosecha, restableciéndose pronto el equilibrio que es indispensable entre la oferta y la demanda para que el negocio sea remunerador.

Cuando en los Estados Unidos se implantó la ley seca, los viticultores de California creyeron tener muy cerca su segura ruina. Sin embargo, no perdieron su serenidad, se sobrepusieron a la tradición vinícola, y buscando nuevas orientaciones al aprovechamiento de la uva, consiguieron no sólo económicamente defenderse, sino prosperar tan marcadamente, que a los pocos años se duplicaba la superficie cultivada de viña en dicho país.

Estas orientaciones podemos seguirlas también en España, con la ventaja de que nuestro esfuerzo ha de ser menos, pues aquí, en vez de sustituir la totalidad de producción vinícola, basta que reemplacemos el excedente de producción.

Siguiendo el ejemplo californiano, debemos fomentar el consumo de uva de mesa; verdad que nuestro país hace ya un gran papel con relación a otras naciones en este sentido, pero puede irse mucho más lejos. Así como el vino tiene sus detractores en el orden higiénico, la uva merece, por su riqueza glucométrica, por sus ácidos, vitaminas, etcétera, cada vez mayor simpatía de los médicos y propagandistas de sanos métodos de alimentación.

El consumo de uva, no sólo puede incrementarse al estado fresco, sino también en el de pasa, consiguiéndose de esta manera ampliar muy favorablemente el período de su aprovechamiento.

La industria de los jugos de uva sin fermentar podría también desarrollarse. Igualmente la de los mostos concentrados.

Unos y otros permiten ser utilizados como sustitutos de la uva cuando ésta ya no se encuentra al estado fresco, con la ventaja de no tener que absorber ni piel ni el granillo, cuyo valor alimenticio es nulo.

Por su poder edulcorante pueden servir en muchas aplicaciones domésticas, en las que no interesa disponer del azúcar ordinario en forma cristalizada.

Sacando partido de nuestro clima, con un sol que enriquece la calidad de nuestra uva, podemos competir con ventaja con otros países más septentrionales, pero ello exige que modifiquemos el concepto corriente de que la viña ha de cultivarse sólo para obtener vino.

Puede hacerse mucho más: es preciso luchar e implantar nuevas orientaciones para que la viticultura española salga de la difícil situación en que actualmente se encuentra.

UN INGENIERO AGRONOMO

“Municioneros” y gobernantes

CREO, amigo lector, que está ya definitivamente entendido entre nosotros que toda nuestra acción pacifista debe tender a *prevenir, a impedir la guerra*. Ahora, estando tan claramente definido nuestro objeto, sólo nos falta escoger el medio que con mayor seguridad y rapidez nos dirija hacia la meta y nos permita alcanzarla.

Podríamos pasar revista, sucesivamente, a los diferentes medios que se nos proponen; pero esto sería demasiado extenso y, por una parte, yo no quiero abusar ni de la hospitalidad que me ofrece esta Revista ni de la atención que me concedan sus lectores; y, por otra parte, ese es un trabajo que yo he hecho ya lealmente, conienzudamente, en un folleto que muchos han leído, titulado *Queremos la paz*, y en las conferencias y controversias públicas que, desde hace dos años, vengo prodi-gando en París y en provincias y que muchos han escuchado.



De todos modos, quiero en primer lugar recordar aquí lo que no he cesado de repetir desde hace más de cuarenta años; es decir, que la guerra es inherente al mismo funcionamiento de las Instituciones que hace fatales el principio de autoridad que rige a la sociedad.

La causa de todas las guerras, en la época actual, es el principio de autoridad, es decir, el principio del hecho de dominio y explotación que padecen las masas populares. El principio de autoridad, del que el *Estado* es la expresión política, es la *dominación del hombre sobre el hombre*, y el principio de autoridad, del cual el *Capitalismo* es la manifestación económica, es la *explotación del hombre por el hombre*.

No es posible, pues, a mi juicio, abatir definitivamente la guerra, sino a condición de abatir el capitalismo de Estado, ya que no es posible suprimir un efecto, sino aboliendo la causa que lo produce.

Ahora más que nunca tengo la certeza de que el único medio de cancelar para

siempre la era de los conflictos armados, es combatir la causa radical, fundamental, permanente y única, hasta destruirla. Además, esto es evidente.

Esta verdad tiene que andar su camino; pero terminará triunfando; primero, en los espíritus; después, en los hechos.

Pero este triunfo de la lógica y del buen sentido, requerirá, en verdad, un largo tiempo; todo hace preverlo así; y de lo que se trata, quedando en los límites del problema que estudiamos (de buena fe, ¿no es cierto?, con la inquebrantable voluntad de resolverlo), se trata, decía, de avivar esa tardanza, a fin de hacer fracasar la guerra y hacerla imposible, no en diez años, ni en veinte, ni en cincuenta, sino a la mayor brevedad.

Porque si nunca la paz fué tan indispensable como en nuestros días, nunca tampoco las amenazas de guerra fueron tan inminentes. Es necesario, pues, hallar urgentemente el medio de hacer retroceder a esa guerra, que de un año a otro, puede caer sobre nosotros.

¿Existe este medio? Yo digo: Existe. ¿Cuál es? Yo respondo: El desarme. Y añado que este es un punto sobre el que están de acuerdo todos los que sinceramente desean la paz.



Es cierto que la inmensa mayoría subordina el desarme efectivo a la seguridad y al arbitraje.

Unos dicen: «Seguridad, primero; arbitraje, luego; desarme, por fin.»

Otros dicen: «Primero, arbitraje; luego, seguridad; al fin, desarme.»

Interesa observar que tanto unos como otros desembocan en el desarme; lo que significa que el desarme es considerado por todos como la condición *sine qua non* de la instauración de un régimen de paz estable, definitivo; que en el desarme está el prólogo necesario, la indispensable introducción.

Los espíritus más obtusos comprenden que, mientras haya un cuartel, en este

cuartel *un* soldado y entre las manos de este soldado *un* arma de guerra, ello demostrará que no se ha renunciado a ésta y que no se ha cimentado la paz.

El desarme tiene dos clases de enemigos: los «municioneros» y los gobernantes. Estos últimos se libran muy bien de declararse francamente hostiles al desarme; al contrario, se muestran sus decididos partidarios. Los hombres de Estado, los ministros, los diplomáticos, los militares que desfilan por Ginebra se deshacen en protestas de ferviente deseo de llegar al desarme, proclamándose campeones decididos de él.

Pero necesitan sembrar, en el camino del desarme, tantos obstáculos, tantas resistencias, tantas desconfianzas, tantas dificultades, que, a despecho de las Conferencias de Ginebra, de los acercamientos entre el nuevo y el viejo continente, de los cambios de impresiones en París, en Londres, en Roma, en Berlín, en Washington, etcétera, de las conversaciones entre dos, entre tres, entre cuatro, el camino se alarga siempre, y más bien que acercarse a la meta final se aleja de ella.

Como medios para aplazar *sine die* el triunfo de este desarme que, en el fondo, no quieren a ningún precio, los obstáculos «seguridad» y «arbitraje» no bastan. Y les han sumado uno nuevo: el «control».

Yo os lo digo: Estas gentes, a quienes parece que la cuerda del arbitraje y la seguridad está algo desgastada y débil, que tienen miedo de que se rompa y quieren reforzarla con el control, estas gentes no quieren el desarme. Y se explica que así sea; porque son los *gobernantes*, son los delegados, los representantes mandados oficialmente por sus Gobiernos respectivos. Y todo gobernante, *sea el que sea*, tiene necesidad de ese instrumento de fuerza y de represión que es el Ejército. Es su baluarte, su dique. El desarme contra el enemigo exterior sería al mismo tiempo el desarme contra el enemigo interior. Siendo así, ¿no salta a vuestra vista que, para los gobernantes, el desarme sería una catástrofe, pues significaría, para ellos, el principio del fin?

El desarme tiene, además, por enemigos a los *industriales de la muerte*; fabricantes de armas de guerra y municiones, proveedores de armas...; a esa banda de malhechores, internacionalmente organizados, de la que el último número de *La Patrie Humaine* ha publicado la edificante lista, en la que se designa a la «más grande canalla de la guerra».

Meditad sobre estas cifras: El total de presupuestos de Guerra (*cifras oficiales*) alcanzaba en 1931 la cifra fabulosa de 103.948.298.950 francos.

Esta suma los Estados la *sacan* anualmente del trabajo humano, del ahorro, de la sanidad pública, de las obras de utilidad social y de las vidas que caen cada año en las cajas de esta Asociación de rapaces: los industriales de la muerte.

¡Ciento cuatro mil millones, en cifras redondas! Dejémoslo en esto, aunque la verdad es que cada año aumentan.

En cada país es «La Princesse» quien paga; pero todo el mundo sabe que «La Princesse» no comercia. Sobre los suministros que representa esta suma, yo calculo en un 25 % el beneficio neto de los proveedores. Luego se trata de *un beneficio anual de veintiséis mil millones*.

El régimen de *paz armada* que aplasta a los pueblos, ingresa, cada año, en las cajas de los Estados veintiséis mil millones. Viene el desarme ¡y este escandaloso ingreso desaparece automáticamente!

La *paz armada* es la vaca suiza de las ubres maravillosamente plétóricas. Nosotros, los pacifistas, queremos dar la muerte a esa vaca, a esa maldita vaca.

—¡Oh, no —rugen los fabricantes de cañones—; todo menos eso!

El desarme es la bestia negra que quita el sueño a esa turba encanallada; son los mortales enemigos del desarme.

Tan encarnizados como los gobernantes en la lucha contra el desarme, estos otros enemigos son más evidentes aún que sus aliados, los gobernantes; gracias a su dinero, tienen sometidos a los Estados, pues los gobernantes, en realidad, no son en régimen capitalista, más que los hombres de negocios, los servidores dóciles de las finanzas internacionales.

Los industriales de la muerte y los gobernantes tienen por cómplice a la Prensa llamada «de información», es decir, los diarios de mayor difusión, cuyas columnas

destilan a diario, gota a gota, el veneno mortal del Patriotismo, de la Defensa Nacional y del Militarismo.



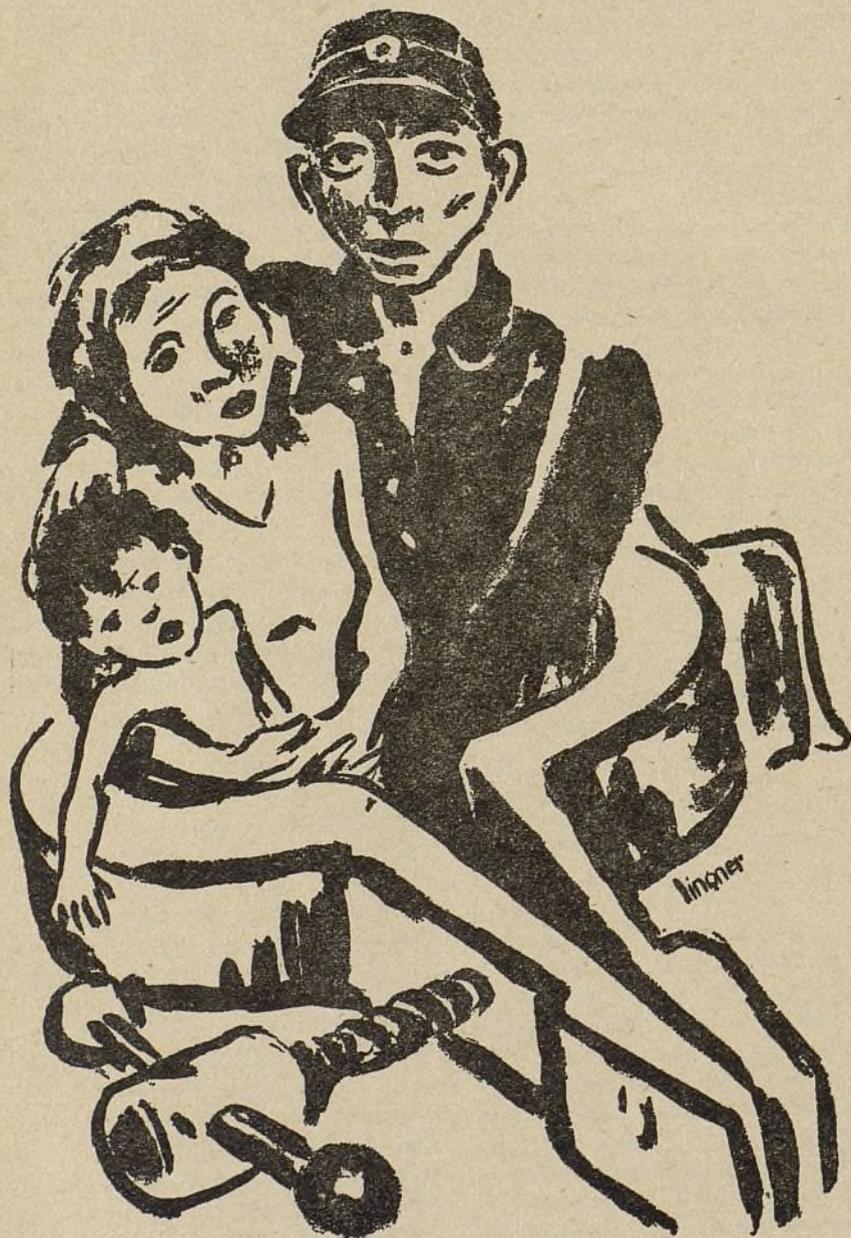
Tales son los enemigos mortales del

Desarme como factor fundamental de la Paz.

Son poderosos, ciertamente, muy poderosos. Pero no invencibles.

Hay que tratar, pues, de derrotarlos.

Sebastián FAURE



El torno de la opresión se aferra... hasta el gran día en que saltará en pedazos, cuando el HAMBRE culmine en la máxima desesperación.

Ruy Barbosa

POCO se sabe en España, poco es lo escrito o traducido acerca de la literatura —antigua y moderna— del Brasil.

Descontado el caso de excepción del gran publicista Rufino Blanco Fombona, editor, además, a quien se debe el conocimiento de parte de la producción literaria de Elyisio de Carvalho, Eduardo Prado, Oliveira Lima y Ruy Barbosa, sólo conocemos dos firmas que hayan demostrado preocupación analítica y divulgadora por las letras brasileñas: Rafael Cansinos-Assens, autor de biografías y traducciones, y José María de Acosta, que, sobre una copia de comentarios bibliográficos, ha bocetado un amplio panorama, siquiera a grandes rasgos, en que se encuadra la cultura brasileña con certera fidelidad de visión.

La obra de ambos, sin que, por excepcional, olvidemos la de Fombona, merece el bien de cuantos se preocupan por el desarrollo espiritual de los pueblos y, particularmente, de los pueblos jóvenes. Pero hay que decir, lamentándolo, que la gran mayoría de los editores no lo han debido de comprender así, a juzgar por la escasa atención que le han dedicado, fenómeno tanto menos comprensible cuanto que es en ellos, en los pueblos jóvenes, en las repúblicas latinas de América, en donde encuentran, o, al menos, han encontrado hasta ahora, su mercado mejor.

Si se nos permite ejercer un derecho de crítica, que no ha de redundar en menoscabo del mérito, del esfuerzo y el intento, haremos algunas observaciones en torno a las exploraciones del segundo de los citados divulgadores: José María de Acosta.

Encontramos en sus trabajos errores, no ya imperdonables, pero sí sensibles, aunque nos lo expliquemos, como siempre que se trata de investigar a distancia en las literaturas, sea distancia de tiempo o de espacio. Así, por ejemplo, Acosta no analiza, ni siquiera reseña importantes movimientos de carácter provincial, que, no obstante, irradian con intensidad suficiente a transformar de manera semitotal la estructura literaria del país; tales como el del grupo llamado «paulistano», dirigido por Monteiro Lobato, en colaboración con Godofredo Rangel, Paulo Prado, Menotti del Picchia, Leo Vaz, Ronald de Carvalho, Hilario Tácito, J. M. Nogueira, Ribeiro Couto, Guillermo de Almeida, Francisca Julia, Joao Pinto da Silva, Julio César da Silva, Rocha Ferreira y otros. El movimiento «paulistano» —cosa que Acosta no tiene, al parecer, en cuenta— es anterior a la influencia que Graça Aranha, con su Nova Esthetica pudiera ejercer en la juventud, juventud que, en realidad, era terreno fecundable, gracias a la acción de aquel grupo o, quizá, más exactamente, a la del propio Monteiro Lobato.

José María de Acosta se ha limitado a indicar las corrientes más catalogadas, y esto, dejándose llevar mejor de la memoria que del sentido analítico; desde luego, con un gran desconocimiento del desarrollo intelectual contemporáneo —1916-1930—, que corresponde precisamente a la época en que la cultura brasileña llega a su emancipación del lusitanismo y el afrancesamiento, particularmente de este último.

Al iniciar ORTO esta labor de análisis crítico-histórico-literario, que se propone serlo de la literatura mundial, hemos querido comenzar desfilando por los senderos de la nueva generación americana, entendiéndolo que, después de la hispana, ha de ser la que mayor interés ofrezca, desde el punto de vista estético-revolucionario, y habida cuenta de que el panorama interior cuenta con más y mejores divulgadores y exégetas (sin que esto signifique que renunciemos a tratar oportunamente de la cuestión literaria interior desde idénticos puntos de vista).

Y, para ello, vamos a estudiar la literatura brasileña, en primer término, a través de sus hombres más representativos, historiando, siquiera rápida y someramente, su vida y sus obras, a fin de que el lector español y el de la América española pueda tener ante sus ojos algo así como un mapa de la ideología de la nación americana, más vasta en territorio y más rica en recursos naturales.

Pero como no sería posible, en una revista de esta naturaleza, ocuparnos de todas las firmas que, en

realidad, merecerían desfilar por estas páginas, nos resignaremos a estudiar solamente algunas de las principales figuras, las más destacadas por sus especiales características revolucionarias.

Serán éstas las de RUY BARBOSA, JOAQUÍN NABUCO, JOSÉ DO PATROCINIO y CRUZ E SOUZA, los cuatro redentores de la esclavitud, paladines de la causa abolicionista en el Brasil.

A don Gonzalo de Reparaz, el entusiasta animador de El Infierno Verde, con todo cariño.

Ruy, el gran Ruy, de pequeña figura, pero grande como una montaña

NACIÓ en la ciudad de Bahía el 1849 y falleció el 1923. Todavía está y estará latente en el pueblo brasileño el recuerdo de tan ilustre patricio. Sus obras abarcan 206 títulos. La mayoría pequeños fascículos, de conferencias jurídicas o literarias, unas en su carácter de abogado, senador, delegado y miembro presidente de la Academia literaria, y otros como escritor y polemista.

Sus principales producciones, son las siguientes: *Reforma do Ensino Primario*, 1883; *Emancipação dos escravos*, 1884; *Campaña Abolicionista*, 1885; *José Bonifacio*, 1886; *Swift*, 1887; *Projecto do Constituição dos E. U. do Brasil*, 1890; *O estado de Sítio*, 1892; *Visita a Terra Natal*, 1893; *Justicia Militar*, 1895; *Cartas da Inglaterra*, 1896; *Amnistia Inversa*, 1896; *O Jurey e a responsabilidade penal dos Juizes*, 1896; *O Partido Republicano Conservador*, 1897; *Educação Civica*, 1899; *Limites entre Ceara e o Rio Grande do Norte*, 1904; *O Acre Septentrional*, 1906; *Actes et Discours*, 1907, en francés; *Discursos e Conferencias*, 1907; *Anatole France*, 1908; *O Direito do Amazonas ao Acre Septentrional*, dos volúmenes, 1910; *Contra o Militarismo*, 1910; *A Culpa Civil nas Administrações públicas*, 1911; *Pages Choisies*, 1917, prólogo de Paul Deschanel, en francés; *Páginas literarias*, 1918; *Cartas políticas y literarias*, 1919; *Oração aos Moços*, 1920; *Queda do Imperio*, dos volúmenes, 1921; *Poesías de Leopardi*, prólogo y traducción, 1921; *Pensamientos de Ruy Barbosa*, 1922, y la *Colección Jurídica*, reunida en el 1928. Su obra copiosa y de infinitos aspectos, abarca los temas fundamentales de la educación y del Derecho. Como polemista supera a Silveira Martins, uno de los más grandes oradores y estadistas del Imperio. La labor intelectual es notable. Crítico admirable, en su labor dispersa, bien se podrían reunir un par de volúmenes sustanciosos. Pero, donde Ruy Barbosa brilla con todo su esplendor es en la llamada *Campaña Abolicionista*. Es donde esa particularidad, de adonde queremos estudiarlo. El, con Joaquín Nabuco y Castro Alves, realizaron la obra moral más grande del Brasil en esa época. Nabuco, partidario del Imperio, pero luchador tenaz para abolir la esclavitud; Castro Alves en su lírica, cuyos acentos trágicos, dolorosos, tocaba el corazón de los más reacios; pero sobre todas estas magníficas obras de evolucionismo y conciencia, estaba el verbo recio y certero

de Ruy, que lo dominaba todo, que lo seducía todo y llenaba de pánico a los partidarios del Estado feudal.

A los treinta y cinco años, diputado liberal, de empuje formidable, tratan algunos partidos políticos de atraerlo. Así también el Gabinete de Souza. Dantas le ofrece la cartera en ese Ministerio, que Ruy Barbosa no acepta por no crearse compromisos en pugna con sus ideas.

La obra de este hombre era en la práctica de doble lucha y beneficio. Como parlamentario, en las Cámaras; como publicista, en el periodismo, donde explicaba y desarrollaba sus ideologías, sosteniendo grandes polémicas con los más avezados periodistas y hombres públicos de aquel entonces.

Con solo hojear algunas colecciones de *Diario La Bahía*, *Diario de Noticias*, *Journal do Brasil*, *Journal do Comercio* y *A Imprensa*, bastaría para destacarlo en toda una época, como uno de los hombres más brillantes y más humanos de los hombres de su tiempo, al través de su campaña periodística. Un estilo elocuente, una indómita valentía, que contrastaba con su pequeña estatura, donde sus ojos negros, eran puntos perennes de interrogación en su flaca envoltura. En la tribuna era un titán; los contrarios acudían a oírle y muchos hasta llegaron a aplaudirle, dejados llevar por el fuego del entusiasmo patriótico. Como abogado, todas sus empresas fueron ganadas; era tal el grado de razonamiento a que llegaba, que todo asunto o pleito en que intervenía era perdido para los demás.

¿Quién no recuerda con emoción su obra de constitucionalista en el Congreso de la Paz, en La Haya? ¿Y sus conferencias en la Universidad de Buenos Aires, sobre Derecho Internacional?...

Puede decirse, que no era sólo un prestigio cimentado y robustecido por el cariño de la tierra natal: era considerado en Francia e Inglaterra, así también en los Estados Unidos de Norte América, donde se le consideraba como uno de los más grandes estadistas del siglo. Hablaba y escribía a la perfección cuatro idiomas: Francés, Inglés, Español e Italiano. Muchas de sus obras están escritas en los dos primeros idiomas, y bien compenetrado del idioma de Dante, a juzgar por sus traducciones de Leopardi —conceptuadas como ejemplares—, en las infinitas versiones portuguesas.

Ruy Barbosa, y eso es necesario decirlo con palabras altas, fué el que preparó el abolicionismo y sembró la duda y la inquietud en el seno del Imperio, preparando el camino de la República. Una campaña sistemática desde el Parlamento y desde las columnas de la Prensa, sin tregua, razón sobre razón, hasta dar en tierra con las castas y los privilegiados.

Osorio Duque-Estrada, al reseñar esta vida admirable, dice que era un pulpo gigantesco, que sus tentáculos tenían aprisionados a todos los enemigos de la evolución.

Todavía aparte de sus campañas políticas tenía tiempo para obras de erudición, de sociología, de crítica, como lo afirman sus estudios sobre *Cartas da Inglaterra*, *O Papa eo Concilio*, y los ensayos sobre Castro Alves, Machado de Assis, José Bonifacio, Alexandre Herculano, Marqués de Pombal, Swift, Anatole France, Oswaldo Cruz y muchas personalidades más.

De conducta irreprochable, se hizo sordo a toda alabanza y oferta del enemigo, rehusando primero a Souza Dantas —como ya dijimos— y luego al vizconde de Ouro-Preto, manteniéndose en sus ideas y estrechando el círculo del Imperio hasta dar con él en tierra.

Proclamada la República, fué ministro de Hacienda e interino de Justicia en el Gobierno provisorio, siendo además senador por el Estado de Bahía, hasta su muerte, 1923.

Dos veces se presentó como candidato a la presidencia de la República; la primera realmente elegido, pero no reconocido por el Congreso, y la segunda obteniendo una gran cantidad de sufragios.

En toda cuanta cuestión internacional había, era de inmediato nombrado miembro, y sus conferencias en las Universidades extranjeras fueron consideradas como obras maestras del Derecho Internacional.

Sus dos más grandes biógrafos, los señores Nazareth de Menezes y Lima Barbosa, tratan detalladamente todos esos pormenores sobre tan gran hombre de América.

De gran corazón, repartía todo lo que tenía entre los necesitados, vida austera, metodizada serenamente, sobrio en el comer y en el vestir y en el beber, encarnaba el tipo reseñado en la personalidad del filósofo Antístenes, en sus últimos años, según la biografía de Laercio.

Se levantaba a las cinco de la mañana, estudiaba o escribía hasta la hora del almuerzo, luego se dirigía al Senado, de allí visitaba las librerías o el cinematógrafo y temprano se recogía en su casa, escribiendo o estudiando hasta la hora de cenar. Por la noche recibía sus amistades o leía aventuras policiales para despejar el cerebro; invariablemente a las once se acostaba.

Su biblioteca era preciosa, contaba con 44.000 volúmenes, que en la actualidad, tanto la casa donde vivió, como muebles y biblioteca, fueron adquiridos por el Gobierno, creando un Museo admirable que recomendando a todos los videntes inquietos que a la gran nación se dirijan.

El jubileo literario de Ruy Barbosa fué un verdadero acto de cariño y de respeto nacional. En el año 1918, el académico Constancio Alves, publicaba en la revista *Bahía Ilustrada* un artículo dando la idea de rendir un homenaje a Ruy Barbosa, con

motivo de su jubileo literario, cosa que se realiza poco después en Río Janeiro, tomando parte en él delegaciones intelectuales de toda la República. Bueno es decir que Ruy Barbosa fué el primer asombrado en este certamen; un hombre —según sus palabras— que toda su vida fué un luchador cívico, no sabía por qué causa se le rendía un homenaje literario, cuando su obra era un apostolado de palabras más que de libros, y donde la mayoría de las cosas dichas estaban realizadas para bien de la República y otras perdidas en el tráfigo del vivir agitado, en las tribunas o en el periodismo.

Pero él, buen ciudadano, ejemplar, como el platoniano, no podía ignorar que su escasa obra literaria, desde su *Elogio do Poeta*, sobre Castro Alves, hasta las *Notas marginales* sobre Swift, Machado de Assis, Leopardi, Balfour y Marqués de Pombal, son excelentes piezas literarias y filosóficas que bien merecieron la consagración de su nombre.

Si bien es cierto que el fuerte de Ruy Barbosa está en su vida pública. Es un hombre cívico; desde la primera juventud luchó denodadamente por la libertad, empezó paulatinamente a cimentar su nombre y con ello a poner ladrillos en el paredón de la República, porque él y no otro fué el constructor de ella y el que logró su engrandecimiento. Un país sin leyes es como un hogar sin padres; puede decirse que las mejores enseñanzas del Derecho son suyas, y por consiguiente, el primer ciudadano de la República. Luchó con altura, elevación de miras; no necesitó combatir la obra del enemigo con razones románticas ni con palabras sarcásticas. Una severidad desconcertante, un acopio de razonamientos inderrocables, una claridad única, hacían de él el primer orador, y antes que eso, primer hombre, claro y sincero de su misión republicana. Alzó su estandarte abolicionista en el año 1869, ante el asombro de las multitudes, y no descansó un solo instante hasta que plegó a su lado a todos los hombres de conciencia como Machado de Assis, Duque-Estrada, Castro Alves y al mismo Nabuco, sostén del Imperio por razones morales más que de afecto. Primer paladín, fué el látigo que apaleó a los apaleadores de esclavos del feudo que era el Brasil, simple colonia más o menos grande geográficamente, factible para innumerables negocios sucios y desagradable para el concepto de humanidad, donde el avariento portugués, el hombre sin miedo y sin conciencia de Holanda, el ex presidiario de la Francia y el galeoto español, encontraban fértil terreno para sus saqueros en el Africa, transportando como ganado la raza de ébano —oro negro mezclado con sangre— que enriquecía a unos cuantos y llenaría de dolor a muchos, sembrando una zozobra íntima que es el sentimiento melancólico que florece en la África brasileña del 1840 al 1880.

La conquista de la libertad para su pueblo fué en Ruy Barbosa superior a cualquier otro deseo. Nada de treguas y paz a los enemigos de la desigualdad entre los hombres; el color no es indigno un unos y alabanza en otros; cada raza tiene sus orígenes más o menos admirables y no le asiste razón a otra para explotar y aniquilar a los débiles y a los desgraciados

En el mismo centro de las operaciones más denigrantes para el concepto de libertad, en pleno corazón de Sao Paulo, entre los terratenientes, señores de ingenios, mercaderes, delegados de las provincias, de donde salían las interminables caravanas de esclavos, unos, los más altivos, encadenados, los más reacios empujados por los látigos camino de las colonias, haciendas y molinos del interior, a pudrirse en las catingas, a trabajar ferozmente de sol a sol, sin compasión, sin cariño, a comer como los perros, a castigarlos peor cien veces que en la inquisición, ahogar sus quejas en sangre; en fin, en ese infierno de la esclavitud, fué en ese mercado paulistano, donde levantó la voz el apóstol para bien de las generaciones próximas, y poco a poco, todos los hombres de conciencia fueron enarbolando su garrote de la verdad, y se hizo la luz en las tinieblas espeluznantes del Imperio.

Surgió el Brasil a la verdadera conciencia ciudadana, con la libertad de esos pobres castigados por la maldad de unos cuantos egoístas, y luego, cuando fué República, llega la gran nación de habla portuguesa a destacarse con propia característica en el concierto de las restantes naciones americanas.

Bueno es recordar, que tanto en la conquista para

suprimir el abolicionismo, como en la federación de Estados en el 1889, como en las leyes, en la formación republicana, Ruy Barbosa fué todo. El primer luchador, el primer fundador, el primer ciudadano y el primer hombre humilde que tenía para todos, especialmente para los jóvenes, palabras de cariño y de energía para que lucharan por la independencia moral y fueran, antes que figurines de una moda ultramarina, aborígenes con la insolencia de su tierra, la más grande y la más progenitora del mundo.

Broche de hierro, símbolo del esfuerzo y del trabajo

En el jubileo de Ruy Barbosa tomaron parte todos sus compañeros de la Academia Literaria, la Prensa en general e infinitas delegaciones de todas las provincias. Su discurso fué de sencilla humildad. Dijo, entre otras cosas, las siguientes: «Trabajé toda la vida: es un deber de todo hombre moral; por eso compadezco a los ricos que no trabajan, y sólo quise conseguir con mis esfuerzos no ser jamás señalado como un malvado.»

Braulio SANCHEZ-SAEZ



Cuando la juventud, y con ella la energía, abandonan al trabajador, la sociedad, que ya no puede seguir explotándole, lo arroja de sí como un mueble que no sirve. Entonces, el ex hombre camina cabizbajo hacia la miseria, que es la muerte. Nadie escribirá en su epitafio: «Fué un productor; cooperó al progreso universal...»

El pensamiento burgués ante el maquinismo

LA máquina es el rasgo característico de nuestra época, el signo bajo el que ésta crea, prospera y se mueve, y sobre el que se juegan la vida y la pierden millones de hombres.

En ese punto nos encontramos actualmente; realidad que hemos de comprender allende los límites groseros e inmediatos de un estado de hechos.

El mundo moderno gira en torno de la máquina, la cual encarna su pobre magia. Todos los elementos de que dispone el hombre van a parar a la máquina. Lo mismo ocurre con las vocaciones. Es ella el punto en donde se encuentran las fuerzas increíbles que se exteriorizan en cada gesto, el lugar sensible en que se inscribe el esfuerzo, cada vez más tenso, del trabajo humano. Es la forma suprema y viva de nuestra civilización industrial. Consecuencia última y desfigurada de la pereza humana: un plexo hirviente de deseos y aspiraciones empuja a la vida, a toda la vida, en la hilera insaciable de la producción

La máquina se ingiere cada vez más en el mundo. Cada día que pasa, el hombre se entrega más a la máquina y le delega su poder para procurarse la producción en serie. Ya que el hombre no puede, sin exponerse a peores crueldades, renunciar a la ayuda de la máquina, ni librarse de esa cadencia impetuosa que ella suprime al ritmo de las cosas, ni retornar a las antiguas servidumbres, es preciso medir a través de la máquina el valor humano de los fenómenos sociales que tienen lugar ante nosotros, para discernir sus aspectos primordiales y tener, de esta suerte, un asidero en lo presente.

La máquina es una evidencia entre las contradicciones de nuestra época y de nuestra vida. Es robusta, imperturbable, tangible, cuando todo lo que existe a su alrededor cede, se abarquilla y está amenazado de caducidad: mitos, plegarias, amores. Ella atrapa, engulle, transforma y agencia. Desarrolla sus espinales de acero, de Nueva York a Berlín, de Moscú a Cantón. Gestos estrictos. Mil manos unidas. Las virtudes de las razas expiran, porque a

través de todos los continentes se propagan las mismas disciplinas éticas.

El hombre acude, a fin de cuentas, a ella para satisfacer sus necesidades sociales. Es una ayuda imprescindible. Ese es el reino de la máquina.

Toda la tierra, conmovida por la revelación de la velocidad, despierta del limbo de la inmovilidad. Occidente, el Nuevo Mundo, Oriente y hasta las más remotas latitudes van engrosando la ronda. La tierra está en poder de la máquina. Esperad.

Es ya hora de que el hombre separe los rudimentos de leyendas que nacen alrededor de la máquina. Importa que toque duramente las realidades de su nueva condición. Frente a la máquina, su destino adquiere de súbito un sesgo imprevisto. ¿Es término o transición? El lugar que ocupa la máquina, entre el mundo y el hombre, crece y se desborda. Una clase ha encontrado en ella un instrumento de producción de eficacia insospechada, y le entrega su empresa. Y su espíritu se queda satisfecho y tranquilo.

Pero esa gigantesca gestación de un universo mecánico que está edificándose por doquier, no sabemos si al fin de cuentas será beneficioso o perjudicial para el hombre; sólo para el hombre. Lo menos importante y malo es que éste pierda esa influencia directa que tenía sobre las cosas. Esta competencia desenfrenada de la producción, que es una amenaza por la enajenación cruel de la libertad de quienes están unidos a la vida social por una forma u otra de asalariado, y es un beneficio por el bienestar fortuito que de ella obtienen, ¿restituirá al hombre una inteligencia de la vida que siempre nos es tan difícil de abolir como de olvidar? Tal es el alcance y los límites del debate que se produce en torno de la máquina.

Cuando cerca ya del siglo XIX brota el maquinismo en Europa, el proletariado se doblega bajo una férula de hierro. Pero mucho antes de que esto ocurriera ya el capitalismo primitivo había reunido rebaños de hombres alrededor de un sistema de producción.

El maquinismo es a la economía bur-

guesa lo que la rueda y el taller del artesano a la economía antigua: un instrumento de producción en manos de una clase.

El maquinismo no es el hecho del capitalismo, sino que su desarrollo ha permitido una síntesis formidable entre una clase —la burguesa— y una doctrina económica —el capitalismo—.

El maquinismo apareció entre las ruinas de la civilización feudal como una salida inesperada hacia un bienestar mejor, hasta el momento en que la burguesía mercantil cedió a la estúpida sugestión de su codicia e imprimió el sello de la riqueza en la significación y la verdad de la vida. El capitalismo, monstruosa desviación de la economía burguesa, no es más que la expresión exasperada de las ambiciones inconfesables, vivas y obstinadas de una clase que tiene a su alcance condiciones propicias a la realización de su destino y se aprovecha de ellas. La burguesía no siente jamás necesidad de acabar con esta tara, sino que hace de ella el atributo de su actividad, la piedra angular de su moral su *curriculum vitæ*.

La burguesía no se aferra a la máquina más que para dar satisfacción con mayor presteza a sus impetuosas apetencias de lucro, para transformar la conquista política, inconclusa todavía, en provecho exclusivo de su hegemonía política y encarnar en ella el significado y el alcance de su voraz pragmatismo.

Esa ambición de ganancias da entonces al maquinismo ese impulso furioso que derriba y tritura a las débiles palizadas de la inteligencia. Todo le mueve a acelerar, sin detenerse, el progreso maquinista: el capitalismo, la razón de ser de sus fines y su esencia misma. El capitalismo crea la vida en función del maquinismo. Tal es la ley vital de su existencia. De esta suerte ocurre que el capitalismo y el maquinismo han asociado de tal forma sus características, que el capitalismo vive por entero bajo el signo y el sentido del maquinismo. El uno sirve de puntal al otro y viceversa. Son el espíritu y la mano, el movimiento y la forma de una fuerza anónima y brutal que produce un equilibrio trágico, una complicidad eficaz y activa.

En esta persecución de la riqueza, la plusvalía es el estimulante de toda vida

capitalista. Los productos de una civilización material y precoz suplantán a una cultura doméstica. Las ocupaciones se descarnan hasta llegar a la más extremada desnudez.

Sí; frente al maquinismo capitalista, la condición única y primerísima del proletariado es la revolución, y si, aunque la clase obrera haya renunciado a sus antiguos arrebatos pasionales, las exigencias y las posibilidades revolucionarias del proletariado siguen siendo hasta ahora las mismas de siempre, es que la máquina ha desnaturalizado los caracteres y el destino de la burguesía. La máquina tenía por objeto satisfacer las necesidades insaciables de riqueza que experimenta la burguesía, la cual desarrolló sus propensiones sórdidas en detrimento de las demás aptitudes. De este modo es como ha ido renunciando la burguesía a la inteligencia de los hechos y de los hombres. Se ha visto constreñida a esta alternativa: descender hasta el proletariado o lanzar su dinero a la vasta maquinación que se perpetra contra su espíritu.

En esta transmutación atroz de los valores humanos, el capitalismo ha sustituido la vida por la máquina, hacia la cual ha hecho que se enfocaran las virtudes todas del genio creador y ha desposeído al hombre.

En el avance del capitalismo existe un movimiento de temeridad que se impone a todas las recriminaciones y elimina los escrúpulos de los tímidos. Este movimiento encaminado hacia la certidumbre y el poderío, originado por esa fuerza que reviste la oligarquía en su ascensión irresistible hacia la hegemonía, se entremezcla profundamente con la vida capitalista.

El pensamiento burgués, cuyos manantiales primeros empezaron a manar antes de tener lugar las fechorías del capitalismo anárquico, no se libra de este maleficio.

Cuando la burguesía ha ligado su suerte con la máquina no cabe duda de que accede plenamente a la forma superior del capitalismo: el capitalismo industrial por contraposición al capitalismo usurario y comercial. Toda su existencia de clase depende de súbito de la marcha de las máquinas, de los progresos de una técnica inaudita que elimina lo inútil e inventa y lo encoge todo hasta la sequedad del gálibo.

La burguesía no resistió mucho tiempo a la tentación de la máquina. Y todo cambió en ella. Los hubo que trocaron con la mayor rapidez las fuerzas vivas de las pasiones por la aspereza punzante de los beneficios. Hubo quiénes, por pereza y arrastrados por su misticismo, se negaban a convertirse, y quiénes, llenos de desesperación, creían que debían negar todas las grandezas. Pero todos encontraron, al fin de cuentas, en la producción en serie un venero relativo de bienestar material; descubrieron en la realidad inexpugnable del mundo capitalista un optimismo mediocre en torno del cual se ven los frescos colores de una leyenda que mitiga la obediencia desasosegada y el desvanecimiento inquietante del hombre ante la máquina.

Cada salto hacia adelante representa el aumento del utillaje, una nueva fábrica que se construye y una economía de la mano de obra, y lanza a los sin trabajo por la borda a esa miseria purulenta que se apodera sordamente de los suburbios proletarios.

Este es el punto temible donde el hombre moderno vuelve a caer de súbito en el desborde de los instintos elementarios de la horda, en que el capitalismo retorna por el salvajismo a las épocas más oscuras de la humanidad.

Y sin embargo, ¿quién se atrevería a renunciar para siempre a esa ilusión de una libertad posible que el maquinismo perpetúa en el corazón impaciente de los hombres en medio del desarrollo de una civilización mortal? ¿Quién no cree que la máquina llegará a algo grande? Este misterio de la máquina, esta alegoría frenética tan bien aprovisionada y esta disciplina engrasada sacian viejas esperanzas, calman inquietudes y alimentan toda una secuela de alegorías didácticas en donde el intelectual descubre confusamente una salida inesperada que conduce a la liberación. ¿Liberado por la máquina? No tan pronto.

Desde las estevas antiguas hasta las manivelas eléctricas del puente giratorio, el esfuerzo humano no ha dejado de crecer, de complicarse. Si la máquina ha limitado sus gestos, el hombre que produce sigue siendo esclavo del trabajo. La libertad individual es imposible en el dominio de la producción. Para el hombre no hay libertad ante la máquina.

Y menos que nunca ahora que toda la economía capitalista está aferrada a la plusvalía. Para que la cantidad y la extensión de esta felicidad aumenten, es preciso que aumente la plusvalía, este exceso de trabajo del hombre sobre el consumo del hombre, y que el capitalismo se lo arrebate a la máquina. En última instancia, la suerte del capitalismo, es decir, su nacimiento, su expansión y su muerte, va unida y depende del desarrollo ilimitado del aparato de producción.

El capitalismo presente que no es nada sin la máquina, y que el poderío de que goza, y esa maravillosa civilización que se apodera de todas las tierras, proceden de ella. Por eso se juega su destino en torno de ella.

Existe un punto de grandeza, de saturación, que ninguna clase dominante ni fuerza viva puede sobrepasar. Este hormigueo de fábricas, este florecer del prurito industrial y este desborde de riquezas acabarán por atascarse en la linde del planeta. Entonces quedará cerrado el mundo capitalista. Sus aspiraciones se verán realizadas. Y aparecerá la contradicción de querer asaltarlo, pues para el capitalismo no existe allende la máquina otra cosa que la revolución. La burguesía no puede salirse del reino de la máquina. Puede llevarlo hasta su último límite, hasta donde empieza el declive.

La máquina destruye las últimas supervivencias de la concepción aristocrática de la vida; choca con la idea de patria; desmorona esta base inmemorial de la civilización burguesa y anula el carácter de eternidad de las cosas y de los sistemas que nos rodean.

La máquina dispersa los rasgos de la civilización rústica de la Edad Media que se libraron de la dialéctica destructiva de los enciclopedistas, los vestigios de antiguas maneras de pensar y de vivir que ni la muela del tiempo, ni las cruentas luchas de las facciones, ni los sobresaltos revolucionarios de la inteligencia habían logrado extirpar del alma humana.

Acá, la máquina acaba brutalmente con el misticismo social de los utopistas; acullá, con la inspiración de los metafísicos. Todas las intelectuales brujerías de vidrio quedan en ella destrozadas. Y no desmiente ni un solo momento las profecías que resplandecen a lo largo de la prodi-

giosa síntesis que elaborara Marx gracias a los recursos conjugados de la economía inglesa, de los filósofos alemanes y del socialismo francés.

Hoy se sabe cómo el esfuerzo humano, que desde la eternidad se aplicaba al objeto del trabajo, se ha desviado hacia la máquina. Sólo ella sale todavía de entre las manos de los hombres. Última obra de arte. Ella sella el encuentro de una belleza imprevista con las necesidades sociales de los hombres e impone fines nuevos al mundo en todos los planos del pensamiento.

La máquina levanta a la burguesía de un solo tirón hasta el pináculo de la civilización material. No hay subterfugio posible en ningún sentido. La cultura burguesa, subyugada, se inclina ante la máquina; se acabaron los anacronismos sentimentales. Producir, producir, producir. Esta ley implacable del capitalismo contamina a todas las clases, pues si el capitalismo quiere vivir ha de fabricar cada vez mayores cantidades de cosas para todo el mundo. Las consecuencias ineludibles del maquinismo se traducen hasta cierto punto en nivelación de las clases ante los productos de la máquina. Una de las finalidades del capitalismo consiste en llegar a la confusión de las clases en una especie de felicidad desmedrada. Por otra parte, el proceso de esta civilización entrega en manos de algunos hombres la verdadera posesión del mundo, aunque obligue a la burguesía a compartir con el proletariado ciertas ventajas materiales. Y el punto débil del capitalismo no radica más que en estos dos movimientos contradictorios de su economía.

Se ha creído que el hombre llegaría a encontrar el camino de su liberación, porque la máquina responde a todas sus necesidades, parece en muchas cosas sobrepasarlas y le ayuda a vivir mejor. Pero, a medida que se despliega el capitalismo y que se realiza en sus más recónditas intenciones, se observa que no sólo puede llegar a su grandeza por medio de este furor industrial de la producción que propaga por todo el mundo. El capitalismo es impotente más allá de este jadeo que va de la máquina a la materia y de la materia a la máquina y de donde está desterrada la influencia salutífera del hombre. No hay nada tan cierto como el que el capi-

talismo suspende los espasmos de su producción y que, beneficiándose de esta calma momentánea que ha de hacerse en torno de las máquinas, el hombre da nacimiento a una nueva cultura.

Tal es lo que presienten vagamente tantos intelectuales que, por reacción natural, se vuelven desesperados y vehementes. La máquina ha destruído sus esperanzas apasionadas e inmediatas de libertad. Y entonces, con esa sinceridad paroxísmica que algunos de ellos son capaces de conseguir sin rodeos, no vacilan en discutir toda la civilización moderna.

Green ellos que la humanidad ha sobrepasado su punto más elevado de florecimiento. Asistimos al desmoronamiento imperceptible de una cultura que, en un momento dado, realizó una síntesis magnífica entre el patrimonio espiritual heredado del antiguo régimen y las fuerzas nuevas de la burguesía industrial. Pero hete aquí que la máquina amenaza ya a esta frágil mezcla de sentimientos románticos, de ficciones sensuales y de objetivos sórdidos. La acepción humana de las cosas va a ser desfigurada. Todo va a perderse de modo irremediable.

De esta suerte, sólo existirá en el mundo esta civilización industrial y maquinista cuya anticipación arrogante nos presenta América, país que precede a Europa en el camino del capitalismo. Ninguna alusión al progreso, cuya suerte está ligada con el destino de la máquina, es bastante poderosa para calmar la inquietud de esos hombres.

En esto es donde la burguesía ve su peligro extremo y donde se empotra en su desarrollo. Renunciar al maquinismo significa volver a caer en antiguas sujeciones, retornar, por medio de ciertas destrucciones atroces e ilusorias, a la miseria de las épocas primitivas.

En este camino, que ya está cerrado por un montón de convencionalismos y de pensamientos, no existe paso alguno que lleve hacia el pasado. Toda vida nueva no se esboza sino en la gruesa crisálida de nuestra época. Es preciso que el hombre domine a la máquina, si quiere que ésta no destruya el sentido humano de la vida.

Para salvar a este sistema de producción y de cambio, la burguesía recurre entonces a otra cosa peor: a la democracia,

ese pataleo socarrón de las disciplinas creadoras.

El drama de nuestra época, cuyos intérpretes son el capitalismo y el proletariado, se representa en torno de la máquina. Tanto para la una como para la otra, la máquina es, entre las cosas morales e intelectuales que el río de nuestra civilización arrastra, el último móvil de emulación. Es el eslabón por donde la existencia del capitalismo y del proletariado se enlaza con la vida.

La máquina abre el foso de las clases y acusa los antagonismos de los intereses y las ideologías, de los designios y de las codicias que precipitan a estos grupos sociales unos contra otros.

La máquina tiene para cada uno de ellos una significación diferente, un fin opuesto. Acá, se amotinan y pesan sobre la realidad del mundo los arrebatos libertarios del proletariado. Acullá, se preparan las resistencias del capitalismo que pretende prolongar todo cuanto sea posible esta civilización absurda y abotagada.

La burguesía afirma que la máquina salvará al mundo. Cierto es que ella va a sacar partido de estas últimas fuerzas latentes para sobrevivir y alejar un poco más esa decrepitud que la hiera en muchos lugares vivos. ¿Ha llegado ya la hora en que sólo la revolución proletaria y su motor, la lucha de clases, nos prometan una renovación de la cultura?

Si el espíritu muere hoy es porque la burguesía no puede dominar ya este es-

tremecimiento infatigable de fuerzas que ciñen al mundo y lo empujan sin descanso hacia el momento en que, fracasados todos los expedientes, se encuentre ante el ineludible dilema siguiente: o realizar el socialismo o caer en la barbarie.

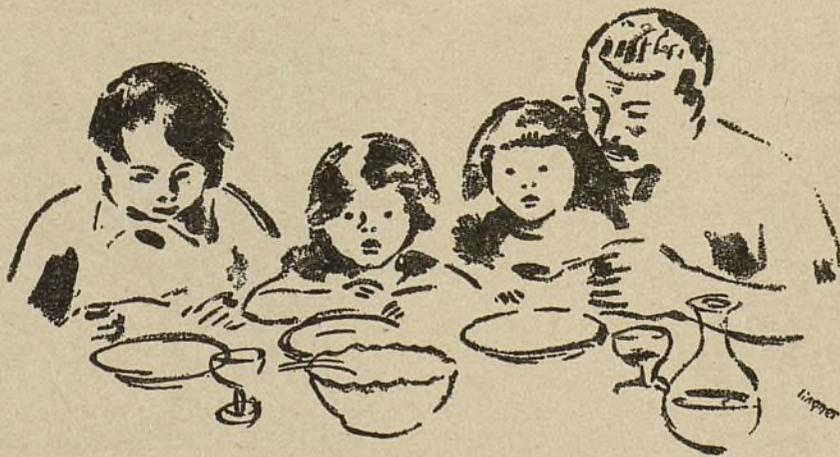
Ya, entre el proletariado y la burguesía, la soledad es el destino de los intelectuales. No hay sitio para la meditación. ¿Es una profesión la de escritor?

La burguesía repudia todo esfuerzo que no ayude al inmenso volante de la producción. A esto se debe el que no cese de acentuarse la contradicción entre la grandeza material de esta civilización y su contenido espiritual, el que estos dos aspectos indisolubles de toda civilización no cesen de oponerse, y el que el espíritu se ahogue.

El patrimonio espiritual de esta clase se descompone en el preciso instante en que, en el orden económico, todas las fuerzas de la burguesía se buscan, se ordenan y acceden a un equilibrio duradero a través de los desacuerdos particulares y de las incomprensiones parciales.

Sin contactos con el basamento de las aspiraciones primordiales, sin lazos válidos con el mantillo vivificante de las pasiones, el esfuerzo creador cede y se extravía. El hombre está en peligro. Pero pronto o tarde recurrirá a su única salvaguardia: al espíritu revolucionario.

A. C. AYGUESPARSE



El ceño de este padre parece preguntar: ¿Y mañana?

El hombre que no aplaudía

DE pronto llamó extraordinariamente mi atención...
¡Extraño tipo, palabra! ¿Por qué no aplaudiría?

Las palabras calurosas del orador eran recogidas por el auditorio con fuertes aplausos. Las dirigía hacia las tribunas con voz de trueno. Parecía que un cañonazo había estallado dentro de la sala. Gritos de entusiasmo salían de todas partes.

—¡Muy bien!...

—¡Bravo!...

—La policía ha detenido a todos nuestros camaradas...

—Se aumenta el presupuesto de guerra, y ¿cuándo va a hacerse lo mismo con el de subsidio al paro?

En este momento, los policías han acordonado la sala y han sacado sus sables con gesto de amenaza. Pero esto no produjo ningún efecto. Las acusaciones de los oradores que hablaban de armamentos monstruosos, enumerando las cifras astronómicas de los gastos de la industria de guerra y de los preparativos de una nueva carnicería enmascarada bajo frases pacifistas y pactos escritos, eran muy justas, muy persuasivas.

El mitin de protesta contra la preparación de guerra se transforma rápidamente en un juicio contra sus instigadores. Los discursos calurosos de los oradores, ávidamente escuchados por los ciudadanos que llenan la sala en compacta masa, no dejan ninguna duda sobre el fallo fulminante. Esta vez los acusados son los gendarmes, únicos representantes y defensores del criminal régimen presente. Estos recurren a la violencia —miradas amenazadoras y sables en alto—, haciendo a toda esta masa exaltada cerrar los puños en silencio.

El juicio contra los organizadores de la guerra va camino del éxito.

—¿Por qué este hombre tendrá esta frialdad?

Está sentado a mi lado. Su cara macilenta tiene una cicatriz profunda y bajo el ojo derecho una cavidad arrugada como una manzana seca. Un casco de obús seguramente le ha destrozado el hueso. El ojo tiene una fijeza sobrenatural.

Este hombre, de edad madura, está vestido con un mono color kaki y tiene aspecto de ser obrero. Sus labios están crispados y su mirada no se aparta del orador.

—¡Canalla, ¿qué examinará tan atentamente? ¿Por qué apunta en el libro de notas de su alma los rasgos de los que protestan? Tú no estás seguramente desfigurado por la última guerra; tú estás señalado por tu fiel servicio de perro viejo.

—¡Delator!

El casco perdido del obús que ha atravesado tantos cuerpos de obreros y campesinos honrados no ha ido a estrellarse en tu sucia boca.

Yo le miraba provocativo, pero no me encon-

traba nunca con su mirada. No había aplaudido ni una sola vez ni lanzado un solo grito; parecía ser insensible a las palabras del orador.

Me levanté de mi asiento, y le grité:

—¡Eres un espía provocativo o un viejo militar presumido...!

—¡Eh...!—le grité nuevamente, perdiendo la paciencia y sin preocuparme de los oradores.

Créi ver una lágrima en sus ojos.

¡Diablo, es extraño! ¿Tendrá corazón este perro?

Un nuevo trueno de aplausos hizo temblar la sala.

Este tipo, inconscientemente, hizo el gesto de levantar los brazos para aplaudir, pero los dejó caer torpemente sobre sus rodillas.

Sus ojos brillaban en la sombra.

La sangre, de repente, se heló en mis venas y permanecí mudo, sin fuerza.

Lo que agitaba con flojedad sobre sus rodillas eran dos brazos postizos.

Estaba manco.

Fou DJIMORI SEYKITI

*Escritor japonés, proletario,
prosista y dramaturgo*

*(Versión castellana
de ALVARO ARAUZ.)*

LOS ETERNOS ENEMIGOS DEL TRABAJADOR



Plutocracia, militarismo, clero...

Consultorio sociológico de ORTO

PREGUNTAS: ¿Qué organismos internacionales funcionan en la actualidad contra la guerra? ¿Cree usted en la eficacia de estos organismos?

RESPUESTAS: Si nuestro comunicante se refiere a organismos internacionales oficiales u oficiosos, tales como la S. D. N., las numerosas Sociedades creadas en torno de ella (que mejor llamaríamos «Sociedad de Gobiernos» que Sociedad de Naciones) y el famoso Palacio de la Paz, de La Haya, entonces no sabríamos qué responder. Basta con leer las informaciones de la gran prensa para convencerse de la vergonzosa ineficacia de estos organismos, prisioneros de los egoísmos nacionales y los intereses de los «amos» de la política y el capitalismo.

En cuanto a las Sociedades, Ligas, Asociaciones, Grupos y Federaciones pacifistas que se llaman independientes, inspiradas en todos los programas imaginables, hemos de decir que son numerosísimas. El *Peace Year Book*, de 1933, editado por el *National Peace Council*, de Londres, contiene, en sus 286 páginas, la enumeración de nombres, fines y direcciones de los organismos pacifistas de todos los países del mundo. Esto solamente prueba el deseo universal de la paz, pero no prueba igualmente que estos organismos sean instrumentos decisivos que aseguren la paz sobre la tierra.

No podemos, desgraciadamente, decir que las Internacionales III o II, como organismos internacionales, puedan considerarse instrumentos especiales para la paz. Sabemos que el comunismo se basa, también, en el militarismo. Sea roja o blanca, la guerra es la guerra, y la guerra no desaparecerá por medios o procedimientos guerreros. ¿El pacifismo de los socialdemócratas? Ya sabemos también lo que vale; conocemos la naturaleza de los compromisos políticos de los socialistas en 1914 y su participación en diferentes Gobiernos de los que *armaron a los pueblos* contra todos los peligros creados por esos mismos Gobiernos.

Debemos, pues, buscar los organismos especiales que no *hablan* de la paz, pero *laboran* exclusivamente por el pacifismo integral. Su lista no es muy larga, pero estas organizaciones constituyen el único principio positivo de la lucha contra la guerra. *War Resisters International*, 11, Abbey Road, Middlesex, Enfield, Inglaterra. (Internacional de Resistentes contra la Guerra) es una de ellas; cuenta con 40 Secciones en 22 países. No me es posible exponer en estas líneas las características y los medios de acción de esta Internacional. En mi libro *La Internacional Pacifista* (aparecido recientemente en edición española), he expuesto la cuestión del pacifismo internacional activo. En él se encuentran también los documentos concernientes a la Internacional de «Resistentes» contra la guerra y otras organizaciones.

En lo referente a la mujer, puedo citar, como

ejemplo, la Liga Internacional de Mujeres para la Paz y la Libertad (12, rue du Vieux Collège, Ginebra); su actividad en todos los aspectos de la paz es notable.

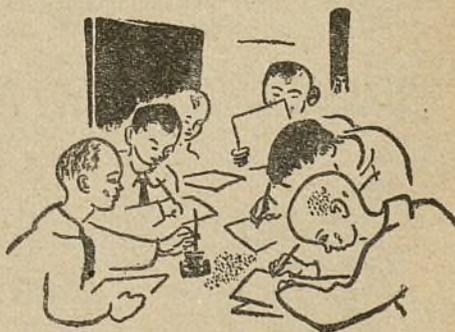
Y en cuanto a la juventud, existe la Liga Mundial de la Juventud (*Weltjugendliga*, Wien, Austria, *Döblergasse 2/26*), que ha iniciado su marcha sobre el gran camino del pacifismo activo.

Yo creo en la eficacia de estos organismos y de todos los demás que saben conservar su independencia respecto de los organismos políticos de toda especie. Porque la guerra, en definitiva, es el producto nefasto de las competencias políticas, nacionales o internacionales, capitalistas o revolucionarias. No se sirve a la paz con las armas de la guerra.

Para que la eficacia de estos organismos pacifistas sea mayor y, aun decisiva, yo he propugnado, desde 1925, en diferentes Congresos, por la unión, por la federación de todos ellos en una Internacional Pacifista suprema. Este es el sentido de mi citado libro *La Internacional Pacifista*, en que queda ampliamente expuesta esta cuestión. Y pienso demostrar que mi proposición es viable, pues está en camino de realización. Ocho grandes organizaciones pacifistas, entre ellas, las ya nombradas, han formado un centro de concentración pacifista: el *Joint Peace Council*. Es preciso crear numerosos centros de concentración, células que formarán el organismo planetario de la Internacional Pacifista, a la que yo considero —por encima de diversas Internacionales sociales políticas— como el instrumento realizador y garantizador de la paz.

Pero el punto de partida, para la propaganda y la acción, es siempre el *individuo*, no las masas.

EUGEN RELGIS



Los hijos —monstruos— de la degeneración estudian...
¿Aprenderán a odiar a la civilización que los engendró deformes?

Notas de libros

El movimiento emancipador y el nuevo tiempo, por Medina González. Cuadernos Rojo y Negro, núm. 1, Barcelona.

Una nueva publicación —estos Cuadernos— a la que saludamos complacidos; tanto más, por estas declaraciones del grupo editor, en que se dice: «Ha llegado el momento de romper con el dogma, de acabar con toda una tradición de rutinarismos ridículos y absurdos...»

Si a eso vienen los colaboradores de la nueva publicación, bien venidos sean; porque eso, el revolucionarismo de esas palabras es, en definitiva, juventud, y la juventud es dinamismo, es fecundidad y es creación.

En cuanto al primero de ellos —«El movimiento emancipador y el nuevo tiempo», debido a la pluma de un luchador joven, que procede, además, del campo lírico, lo que le da una nueva credencial de solvencia— es, ni más ni menos, lo que su autor, Medina González, ha querido que fuese.

Más que todos los comentarios nos hablan del interés de este librito los párrafos que entresacamos y damos a continuación:

«Yo pienso —escribe Medina González, en el capítulo primero— que el anarquismo no es una religión, en torno a la cual se agrupan un puñado de sacerdotes que invocan hieráticamente la presencia de la revolución social, sino que se trata de un concepto de la vida y de las relaciones humanas, que requiere la colaboración de hombres inteligentes que tengan un conocimiento exacto de las luchas sociales.»

Y, más adelante (capítulo II):

«El sindicalismo en España no ha cumplido su misión. No la ha cumplido, sencillamente, porque aun está en su infancia, aun no ha dado comienzo a un serio plan de realizaciones inmediatas.»

«En las realizaciones sindicales no ha de prosperar el espíritu de secta. Cuando se trabaja en una obra común es un crimen anteponer (1) los caprichos partidistas a los verdaderos intereses de la comunidad.»

Hay algo en este Cuaderno con lo que no podemos estar conformes precisamente nosotros; nosotros, es decir, ORTO. Y es lo que escribe Medina González, en el capítulo V, que trata de propaganda escrita:

«...Son casi totalmente desconocidas entre los anarquistas hispanos obras de Fabbri, Hugo Treni, Bertoni, Relgis, Ramus, Rucker, Mackay, E. Campertier, Tucker, James Guillaume, C. Cornelissen, Dauphin Meunier, etc.»

Nosotros remitiríamos al autor de esta afirmación a la colección de nuestra Revista. En esta colección verá que no está en lo cierto.

Si de algo podemos ufanarnos, en primer término, es de nuestra tenaz labor divulgadora de hombres y teorías. Difícilmente se podrá citar el nombre de un pensador, el enunciado de un sistema —sistema y pensador que, naturalmente, pertenezcan a nuestro campo, al vasto campo de las modernas tendencias económicasociales—, al oído de un sector de ORTO sin que éste pueda atestiguar conocimiento anterior.

Claro es que no todos los proletarios de España leen ORTO; pero, ¿quién tiene la culpa de ello?

Por lo demás, el estilo de Medina González, que aquí, en esta prosa de lucha y polémica, se nos reaparece como el vibrante periodista de *Solidaridad Obrera*, nada deja que desear.

Y si el pensador vuela a altura no común —pese a pequeñas inexactitudes, como la ya apuntada—, el escritor no va ni más bajo ni a la zaga.

TRES LIBROS DE ENSAYO

Con estilo perfilado, en prosa latina, Jarnés (*Fauna contemporánea*. Benjamín Jarnés. Espasa-Calpe) estudia, ve y critica la vida en sus más variados aspectos; desde el «político de urgencia» hasta el «aprendiz de transeúnte». Son artículos, publicados en diferentes periódicos, los elementos que componen esta antología de crítica.

Un escritor joven, valor nuevo (*Mentira Desnuda*. Antonio Marichalar. Espasa-Calpe), ha reunido «veinte ensayos tomados al azar entre la dispersa labor de diez años» en un tomo, para darlos en una perfecta y bien lograda forma, una serie de ideas críticas, subjetivas, sobre ideología, libros y escritores. Buen curso de iniciación de alta literatura son estos ensayos.

Acabo de leer otro libro de este género (*Andante con variaciones*. Manuel P. del Río-Cossa) de viaje y crítica, cuidadosamente escrito, de sensibilidad a flor de papel, donde la visión certeramente poética del viajero y la rápida asimilación de un buen observador se juntan, como dos ríos, y dan la sensación auténtica de lo visitado. Desde Avila, granítica y perfilada de almenas y santos, hasta Segovia, arquitectura urbana y aguas saltando por las piedras, el autor recorre la cruz de latitudes de nuestro mapa.

Este escritor, nuevo y hecho, cuyo nombre —que tiene mucho de padre escolapio— para mí desconocido, se destaca con personalidad propia y bien definida.

ALVARO ARAUZ

(1) El texto dice «posponer», sin duda, por error.

B I B L I O T E C A

ORTO

Dirección: Apartado de Correos 454, MADRID

- EL SINDICALISMO (Historia-Filosofía-Economía), por *Marín Civera*.—3 pesetas.
- PATERNIDAD VOLUNTARIA (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo), por *Hildegart*.—2 pesetas.
- PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por *José López Tomás*.—5 pesetas.
- TEATRO DE MASAS, por *Ramón J. Sender*.—2 pesetas.
- JESUITISMO Y MASONERIA (Dos ideales opuestos), 250 páginas, por *Matías Usero Torrente*, ex sacerdote misionero católico.—4 pesetas.
- SEXUALISMO REVOLUCIONARIO (Amor libre), magníficamente presentado, por *E. Armand*.—2'50 pesetas.
- COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD (traducción directa del ruso por *A. Nin*), *Krasin, Bogomòlov, Guerchandovich*.—4 pesetas.
1945. EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO (Una visión noveltesca del porvenir), por *Alfonso Martínez Rizo*. 2 pesetas.
- LA ULTIMA VICTIMA DE LA INQUISICION (El maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll), por *Julio Noguera López*; ilustraciones de *Rivadulla*.—2 pesetas.
- PERVERSIONES SEXUALES (El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas), por el *Dr. Benjamín Tarnowski*. Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la señorita *Hildegart*. Epílogo del *Dr. Havelock Ellis*. Con abundantes fotograbados, en couché, de todos los homosexuales célebres en la Historia.
- EL AMOR DENTRO DE 200 AÑOS, por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 pesetas.
- COMO SE CURAN Y COMO SE EVITAN LAS ENFERMEDADES VENEREAS, por *Hildegart*. Con ilustraciones.—4 pesetas.
- EL PROLETARIADO ANTE EL SEXO, de *N. Tarassov*. (El derecho al aborto. El aborto legal y clandestino).—1 peseta.
- «EL CAPITAL», DE CARLOS MARX, AL ALCANCE DE TODOS, de *Carlo Cafiero*. Prólogo de *James Guillaume*.—2 pesetas.
- LIBERTINAJE Y PROSTITUCION (*Grandes prostitutas y famosos libertinos*), por *E. Armand*. Una obra sensacional acerca la influencia del hecho sexual en la vida política y social del hombre. Ilustrada con numerosos grabados y fotografías.—10 ptas.
- PROSTITUCION, ABOLICIONISMO Y MAL VENEREO, por el *Prof. Luis Huerta*. Una obra de palpitante actualidad para todo aquel que quiera enterarse del estado actual de la prostitución en España y en el mundo; la reglamentación, el abolicionismo, la trata de blancas, etc.—4 pesetas.
- EL COMUNISMO LIBERTARIO Y EL REGIMEN DE TRANSICION, por *Christian Cornelissen*. La organización de las industrias bajo la dirección de los Sindicatos obreros; distintas maneras de apreciar el problema monetario; la organización de la agricultura; justicia y policía en una sociedad comunista; el arte, la moral, etc, etc.—2 pesetas.
- LAS RELIGIONES DEL MUNDO DESENMASCARADAS, por *Matías Usero Torrente*. Un tomo de más de trescientas páginas, en las que el autor pasa revista y compara todas las religiones, a la luz de la ciencia y con un criterio modernísimo. Los grandes conocimientos del autor —ex sacerdote misionero católico— y su larga experiencia religiosa hacen de este libro algo indispensable en la biblioteca del hombre libre.—5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º **86.** **Fauna y flora marinas**

Por ENRIQUE RIOJA. - Precio, 0'60 ptas.

N.º **87.** **Georges Sorel (1847-1922)**

Por GAETAN PIROU - Precio, 0'60 ptas.

N.º **88.** **El psicoanálisis, ciencia del porvenir**

Por F. DURÁN JORDÁ. - Precio: 0'60 ptas.

N.º **89.** **Individualismo, Estética y Humanitarismo**

Por EUGEN RELGIS. Precio: 0'60 ptas.

N.º **90.** **El estudio del niño y sus aplicaciones**

Por el Profesor R. OLIVARES FIGUEROA. - Precio, 0'60 ptas.

**Una obra reciente
y de gran interés documental**

F. O. R. A.

**Ideología y trayectoria del movimiento
obrero revolucionario en la Argentina**

**por Diego Abad de Santillán
prólogo de Juan Lazarte**

Precio: 3 pesetas

Un libro de más de 300 páginas en el que el conocido militante D. A. de Santillán estudia minuciosamente los fines, alcance y desarrollo del movimiento obrero en la Argentina.

**Pídalo a BIBLIOTECA "ORTO", Apartado 454, MADRID
o en cualquier quiosco o librería**